





SUSANA FORTES

FRONTERAS DE ARENA



*A mis padres, tal como eran,
en el contraluz
de una tarde de 1959
delante del cerro de Santa Tecla.*



Índice

RESUMEN	6
I.....	8
II	13
III	22
IV	31
V	41
VI.....	50
VII.....	62
VIII	72
IX	83
X	97
XI	104
XII.....	114
XIII	125
XIV	129
XV.....	140
XVI	153
XVII.....	162
XVIII.....	170
XIX	175
XX.....	182
XXI	194
XXII	201
XXIII.....	208
XXIV.....	216



XXV 225

Notas finales y agradecimientos..... 233



RESUMEN

Una novela ambientada en el Marruecos y el Sáhara durante el año 1935, meses antes del estallido de la Guerra Civil. Una novela cuya trama tiene todos los atractivos de una aventura de ambiente exótico, amor apasionado y un levantamiento militar en España a punto de estallar. Una novela muy cinematográfica por las imágenes que sugiere y la descripción de los paisajes, en la que se recrean los escenarios y los diálogos. Una novela realmente entretenida por la historia que cuenta, bastante emotiva, realista, melancólica y de fácil lectura.



El corazón y la noche. Un palpito lento como el chapoteo de las olas contra las piedras. En la oscuridad, un pájaro blanco planea volando sobre el espigón. El mar se ondula suavemente con los añiles aceitosos y los plomos violetas que deja el petróleo espejeando en la superficie del agua. Voces lejanas y bocinas se quiebran en la distancia. El hombre está inmóvil, con la ciudad a sus espaldas, dentro del enorme círculo que enmarca la bahía. El pensamiento no le pesa. Su estado de ánimo no tiene que ver con aquel continente ni con ningún lugar en toda la vieja tierra. Es algo de otra índole, más fuerte que la amistad o cualquier forma de amor, una especie de pudor instintivo y solitario como el de los animales que se ocultan cuando van a morir. Está apoyado en el poste que hay al lado de una grúa, con la mano apretada sobre el costado presionando la herida del pecho. El pitido ronco y breve de la sirena de un barco cruza la atmósfera. El hombre observa la última mancha de la gaviota en el aire mientras se va dejando resbalar hacia el suelo con las rodillas flexionadas, dentro de un óvalo negro de alquitrán.



I

Allá arriba el muecín salmodia su plegaria desde lo alto de un minarete. Su canto flota sobre las azoteas, se expande por las calles llenas de polvo.

Un taxi frena en seco ante la súbita irrupción de una carreta tirada por mulos en el cruce de la rue es Siaghin. La brusquedad de la maniobra hace que el cuerpo de la mujer salga impulsado hacia adelante contra el asiento del conductor, su frente llega a tocar el respaldo de cuero, la cabeza queda inclinada sobre el diario español que tiene en el regazo: «EN LA PROVINCIA DE JAÉN CUNDE OTRO MOVIMIENTO DE OCUPACIÓN DE TIERRAS QUE SE MANIFIESTA EN VIOLENTOS DISTURBIOS CONTRA LA BENEMÉRITA... EN LINARES LAS TURBAS MATAN A TIROS A LOS CUATRO GUARDIAS CIVILES DE AQUEL PUESTO...»

El contenido del bolso está desparramado por el interior del coche: una polvera de nácar, el tubo dorado de la pintura de labios, un sobre ribeteado con los colores del correo aéreo, algunas monedas. El chófer asoma su cabeza por la ventanilla lanzando improperios e injurias contra el hombre de chilaba marrón que se esfuerza en colocar nuevamente los fardos sobre el carro e intenta calmar a los asustadizos animales. La mujer trata de recomponerse y, buscando un ángulo que le permita verse en el espejo retrovisor, alza los codos para sujetar con una horquilla los mechones de pelo oscuro que le caen desordenadamente sobre los



hombros. Después se deja ganar por el bullicio procedente del exterior. Durante un breve instante parece olvidarse de sí misma y permanece absorta contemplando los puestos de los bazares: las hebras azules y rosas de las madejas de lana tendidas en las cañas de bambú, el movimiento sinuoso de las mosquiteras de tul colgando de los entarimados, los fardos de dátiles amontonados en galpones, un calor distinto, ciego, polvoriento, impregnado de múltiples olores, el ir y venir de tantas gentes. Mientras el taxi recorre lentamente la calle en dirección al hotel, abriéndose paso a duras penas en medio de toda aquella barahúnda de mercaderías, la mujer piensa que tal vez el misterio de una ciudad esté contenido en la primera impresión todavía indefinida y confusa que nos formamos de ella, en la manera diferente que tienen los ojos de clavarse en los lugares al principio, acariciando o perforando, en esa sensación también que la embarga por dentro y que parece algo tan futuro y venidero como el aliento lejano de una profecía. La esperanza alienta esta clase de pensamientos en su mente, como si no gravitara sobre ella el pasado y aún le fuera posible borrar su nombre e ingresar en el anonimato con la impunidad de quien cruza una frontera con pasaporte falso.

El automóvil estaciona en el bulevar Pasteur, ante la verja de hierro del Hotel Excelsior. La atmósfera es hirviente y lívida, la mujer siente de pronto, al descender, un peso de plomo sobre los hombros, atraviesa despacio el jardín de la entrada. Va vestida con un traje sastre blanco, de hilo, lleva un bolso de piel colgado del hombro y lo sujeta con un codo contra su costado, justo por encima de la cadera. Tiene una forma extraña de caminar, lenta. Se detiene y se vuelve hacia el chófer que la sigue con el equipaje. Por un momento parece que le va a ordenar que regrese al coche, pero no lo hace; continúa, asciende por la escalinata de mármol, se para en el rellano apenas unos segundos, hace una



inspiración profunda como para infundirse ánimo, y después entra decididamente en el vestíbulo.

Dentro la sorprende un repentino frescor al que contribuye el sonido del agua que mana de una fuente central y que llega a sus oídos mezclado con el murmullo de conversaciones en diferentes idiomas. Un gran ventilador de aspas pende del techo. En cada ángulo del recibidor hay sillones de mimbre y al fondo, en el entrepaño de la pared, un mapa a escala de todo el norte de África. La mujer está inmóvil ahora, mirando a su alrededor. También parece algo asustada, como si se viera obligada a medir con sumo cuidado el territorio donde en adelante ha de defender su existencia. Aunque tal vez sea un poco precipitado hablar de miedo y, en cualquier caso, hay que decir que si esta sensación existe ya en el alma de la mujer, no procede de las gentes allí congregadas, sino de otras personas y de sucesos decisivos que vienen a asediarla desde algún lugar o algún momento que por ahora no desvelaremos. Pero prestemos atención al rostro de la mujer: no es exactamente hermosa; tiene los rasgos demasiado afilados, lo que de perfil le da un recorte de insólita dureza, los pómulos altos y huesudos, cierta irregularidad a la altura de los ojos que confiere a su mirada una persistencia fija y ensimismada, aunque eso curiosamente no disminuye su atractivo. No hay más que ir descubriendo pequeños defectos individuales para que la belleza alcance a la vista del que la contempla su auténtica indefinición. Un pequeño temblor agazapado en la barbilla desmiente la altivez de sus gestos. Pero hay algo más, una forma especial de demorarse extraviadamente, como tocada por el aire de las calles, con un resto brillante de transpiración en la abertura del escote, algo sensual y contenido. Un hombre, entre los demás, lo advierte, la va siguiendo con los ojos mientras sus tacones repiquetean en las baldosas hacia el mostrador de recepción. La curva del cuello, el gesto de la boca, una clase de desdén innato al caminar balanceando apenas las caderas, las franjas de luz en el vestido.



Desde el mismo momento de su desembarco en la dársena nota esa impresión de extrañamiento, como si hubiera llegado a un punto situado al final de una larga línea de hechos cuya comprensión o significado último no alcanza a descifrar. Es algo que tiene que ver más con las circunstancias que la han llevado hasta allí que con ella misma y que la obliga a mantenerse alerta agudizando el sexto sentido y la hace volverse constantemente sobre sus pasos con desconfianza. Una cautela bastante razonable, por otra parte, en un lugar donde nadie parece estar libre de sospecha. El vestíbulo del hotel, los cafetines, las plazas abarrotadas, la ciudad entera es un sueño agitado. Noticias que corren de boca en boca y se consumen con avidez impaciente en corros improvisados. Llegadas de barcos al sol y por la noche, gentes que avanzan desde las calles del puerto cargadas de bultos o sin equipaje, como una corriente sin destino venida de las cuatro esquinas de Europa. Expatriados que conspiran a la sombra de las palmeras y entre los macizos de adelfas e hibiscos, en los jardines de las embajadas o en los tugurios apenas iluminados del Zoco Chico; corresponsales de periódicos que frecuentan la terraza concurridísima del Café de París, de mesa en mesa, de mentidero en mentidero, y rondan incansables por los consulados y los muelles a la espera siempre del barco correo; funcionarios coloniales; oscuros contrabandistas que buscan hacer su fortuna al amparo del puerto franco; mercaderes; aventureros sin oficio ni beneficio; observadores que prefieren vigilar desde un lugar apartado el giro que toman los acontecimientos políticos. Todos aguardan la llegada de un telegrama, confían en la demora de un plazo o en que ocurra un determinado suceso, están al acecho de un cargamento que no acaba de llegar, de una decisión del gobierno que se retrasa demasiado. Permanecen estancados, suspendidos en una pausa intemporal, detenidos en una ciudad abierta, donde se mezclan las aguas jaspeadas de dos mares con un brillo tan



esplendoroso que parece recién esmaltado. Todo Tánger está lleno de individuos que esperan.

La mujer se mueve con tanta incertidumbre como si aquello que la rodea fuese mentira: la travesía en barco desde el puerto de Algeciras, las horas de zozobra anteriores, su llegada al hotel... Una mentira que se cierne en torno a ella y la envuelve encerrándola dentro del círculo de un sortilegio. En su situación actual las certezas no tienen demasiada importancia. Es lo demás, el difuso rumbo mutable de la vida, lo que de verdad importa. De pronto se gira hacia atrás con preocupación o incomodidad percibiendo en la nuca el aguijón de una mirada muy intensa, pero no consigue distinguir a nadie en particular entre el enjambre de personas que entran y salen. Sus sentidos se hallan confundidos por la fatiga, el calor, el zumbido de las conversaciones, la portentosa novedad de todo. Después se dirige al mostrador de admisión, deja el bolso sobre la repisa de madera y con voz cálida pero grave, levemente somnolienta, pronuncia despacio su nombre: señorita Quintana. Elsa Quintana.

La sonrisa aparece en el rostro del recepcionista, comedida, reverencial, bajo el bigote espeso. Es la clase de sonrisa deferente que se reserva a las damas de alcurnia o a las mujeres muy bellas. A continuación articula ceremoniosamente unas palabras de bienvenida en un español entrecortado, con acento árabe, mientras le entrega a la mujer la llave de la habitación y hace una señal al mozo de equipajes para que cargue su maleta. La voz de ella, su nombre, continúa flotando en el vestíbulo como el sonido sostenido de una nota que se prolonga durante un largo intervalo de tiempo.



II

Ni un soplo de brisa, el cielo nítido sin nubes, más oscuro hacia el este, tan pulido como debió de serlo en la noche de los tiempos. El hombre atraviesa la medina apenas iluminada con faroles de queroseno, calles tortuosas resudadas de pátina, rejas de hierro forjado, sombras fugaces en el gris nocturno de los pretilos. Respira lento y sonoro. Oye su propio resuello, el eco de sus pasos en el pavimento como si estuviera en el interior de un sueño. Baja de dos en dos los escalones de un callejón empinado con las manos hundidas en los bolsillos, alto y oscilante. Su camisa de color blanco refulge en la penumbra. La lleva abierta en el cuello, con los faldones aleteando por fuera del pantalón como un velamen a la deriva. La noche de África tiene el color de la tintura de índigo, es de un añil profundo con tonalidades púrpura en los extremos. No parece un color que emane del cielo sino que está fuera de él, alrededor de la densidad, en el fondo del mundo. Entonces se acuerda. Viene a su mente la visión del firmamento centelleando en la oscuridad, al pie de las dunas, durante la expedición que hizo al Sahara con la Sociedad Geográfica de Madrid, en el otoño de 1931. Aquella fue la primera vez que lo sintió, casi podía ver el vapor que desprendía la arena al enfriarse, un ligerísimo brillo de plata. Notó que se le erizaba la piel como si fuera la única membrana que lo separaba del Universo. Por encima, goteando, en racimos... las estrellas. Fue un momento como un escalofrío. Permanecer allí, en medio de aquella soledad, habitándola por dentro. Ésa y no otra debía de ser la fiebre de África, buscar ese



principio. El mismo que llevó a Livingstone y Stanley hacia la meseta de los Grandes Lagos, el que impulsó a Iradier y a Osorio al interior de Río Muni, el que también él presente como una forma especial de destierro, el que teme y de alguna manera busca. Una tierra reseca y cruel que, sin embargo, puede ejercer un hechizo que ningún clima templado es capaz de igualar.

Las calles se esquinan en inesperados salientes de cornisas desconchadas, se estrechan entre las paredes de adobe, serpean confusamente, impregnadas de un aroma dulzón y se diluyen borrosas sin nada que aparentemente las distinga entre sí. Pero el hombre avanza con seguridad, como si conociera bien cada palmo que pisa. De vez en cuando, oye un ladrido de perros en una plaza, alguna que otra voz con entonación gutural, sonidos ahogados... Anda un buen trecho, cruza un patio empedrado y sale, de pronto, por una de las puertas de la ciudad a una avenida abierta, flanqueada por palmeras, con edificios modernos y letreros iluminados a ambos lados. Es el barrio nuevo de Tánger.

Una claridad amarillenta se ciñe en torno al ópalo de la ventana. El Café de París, en la Place de France, permanece sumido en su habitual actividad noctámbula. Repiquetean los dados y las fichas de dominó contra las láminas de mármol, manos nerviosas bailan la danza agitada de los naipes sobre tapetes de color verde musgo, una bombilla baja oscila colgada de un cable iluminando horizontalmente la superficie de una mesa de billar. Muchos miembros de la colonia extranjera cuentan sus días de permanencia en la ciudad con la impaciencia de esos escolares que marcan en un calendario las jornadas de colegio que todavía les restan. Para ellos el mejor modo de combatir la nostalgia consiste en acudir a los contados puntos de encuentro donde pueden divertirse al modo occidental. Es lo que algunos residentes veteranos llaman con sorna el cordón umbilical de Europa. El humo de los cigarrillos se agolpa en las vidrieras e impide distinguir con total



claridad el interior del local. El hombre de la camisa blanca apoya las dos manos sobre el cristal haciendo pantalla. Sus facciones se iluminan. Es un rostro joven, con esa clase de tensión imperiosa propia de los temperamentos vehementes. El pelo moreno, cortado al estilo militar, todavía conserva la humedad de una ducha reciente. La línea pronunciada de las cejas acentúa el fulgor de una mirada atenta y curiosa que trata de escudriñar a través del ventanal, concentrada en no dejar pasar nada por alto, pero finalmente desiste y se decide a entrar.

En la atmósfera cerrada, entre las columnas de altos fustes, flota una niebla densa, que amortigua las improvisadas tertulias en las que cada cual se da el gusto de escucharse a sí mismo, de hablar más alto, con más apasionamiento. Voces que se interpelan de mesa a mesa, comentarios atropellados, palabras obscenas que ilustran los consabidos chistes contra los árabes. Circulan rumores, suenan nombres de ministros depuestos, se comentan escándalos, catástrofes, desórdenes, con la natural tendencia a la exageración que siempre conlleva el alcohol y la noche. El hombre al principio se queda inmóvil, un poco desorientado, como quien sale de la oscuridad y entra en un lugar con demasiada luz. Mira alrededor. Los ojos parecen enfocar ahora con menos fijeza aunque se mantienen expectantes. Avanza dubitativo entre las mesas, las manos en los bolsillos, el aire apenas intencionado de quien, desde un lugar elevado, realiza una primera exploración a vista de pájaro, sin demasiada precisión. Saluda a algunos conocidos. Después atisba de nuevo con más interés y momentáneamente la expresión de su rostro se relaja en una incipiente sonrisa que le aclara el rostro, como si al fin descubriera a la persona que está buscando, y se dirige con pasos largos hacia el fondo del local.

Hay un caballero de mediana edad que permanece de espaldas a la barra, fumando, con el mentón apoyado en la mano. Tiene una vaga expresión de cansancio, tal vez está un poco harto de sus ruidosos



vecinos. La penumbra del rincón lo protege de las miradas y le permite observar sin llamar demasiado la atención. Va vestido con un traje de hombreras anchas que resalta su complexión fuerte, la corbata aflojada en el cuello le da un aspecto informal, casi descuidado. Debido a su actitud vigilante podría pasar por un policía de la brigada secreta si no fuera por ese brillo de inteligencia en las pupilas, un punto de humor inescrutable o sagacidad que denota sin duda otra clase de linaje. Philip Kerrigan pertenece a una generación de reporteros que se inició en la profesión durante la Gran Guerra. Las líneas regulares de sus facciones contrastan con el puente de la nariz partido, que le otorga cierta apariencia ruda de ex boxeador. Tal vez lo fue en su juventud, o en cualquier caso tiene aspecto de haber sido pendenciero y de no haberse resguardado demasiado de los peligros que acechan en algunas tabernas después de varias rondas. En la mano izquierda puede verse una ostensible cicatriz desde el nacimiento de la muñeca hasta la base del dedo índice, oscura y requemada como el cráter de un volcán. Al lado de la mano, sobre la mesa, un ejemplar del *London Times*, un paquete de cigarrillos ingleses y un vaso mediado de bourbon.

El hombre de la camisa blanca lo observa largamente. Se fija en las sienes grises, las arrugas del cuello, el tono más sanguíneo de la piel bajo las mejillas. Da la impresión de que está haciendo un rápido balance de los estragos del tiempo desde la última vez que lo vio. Piensa que es una de esas personas en las que lo ocurrido deja huella, como si las cosas vividas le fueran cincelandando el rostro, dotándolo de historia. Después de esta reflexión casi instantánea, se le acerca, dándole una palmada en la espalda. El saludo carece aparentemente de efusión. Sin embargo, hay algo en él que denota una complicidad especial, tal vez discontinua, pero profunda a pesar de la diferencia de edad.



—Feliz Navidad —la voz del hombre suena con una afectación difícil de clasificar, un matiz enigmático y levemente humorístico—. Ismail me dijo que te encontraría aquí.

Kerrigan vuelve la espalda y se echa a reír con una risa ronca que parece salirle directamente del abdomen. La primera vez que había visto a Alonso Garcés fue en el casino militar de Melilla, poco después de las elecciones que habían dado al traste con la Monarquía en España. Estaba algo ebrio, de buen humor. Trataba de atraer la atención de los presentes con un caótico discurso geopacifista en el que abogaba por una patria humana universal. A Kerrigan le pareció que en el fondo de su euforia había una vena poética que no podía haber adquirido en los cuarteles, sino probablemente en otros lugares de África, por lo que dedujo que debía de llevar allí algún tiempo. El discurso de Garcés era bastante contradictorio y deshilvanado. Hablaba como un buscador de piedras. Decía que un país, su soberanía territorial, no era más que un manto mineral de cuarzo y arenisca. Afirmaba que la piel del mundo debía ser un mapa sin Estados, pero al mismo tiempo reclamaba un brindis por la joven República española y se empeñaba en desearle a todos los presentes Feliz Navidad, lo que no dejaba de resultar sorprendente teniendo en cuenta que era el mes de mayo. Tal como Kerrigan lo recuerda, subido encima de una mesa, con los ceñidos *breeches* del Ejército y botas altas, podría parecer que se encontraba a punto de iniciar una expedición. Pero había en él una evidente impostura, como si en realidad fuese un actor haciendo escarnio de las ordenanzas y el espíritu castrense. Lo rodeaban varios oficiales del Regimiento de Cazadores de África en cuyos semblantes empezaba ya a retoñar la incipiente sombra de un bigote fascista y que probablemente le habrían creado serios problemas de no ser por la presencia en el local de algunos corresponsales de prensa. En aquella ocasión Kerrigan había sentido el instinto natural de protegerlo. Levantó su copa y se apresuró a



responder al brindis repitiendo en inglés la divisa de *Merry Christmas*. Desde entonces aquel saludo se había convertido en una peculiar contraseña entre ellos. A veces los hombres, al igual que los niños, necesitan algún conjuro, palabras rituales o jocosas que les ayuden a exteriorizar sentimientos que quizá no sabrían expresar de otro modo.

—Feliz Navidad —contesta esta vez en español el corresponsal del *London Times*, interrumpiendo la secuencia de imágenes que durante décimas de segundo ha cruzado por su mente como un fogonazo. Y sin abandonar su peculiar risa de carraca, le tiende la mano a aquel tipo alto e insensato que tenía por costumbre deambular por los desiertos, lanzar arengas en los lugares más impropios y aparecer siempre cuando menos se le esperaba.

Se apagan las luces. Un saxo muy suave empieza a sonar desde el palco donde cada día, a partir de medianoche, tienen lugar las actuaciones musicales. Después, lentamente, van entrando el teclado y el contrabajo hasta que un reflector ilumina un círculo del escenario en el que aparece una muchacha marroquí que recuerda vagamente a Aida Ward, embutida en un vestido de terciopelo, arrancando con el tema de moda, *The man I love*. El humo por encima de la música, ráfagas azules y rojas salpicando fugazmente la atmósfera del café, alargando las sombras; una trompeta que se alza ceremoniosamente; las conversaciones más bajas, ahora, en la oscuridad.

—La arena es gruesa, forma dibujos estriados, del color del cobre. Las capas del fondo retienen la humedad durante meses, y unos treinta kilómetros al este debe de estar el palmeral.

Alonso Garcés da un sorbo largo a la copa de coñac que acaba de traerle el camarero y la deposita otra vez sobre la mesa.

—¿Cómo puedes saber esos detalles si no has estado allí? —pregunta Kerrigan bajando la voz y observándolo con expresión burlona.



—He leído los informes de la expedición de Márquez y Quiroga. Te aseguro que... —se interrumpe bruscamente y con gesto displicente añade—: bah, no lo entenderías —dice, como si se tratase de una estratagema para provocar el interés de su escéptico interlocutor.

A continuación, aparta hacia un lado las consumiciones y con un rápido ademán despliega un mapa sobre la mesa. La llama dorada del encendedor ilumina una porción del Sahara Occidental. Continúa hablando, las aletas de la nariz dilatadas; su discurso es envolvente, sugestivo, de pronto se interrumpe: cree haber encontrado el flanco débil del corresponsal del *London Times*, un punto de fascinación. Pero tal vez se equivoca. Kerrigan le escucha con los ojos abiertos e interrogantes pero con cada bocanada de humo toma distancia. No es algo premeditado sino probablemente instintivo, que quizá tiene que ver también con su profesión; se fija en las señales marcadas a lápiz sobre el papel, se acaricia con el índice el mentón carnoso, frunce el ceño, opina en silencio. Con los ingleses nunca se sabe.

El periodista masculla algo ininteligible. Después, suelta de golpe el humo del cigarrillo, y por fin se decide a hablar con claridad:

—Mira, Garcés, si quieres puedo ayudarte a buscar un intérprete, pero no sueñes con llevarte a Ismail. Haile Selassie ha enviado un telegrama de petición de ayuda a través de la legación británica y, tal como están las cosas, creo que antes de que acabe el mes tendré que viajar a Djibouti, y de allí a Addis Abeba. Compréndelo, necesito a Ismail. Además, si quieres que te diga la verdad, me parece una locura este proyecto tuyo.

—¿Por qué una locura? —pregunta el español—. La depresión de Iyil está sobre un fondo de capas de sal de las que se han surtido desde siempre los nómadas del desierto en su comercio con Tombuctú. Se trata justamente de la línea meridiana que marca la frontera con la parte francesa del Sahara.



—Lo único que sé es que tu República haría mucho mejor en ocuparse de sus asuntos internos o de lo que se avecina en Europa que de interceptar el tráfico de las caravanas.

—No es sólo por los pozos subterráneos; es que si se confirma que toda esta zona —indica señalándola con el dedo— es una enorme depresión, eso posibilitaría convertirla en un gran mar interior. Además —añade cambiando el tono de voz—, hay lugares en los que no se puede dejar de pensar y sólo estando allí...

—Filosofías, no —interrumpe Kerrigan con el cigarrillo en la boca y las manos ocupadas en plegar de nuevo el mapa—. Vuélvete, y fíjate en cómo mueve los hombros esa muchacha. No podrás olvidarla.

Un fugaz resplandor azulado barre la mesa. El contrabajista le sonríe a la mujer que está apoyada en el borde del piano con repentina complicidad, es una sonrisa inmóvil, aislada de todo, que no tiene que ver con lo que la mujer es, sino con la forma de tocar, así, buscando variaciones sobre una misma melodía, con notas improvisadas que unas veces suenan a provocación y otras a suspense, como si estuvieran descubriendo una peculiar manera de desafiarse y de reconocerse en el ritmo y en la letra de la canción que ahora suena, *Lady be good*.

—La que vi esta mañana en el vestíbulo del Excelsior sí que era una mujer inolvidable —dice Garcés, y nada más decirlo se queda en silencio durante un momento, evocando el recuerdo.

Aquella manera de irrumpir en el hotel, envuelta por el aire de la calle, cubierta de miradas; el gesto de hacer repiquetear las uñas con nerviosismo sobre el mostrador de la recepción, algo lejano e impalpable que emanaba de ella como si perteneciera a un sueño y que, sin embargo, producía al mismo tiempo un efecto absolutamente carnal. Después enciende un cigarrillo. Kerrigan lo mira atentamente, inclinado junto a la botella de bourbon, esperando algún dato más. Pero él prefiere no decir



nada; aparta de un manotazo el humo de la cara como si tratara de espantar sus pensamientos y se limita a pronunciar lacónicamente un nombre: Elsa Quintana.

—Yo que tú no intentaría acercarme a ella. Una mujer sola que se aloja en el Excelsior sólo puede traer problemas. Además, en Tánger hay cientos de muchachas hermosas que no son espías ni trabajan para ningún gobierno ni son amantes de ningún rey del hampa ni exigen demasiado a cambio.

El tono que utiliza Kerrigan es reservado, paternalista, dando muestras de saber perfectamente lo que está diciendo, y después de una pausa en la que vuelve a dar un trago a su vaso de bourbon, añade:

—Con el amor ocurre igual que con el alcohol. Al principio se parece al deseo, pero al final es solamente costumbre, rutina —su voz suena con un matiz más melancólico que cínico, incluso parece contener una solapada burla hacia sí mismo.

Tras el comentario le dirige a Garcés una mueca resignada, enarcando las cejas, como diciendo: así son las cosas. A continuación, se echa hacia atrás contra el respaldo de la silla con los ojos entornados y se dedica a marcar con los pies el compás de los redobles de batería, dando por terminada la exhortación a que la amistad le obliga, sin creer tampoco que Garcés vaya a tener muy en cuenta su consejo.



III

En los quioscos de prensa de la rue de la Marine las hojas de los diarios muestran en titulares la piel amarillenta de una Europa enferma. Philip Kerrigan contempla el ajeteo de las callejuelas laterales, las mujeres con sus velos de colores cubriéndoles la boca, el estado del cielo, las nubes quietas. Deposita unas monedas en el cajón de madera que hay debajo del expositor y permanece inmóvil durante un momento, revisando la información de portada. Después abre el periódico y su atención se centra especialmente en una columna lateral: es una noticia breve sobre una escaramuza en la frontera de Renania. Kerrigan sigue los renglones con un punto de tensión en la mirada. Piensa que, pese a las declaraciones del Reich minimizando el incidente y a la llamada a la moderación del Estado Mayor francés, tarde o temprano las tropas alemanas acabarán desafiando el tratado de Versalles. A continuación pliega el diario y se dirige por la rue de la Liberté hacia la zona de las embajadas, en la Place de France.

La sede de la legación británica es un antiguo palacio con el portón de entrada decorado con arabescos, donde montan guardia dos soldados con quepis blanco y casaca roja. Kerrigan se detiene antes de entrar estableciendo tal vez una rápida asociación de ideas entre aquella suntuosa construcción y el lóbrego edificio Victoriano de Bloomsbury Square, con la placa metálica del *London Times* junto al ascensor y el tecleo infernal de las máquinas de escribir. Apenas llega a estar veinte



minutos escasos en su interior. Cuando sale emite un auténtico resoplido de tedio, más auténtico aún porque no lo hace para ser visto ni interpretado por nadie. Quizá piensa en el empeño que ponen algunos miembros del Foreign Office en creerse sus propias mentiras. Después cruza la calle y se encamina de nuevo hacia la medina costeano la pared de una comisaría tangerina. Por su lado pasa la silueta fugaz de una mujer con chador. Sólo en África pueden verse unos ojos así, oscuros como la antracita, húmedos, remarcados con *khol*. Kerrigan la ve pasar con una punzada de nostalgia futura. Es la ciudad la que se apodera de uno: la opacidad de sombra en las calles de la medina, el aroma penetrante y dulzón del cordero especiado mezclado con el orín en los patios interiores donde revolotean los mosquitos, ver morir la tarde amarilla tras la *kasbah*, la paciencia del kif que calma los nervios y aplaca las emociones. Junto a eso, ¿qué podía importarle a él Bloomsbury Square y la cervecería Freeney's y la mermelada Cross and Blackwell? Enfila por la rue es Siaghin y se dirige al Tingis. No quiere ir al Café de París a esta hora. Lo último que desea es encontrarse con sus colegas de profesión o con los funcionarios de los consulados acompañados por sus bellas mujeres.

Hay momentos en los que un hombre siente sobre los hombros el peso de una losa, y al mismo tiempo la levedad, la absoluta inutilidad de todo, de su vida, de su profesión, de su patria... Y se ve de pronto tal como es, con algo más de cincuenta años, los ojos un poco inyectados en sangre, cansado, con el cuerpo demasiado castigado y sin nada en el alma. Da un sorbo largo al vaso de té, dulce, aromático, con fuerte sabor a menta. Siente en las sienes los ruidos de la calle, el martilleo de un mazo sobre los tablones de un carro. No puede dejar de pensar en el asunto del tungsteno y los selectores de voltaje. Italia a punto de invadir Abisinia, los alemanes moviéndose por el Sarre y el cuerpo diplomático actuando exactamente como si el tungsteno y los transmisores fueran



dispositivos de una inocente máquina de coser. Eso era la diplomacia de la libra esterlina. «*Wait and see*», había dicho lacónicamente sir George Masón en su despacho del departamento de la Embajada para Europa occidental. Ni la más mínima alusión a la Sociedad Británica de Metales no Ferruginosos, ni una respuesta, ni una aclaración, nada. Así suceden las cosas en Tánger. Una ciudad abierta, sin consistencia, donde llegan cargamentos en barcos procedentes de ninguna parte, donde las noticias lo impregnan todo, pero no permanecen. Los telegramas, los informes, las remesas de material inflamable, todo es barrido por el viento.

Kerrigan enciende un cigarrillo achicando los ojos y mira hacia el espejo que hay detrás de la barra con una mirada rápida, oblicua. Pero no se ve a sí mismo, sino a grupos de tangerinos que beben pacíficamente su té con dulces y fuman bajo un ventilador de aspas. Al fondo, ligeramente desenfocada por el humo, descubre la cara de una mujer, extranjera sin duda, inclinada sobre la mesa. La observa de refilón: hay una llamativa audacia en su indumentaria, el color añil intenso del fular caído sobre el traje blanco de corte occidental. Ella escribe algo en una cuartilla, se detiene pensativa con la pluma entre los dientes, hace pequeños gestos nerviosos meciendo la cabeza; finalmente rompe el papel y se queda inmóvil, abstraída, mirando hacia la calle. Kerrigan la observa en el espejo como si estuviera contemplando un cuadro: sus facciones tienen una vaga desarmonía que curiosamente multiplica su magnetismo y la hace indescriptible. Hay algo en ella que le recuerda a otra mujer: a una mujer también pálida y joven e indecisa. Ciertas cosas hacen más dolorosa cualquier evocación, el terco zumbido de los insectos, el no hablar, pero también el calor, el deseo físico, las imágenes que se apoderan de uno. Kerrigan extrae del bolsillo unas monedas y juega a colocarlas sobre la mesa, alineándolas y desalineándolas con aire ausente. ¿Cómo se enamorarán las mujeres?, se pregunta. Y el interrogante lo hace retroceder a un cuarto de paredes



pintadas con flores diminutas. Recuerda el pelo de aquella otra muchacha, su vello secreto, la forma ingrávida que tenía de moverse por la habitación, desnuda, como si flotara en la atmósfera. Sabe bien quién era. Puede ver su mano recorriendo las cortinas, las aguas grises del Támesis al fondo, el escorzo de su cuerpo al inclinarse para recoger una prenda del suelo, su forma humilde y al mismo tiempo definitiva de decir que no, que nunca más. Al fin y al cabo era comprensible, no podía resultar fácil para ninguna mujer soportar esa clase de vida. Kerrigan cierra los ojos con el cigarrillo olvidado en la boca.

Agua caliente a las diez y, si llueve, un coche cerrado a las cuatro. No recuerda cómo sigue el poema, pero el dolor es antiguo y soportable. Quizá más soportable que la propia vida. Esta sensación lo asalta a veces, pero no dura mucho, pasa fugazmente como un escalofrío. Es igual que en la guerra: durante los ataques aéreos resulta imposible permanecer todo el tiempo aterrado, las preocupaciones personales acaban salvándolo a uno. Cuando su destacamento quedó aislado, junto al río Aisne, en el otoño de 1914, no sintió miedo, toda su inventiva estaba ocupada en resolver las dificultades de transmitir. Veía el humo de los estallidos de mortero, pequeñas llamas ardiendo pálidamente en dirección a París. Los alemanes estaban resistiendo la contraofensiva cuarenta kilómetros al norte de la capital, pero él sólo podía pensar en cómo llevar un mensaje a la oficina telegráfica, las cuestiones prácticas son las que nos hacen sobrevivir. Había sido su primera crónica, una victoria aliada. Entonces aún era lo suficientemente inocente para no calcular, bajo la retórica de los titulares, los miles de heridos y muertos, más de doscientos mil hombres. Abre de nuevo los ojos, aprieta el cigarrillo entre los dientes y vuelve a mirar hacia el espejo. Ahora el rostro de la mujer se está empañando y adquiere un vago aire de espera, esa inquietud ambigua que tienen todas las mujeres que acuden a una cita. Piensa que tal vez estaría bien acercarse a ella con cualquier excusa



y entablar una conversación, pero al momento el galanteo se le presenta como un ejercicio demasiado largo y desalentador, y rechaza la idea, envejecido de pronto. En la rue es Siaghin alguien pasa entre los puestos de frutas zigzagueando y haciendo sonar la bocina de su bicicleta. Kerrigan vuelve a pensar en el tungsteno, eso le hace sentirse mejor que no pensar en nada. De nuevo, las cuestiones prácticas. Le interesaba esa clase de noticias cuyas consecuencias todavía podían evitarse. Si existía algún peligro de soviétización en el Mediterráneo, no podía ser otro que España. Pero sería un disparate pensar que para frenar el avance comunista, el Reino Unido se arriesgara a tolerar el tráfico de armas y las actividades de italianos y alemanes con la derecha española para derrocar a la República. Aunque es precisamente eso lo que inquieta a Kerrigan, lo que le hace aplastar violentamente el cigarrillo en el suelo, que siempre hay algo premonitorio en la formulación política de lo que no tiene sentido. Últimamente le ocurre con frecuencia, cuando trata de acercarse a una noticia e intenta comprender su verdadero alcance: la información se le convierte en un editorial. El problema de los editoriales es que se escriben siempre demasiado tarde, cuando ya todo es inútil. Pero antes está el material eléctrico, la empresa H&W, el tungsteno y los equipos de transmisión. Noticias que aún no son del todo irremediables y que tal vez por eso no interesan a la prensa europea y sólo merecen unas líneas en la última página de los diarios locales. El corresponsal del *London Times* emite un resoplido que sólo puede significar el profundo cansancio que le inspira la situación mundial. Sabe que el curso de los acontecimientos no dependerá de la inteligencia, ni del análisis de las cancillerías occidentales, ni de sus tibios deseos de apaciguamiento. Y después de todo, ¿a él qué puede importarle ya?

Desde la ventana del Café Tingis se ve un tramo de Tánger, lentos cristales polvorientos, chilabas, rostros morenos. Un fulgor anaranjado y tórrido llena la calle. Han cesado los golpes del martillo sobre los



tablones de madera. Kerrigan empieza a notar un fuego ácido en la boca del estómago. Recuerda que tiene una cita con Garcés para comer, pero antes necesita quitarse la corbata y los zapatos, tumbarse un rato en la penumbra de su cuarto de la rue des Chrétiens y prepararse una pipa de kif. Se siente algo extranjero, algo solitario. Tal vez lleva demasiado tiempo sin acostarse con nadie. Da un último sorbo a su vaso de té, se pone de pie y deja las monedas alineadas en una columna sobre la mesa. Al girar la cabeza para abrir la puerta y salir al exterior, ve que la mujer del fular añil lo está mirando. Las aspas del ventilador dan un ligero movimiento al mechón oscuro que le cae sobre las mejillas en un corte limpio en diagonal, el pelo como ala negra de pájaro, piensa Kerrigan, y en ese preciso momento tiene la repentina intuición de que es ella, la dama de la que le habló Garcés la noche anterior en el Café de París. Probablemente es su apariencia ambigua lo que le ha provocado la sospecha. Kerrigan la examina, clava sus ojos en ella. Sus ojos de periodista, escrutadores y vigilantes, no sus ojos de hombre. La luz resbala sobre el talle del vestido resaltando la palidez de la piel, el gesto caviloso, los pómulos altos... Hay algo confuso e impreciso en el rostro de la mujer, algo muy individual que tiene que ver con su manera provocativa de estar allí sola, sentada en un café árabe, en el puro corazón de la medina. Kerrigan no la juzga dulce, ni hermosa. En realidad, no sabe cómo juzgarla, pero algo lo obliga a permanecer de pie, observándola ensimismado, sin poder moverse, bajo el letrero de cigarrillos importados que cuelga del dintel de la puerta. Ya no posee la habilidad necesaria para acercarse a ella delicadamente y por eso elige una sonrisa cínica, desprovista de vanidad, desdeñosa, casi ofensiva, indigna del hombre que en otro tiempo fue un caballero. Cuando se ha perdido la juventud, la desconfianza puede activar curiosamente las mismas glándulas que el deseo.



Afuera la luminosidad es demasiado violenta, pesa como el plomo sobre los puestos del mercado, contra los muros enjalbegados y ardientes de las casas, en los talleres donde los curtidores repujan el cuero con cinceles templados sobre carbones de encina. Un santón pasa entre las pieles puestas a secar montado en un borriquillo mísero, las babuchas lamiendo el suelo. Kerrigan atraviesa la plaza en diagonal, con el sol de frente hasta que se adentra en la sombra de las callejas de la medina. Toma la rue des Chrétiens, con la camisa empapada por el sudor. Después entra en un portal rematado en arco de herradura, asciende jadeante por la estrecha escalera de la vivienda y atraviesa el pasillo interior hasta alcanzar su cuarto: una cama con el mosquitero recogido, la máquina de escribir sobre la mesa, el cajón archivador a la izquierda, estantes repletos de libros .y recortes de periódico, algunas fotografías, láminas sin enmarcar, un mapa de África clavado con chinchetas en la pared y la botella de bourbon sobre la mesita de noche. Se descalza al mismo tiempo que afloja el nudo de la corbata en el cuello, se echa boca arriba en la cama con la respiración alterada y observa fijamente las manchas de humedad en el techo. Piensa que este clima acabará matándolo, cada vez se resiente más del esfuerzo físico y cada vez encuentra menos energía para reconstruirse. En momentos así le asalta un amago de nostalgia. En la memoria, las tardes de Londres, lluviosas y grises, el olor de la linotipia, los comentarios consabidos del redactor jefe, las bromas de pésimo gusto entre Fraser y el encargado del turno de noche, el burbujeo de actividad febril bajo los tubos de neón antes de la hora de cierre. Esa extraña atmósfera de simpatía humana un poco burda que casi siempre adopta la forma del sarcasmo y fluye como una corriente familiar entre las viseras negras, los teletipos y las grandes palabras de los titulares. Algo tan parecido a un hogar que durante un brevísimo momento casi desea regresar. Pero la ensoñación no dura mucho tiempo, tiene la escasa consistencia de un espejismo que visita



pasajeramente su pensamiento, pero sin la intensidad suficiente para llegar a tentarlo. Podía haber aceptado perfectamente un puesto en la sección de nacional, sin embargo, aquí está desde hace tres años y todavía hay muchas cosas que ignora. Es Tánger donde ha elegido perderse. El verde azufre de sus crepúsculos, los prostíbulos del Zoco Chico donde las muchachas sirven el té desde la altura, para que caiga hirviendo espumoso en los vasos con hierbabuena, las telas vaporosas de las bailarinas excitándose a sí mismas al trasluz de las lámparas de queroseno, sus delgados hombros, la línea brillante de sudor en el vientre, entre las aberturas insinuadas de los velos, la atmósfera sofocante y pegadiza, de vez en cuando el rumor de jadeos ahogados, la llama del bronce en la piel, toda esa belleza corrupta, más bella aún cuanto más vulnerada. Le conmueve la forma que tienen de ofrecerse las mujeres árabes, de responder sumisamente a lo que se les pide, a lo que se busca en ellas, quién sabe qué. De madrugada, con la claridad cruda del amanecer, el ritual de las tinajas de agua de azahar que las chicas usan para lavar maternalmente los genitales de los clientes siempre le ha provocado a Kerrigan el efecto descorazonador del despertar de la anestesia. Un vacío espeso, anieblado por los humos fríos del tabaco, ceniceros sucios, vasos a medio beber, las telas muertas y arrugadas sobre los divanes, un decorado de escombros, semejante al que deja tras sí una feria de atracciones después de desmontar sus bambalinas. El corresponsal del *London Times* siente una repentina piedad por ese paisaje de derrota. El ruido de la ciudad suena ahora como un eco lejano que apenas roza las persianas verdes del cuarto. Ismail entra sigilosamente. Se sienta sobre la alfombra con las piernas cruzadas y comienza a deshacer una pastilla de hachís para preparar la pipa. Al inclinarse sobre la llama, frunce el ceño, concentrado en la tarea de calentar la pastilla para ablandarla entre los dedos. La frente baja, los ojos atentos, la expresión ensimismada, con el labio inferior ligeramente



montado sobre el superior. Introduce la pastilla en la pipa y la aplasta con firmeza. Kerrigan lo mira afectuosamente. Llevan juntos tres años, tiempo suficiente para conocerse en sus debilidades sin necesidad de hablar demasiado. Al principio fue su asistente y cocinero, luego le sirvió además de intérprete y ahora se había convertido en un guía imprescindible para entrar en los laberintos de Tánger. Era él quien llevaba cada día sus mensajes a la oficina de telégrafos, quien mantenía los ojos y los oídos sutilmente abiertos para distinguir los más velados matices en las voces de la medina o del zoco y para estar al corriente de cualquier noticia pública o privada que ocurriese en la ciudad. Poseía una intrincada red secreta para informarse de los negocios del puerto, del movimiento de barcos en el Estrecho y contaba además con la confianza de varios agentes de aduanas. El hachís retrasa el tiempo, concede un pequeño aplazamiento, un sueño breve como el canto de los mucicines. Kerrigan inhala una bocanada de humo cerrando los ojos y sonrío levemente con expresión beatífica. El sosiego se desplaza por su mente como una pesada y deslumbrante masa de hielo polar que congela sus emociones. Es un hombre con el corazón muerto.



IV

—El barco llegó hace una semana. El servicio de vigilancia costera no encontró nada, pero sólo registraron la bodega, como de costumbre, no los camarotes de primera clase.

Kerrigan alza las cejas con expresión demostrativa y hace una pausa para aplastar el cigarrillo en el cenicero hasta que la última partícula de brasa queda completamente extinguida. Después, sin alterar el tono neutro de voz añade:

—Ismail los ha visto descargar de madrugada en la playa, detrás de la escollera.

El reservado del restaurante El Club la Kasbah, al principio del bulevar Pasteur, es el lugar más frecuentado por los funcionarios de las embajadas. Garcés mira pensativamente el mar a través de la galería acristalada del primer piso, el barco anclado en el puerto, la estela rizada, dejada por las lanchas patrulleras sobre el agua. Su expresión es perpleja, reflexiva, como si estuviera tratando de atar cabos sin lograrlo. El corresponsal del *London Times* permanece sentado frente a él, con la cabeza inclinada en medio de las franjas diagonales de sol que rayan la atmósfera y el pesado sopor de la sobremesa, mirando fijamente la hoja de papel timbrado que hay sobre el mantel. La palabra tungsteno está escrita con tinta azul sobre una columna de cifras y de fechas como si se tratara de un diario comercial. A la izquierda figuran las siglas H&W y debajo otra columna de cifras.



—Lo siento, pero no acabo de entender a dónde quieres ir a parar — dice el español cambiando inquieto la posición de sus piernas.

—¿Alguna vez has oído hablar de un tal Wilmer? —pregunta el periodista.

Garcés hace memoria un instante. El nombre le resulta desconocido.

—Es el director de ventas de H&W y actúa como representante comercial en Tánger para varias empresas alemanas de productos como cables, congeladores, equipos de transmisión y materiales eléctricos y ópticos. Y por lo que parece también tiene que ver con la producción de explosivos —Kerrigan deshace minuciosamente el envoltorio de los terrones de azúcar y revuelve el café antes de proseguir con la información—. Desde hace algún tiempo mantiene frecuentes contactos con altos oficiales del ejército español en Tetuán y Melilla —dice esto con el mismo tono impasible, pero después observa fijamente a Garcés mientras da un sorbo largo a la taza, como si pretendiera calcular el efecto que provoca en él la última frase.

—Probablemente les compremos suministros para los cuarteles o blancos de práctica para la artillería. ¿Qué tiene eso de extraño?

—Nada, si no fuera porque las reuniones siempre tienen lugar de noche y fuera de los cuarteles —aclara Kerrigan—. Demasiadas precauciones para un intercambio comercial legal. Además a la embajada han llegado ciertos rumores que apuntan a una conspiración militar, aunque esto no parece preocupar demasiado al gobierno de Su Graciosa Majestad Británica.

El periodista pronuncia las últimas palabras con un peculiar énfasis; su dominio del español es suficiente para permitirse alguna ironía. Garcés lo mira interrogante, trata de ordenar la información, de valorar su alcance. Recuerda alguna conversación escuchada al vuelo en el casino militar de Tetuán, meses atrás. Muchos oficiales miraban con alarma la



creciente agitación social sobre todo en Asturias y en Andalucía. Algunos incluso consideraban que se trataba de una clara ofensiva comunista, pero de ahí a pensar en una conjura para alzarse contra el gobierno de Madrid, había una diferencia. La verdad es que no veía a ninguno de los 84 generales en activo capaz de llegar a ese extremo salvo, en todo caso, al general Mola. Sin embargo, las frases oídas en aquella sala del casino militar revestida de madera de roble, resplandecen ahora en su memoria como brasas en la oscuridad y cobran otro sentido ante las insinuaciones apuntadas por Kerrigan. Pero lo cierto es que a él la política nunca le ha importado gran cosa. Lo suyo era la exploración, por eso se había hecho militar. Recuerda el momento en que adoptó esa decisión irrevocable, como todas las que se toman en la infancia. Estaba corriendo de un extremo a otro del pasillo que bordeaba la biblioteca, en la casa de las Marinas. La madera del suelo crujía con una resonancia honda bajo sus pasos, un sonido que le hacía pensar en la cámara secreta de un buque —siempre estaba inventando fábulas y misterios que llenaran los salones vacíos de aquella mansión tan solitaria.

Anocheceía y la oscuridad empezaba a puntearse de pequeñas luces amarillas. Entonces su abuelo abrió la puerta del despacho donde trabajaba y con la austeridad que lo caracterizaba le enseñó un atlas geográfico encuadernado en tela azul, con grandes letras doradas en el lomo. Afuera la lluvia del Norte golpeaba los castaños con un rumor de tempestad. Aquel día aprendió el nombre de los océanos y de los continentes, le cautivó la forma de África como un corazón grande y se juró que un día recorrería palmo a palmo aquellas montañas escarpadas que tenían un color parduzco en el mapa, las islas perdidas, las selvas misteriosas cuya humedad vegetal casi podía sentir bajo los pies, los arenales como yunques al sol, la madera de juncos en la desembocadura de los ríos y la ruta de los antílopes sobre las praderas, los lugares



lejanos que iba señalando con el dedo mientras leía sus nombres con una devoción ignota que lo hacía estremecerse al pronunciarlos: el Nilo, el desierto de Libia, los Grandes Lagos, el Kilimanjaro... Todo empezó ahí: la tentación cautivadora de los vientos, sus caóticas mareas de aire, la sugestión por las constelaciones rotatorias, por las señales bioluminiscentes que guiaban a las aves en sus migraciones, escuchar el débil gemido de una roca a través del cronómetro de radiocarbono. La memoria humana está codificada también en lascas y sedimentos y magnetismos. Se anhela un lugar con la misma extraña fidelidad con la que los minerales imantados señalan el polo magnético. Garcés evoca el recuerdo de aquellos diarios de viajes emprendidos por la Asociación Española para la Exploración de África, que su abuelo conservaba en varios tomos encuadernados, las expediciones del siglo XIX por el norte de Marruecos para localizar la fortaleza de Santa Cruz de Mar Pequeña, el actual Sidi Ifni, los primeros intentos de penetración hacia Río de Oro, el reconocimiento del territorio litoral desde Oued Dráa hasta cabo Jubu... Casi podría reproducir de memoria los dibujos a plumilla que ilustraban el texto, la calidad de las representaciones cartográficas. Los nombres de Joaquín Gatell, Fernández Duro, Cervera, Quiroga, Rizzo o Bonelli pertenecían para él a una categoría heroica. No sabe exactamente en qué momento se perdió esa fascinación, pero piensa que hace ya tiempo que la relación del hombre con el territorio está envenenada. ¿Qué puede tener en común el patriotismo de las salas de banderas con las superficies oscuras, las llanuras vastas y silenciosas, solas en la noche, las regiones infructuosas entre países que no están hechas para pertenecer a nadie?

La voz del periodista lo saca de sus meditaciones. Kerrigan lleva varios minutos hablando sin apenas interrupción, el tono neutro, los brazos cruzados en el borde de la mesa, fechas, detalles, conjeturas... una



reciente gestión secreta en Londres por la que se advertía a las autoridades británicas de la inminencia del golpe.

—Eso es todo lo que he podido averiguar —concluye finalmente.

La única luz que rodea el reservado del restaurante es la procedente del mar, el cielo amarillo y blanco por encima del agua. Unas rápidas ondas de música árabe suben del piso de abajo. El camarero pasa con una bandeja serpenteando entre las mesas. Garcés mira abstraído hacia las instalaciones del puerto, por encima de los tejados de cinc: los marineros martilleando el casco de un carguero para limpiar el óxido, la calle inundada de sol, el trajín de los empleados de los almacenes. Reflexiona sobre las palabras de Kerrigan y opina que quizá estén pagados por los alemanes o por los italianos o por los ingleses o por todos ellos al mismo tiempo. La imparcialidad siempre es ilusoria ante los asuntos económicos y una ciudad que vive del contrabando sólo se mantiene bajo la máxima de que nadie puede confiar en nadie. Al otro lado del muelle un camión que maniobra frente al destacamento de la policía aduanera lo hace salir de su abstracción; y espasmódicamente su vista recupera el foco normal y vuelve al tema de conversación que les ocupa.

—Después del fracaso de la sanjurjada, no creo que haya nadie en el Ejército que se atreva a repetir semejante aventura suicida, si es eso en lo que estás pensando —dice con más optimismo que convencimiento.

En realidad, no quiere considerar esa posibilidad. Pero enseguida se arrepiente del comentario, porque Kerrigan se queda mirándolo con un pequeño brillo en los ojos, la boca apretada y una expresión de burla impasible en el rostro.

—¡Por el amor de Dios, Garcés! Alguien tendría que contarte alguna vez la historia del mundo.



—Está bien —replica finalmente el español, frunciendo el ceño, algo molesto por el comentario. Da una calada profunda al cigarrillo que sostiene entre los dedos, el humo sube casi en línea recta hasta el ventilador—. Veré de qué me puedo enterar.

Sabe exactamente que investigar el asunto significa días o semanas de retraso en su expedición. Además, piensa que Kerrigan concede demasiada importancia a algunas cosas. En más de una ocasión ha tenido que escuchar sus críticas al gobierno británico y a las democracias occidentales por negarse a ver el giro que, a su juicio, estaban tomando los acontecimientos en Europa. Alemania era otro de sus temas. Garcés considera que muchas de sus opiniones continúan ancladas en un pasado tan lejano como la fotografía que ha visto en su cuarto de la rue des Chrétiens en la que un Kerrigan increíblemente joven permanece de pie junto a un convoy militar con el anticuado uniforme de la Gran Guerra. Sus temores le resultan a Garcés disparatados, pero a veces estas charlas le producen un extraño sentimiento premonitorio que se suma a la sensación de estar asistiendo a la explicación didáctica de un maestro a su discípulo. Tal vez por eso añade con cierto deseo de resarcimiento:

—Pero a cambio tendrás que cederme a Ismail cuando salgamos para el Sahara.

La respuesta cambia la expresión grave del periodista y lo hace reír sordamente y mover la cabeza hacia los lados con una mezcla de complicidad y reconocimiento.

—De acuerdo —responde, aceptando el trato.

Obstinado, ese era el adjetivo que mejor definía a su amigo: de piñón fijo. Podía hundirse el mundo, pero eso no iba a alterar sus proyectos. El corresponsal del *London Times* piensa que nunca acabará de entender a aquel tipo.

—Discúlpeme —dice una voz—, ¿no es usted Philip Kerrigan?



El periodista levanta los ojos hacia un barman de rostro africano impecablemente vestido con chaquetilla blanca de botones dorados y fajín granate.

—Sí, yo soy —responde con cierta sorpresa.

El camarero le acerca deferentemente una pequeña bandeja sobre la que reposa una tarjeta con el emblema del Foreign Office, firmada por Mr. George Masón, convocándole para una entrevista urgente en la embajada.

—Debe de ser importante. Tal vez quieran retirarme el permiso de circulación —bromea Kerrigan al tiempo que se levanta y se despide de Garcés con un rápido apretón de manos.

Pero cuando ya se ha dado la vuelta, gira de nuevo sobre sus pasos como si de pronto hubiera recordado algo, y añade sonriendo con un guiño cómplice:

—Por cierto, creo que he visto a tu dama esta mañana en el Tingis.

Después encoge levemente los hombros antes de irse, dejando la frase en suspenso, sin esperar respuesta.

Garcés observa pensativo cómo Kerrigan le da la espalda y avanza hacia la puerta saludando a su paso, con su habitual cortesía inglesa, a algunos de los comensales que ocupan las mesas del fondo. Las últimas palabras han provocado un cambio en su estado de ánimo. Se recuesta hacia atrás en la silla con un gesto evocador. Siente una especie de calor hormigueante que no guarda relación con la temperatura que marca el termómetro, y que le produce una sensación física de lasitud, una vaga sensualidad ingravida, distinta a la que marca los ciclos de la vida en Occidente. Las normas que rigen en las capitales europeas no tienen vigencia en Tánger. Tal vez la culpa sea de la ciudad, piensa, demasiado



abyecta, demasiado hermosa. En un lugar así cualquiera puede arruinarse por amor o por odio antes de darse cuenta.

Garcés, embebido en estas meditaciones, se da tiempo para acabar de saborear el café y encender un cigarrillo. Trata de dibujar en su mente el rostro de Elsa Quintana, pero sucede como tantas veces, que al recordarla su imagen se le niega o no acude por lo menos en toda su nitidez sino ambigua e indefinida, igual que una ilusión. Se pregunta cómo puede ser que una mujer de la que no sabe nada y que apenas ha visto durante unos minutos, acuda a su mente con tanta insistencia. Permanece así un rato, asomado al pozo sin fondo de todo lo que ignora, sin pretender tampoco buscar una explicación racional.

Al salir del restaurante las ondas de música se hacen más intensas. Garcés trata de descubrir en ella alguno de los secretos motivos que pueden llevar a los hombres a abandonar su país natal para vivir lejos y encontrar dentro de sí mismos la singularidad de otros compases que también sirven para magnificar la existencia. La inconsciencia y el sonido o la inconsciencia a través del sonido. Enfila por el malecón que delimita la dársena de pesca y se interna por la calle que sube en fuerte pendiente hacia la medina. Junto a la plaza de la *kasbah* los barberos trabajan al aire libre. Más arriba, dos niñas se demoran a la puerta de una casa en la interminable tarea de trenzar sus cabellos encrespados untados de aceite, y un vendedor, sentado en cuclillas, ordena sobre una estera la colección de pequeñas botellas de óleos y perfumes. Cuando Garcés pasa a su lado, descorcha uno de los frascos con gesto de ofrecimiento. La fragancia del unguento se extiende dejando una estela dulzona de jazmín y glándula de gacela. Garcés sale de la medina y continúa caminando hacia el bulevar Pasteur, con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón, vagamente mareado, sin ser muy consciente del rumbo que van tomando sus pasos hasta que vislumbra, al fondo de la calle, la verja de hierro del Hotel Excelsior y entonces sabe de pronto, con un amago



de condescendencia hacia sí mismo, que es exactamente ahí a dónde se dirige impulsado por una especie de tenacidad sin sentido, igual que si acudiera a una cita secreta que nadie ha concertado.

Viéndolo así, sentado en uno de los taburetes de la barra, mirando constantemente hacia el fondo de la puerta del bar, entre los huéspedes que entran y salen, podría parecer uno más de los muchos clientes habituales del hotel que a esa hora se resguardan de la fuerza del sol buscando la atmósfera refrescante de uno de los pocos locales de la ciudad donde se sirve alcohol. Pero Garcés se siente en ese momento tan inmune al calor como al hielo que tintinea contra el cristal de su vaso de whisky, atento sólo a la remota posibilidad de que el azar le conceda otra oportunidad de volver a ver el rostro que apenas recuerda. Hay tipos así, obsesivos, contumaces, que funcionan por corazonadas, individuos que van por la vida cargados de brújulas, barómetros, sextantes y mapas; que no aspiran a más gloria que la de contemplar los halos verde lima del amanecer por encima de una loma del desierto, los estratos de nubes alargadas sobre el horizonte, las manchas azafranadas del sol en las dunas para después alzar su perfil sobre hojas de papel milimetrado en precisos croquis topográficos; especímenes raros acostumbrados a tratar con los nómadas, amantes de la soledad y de los silencios geológicos de la tierra; personas que se sienten dioses cuando descubren una montaña negra de basalto, un lago carbonífero o la composición extraña de una roca; que nunca se acostumbran al cómodo ceremonial de la vida cotidiana con horarios establecidos y afeitado diario; tipos que aman los paraísos rotos, el lugar en el que no están y la mujer que no conocen, que tienen nostalgia de cosas imposibles de ser recordadas con claridad, tan huidizas como el rastro de una hoguera que humea en la oscuridad, entre las tiendas de un campamento; sujetos inadaptados, hombres que se dejan fascinar por el misterio de una voz, de un rostro en el que



intuyen alguna clase de derrota. Y serían capaces de dedicar su vida a inventar un pasado para un nombre.



V

La mujer está asomada a la ventana, con los codos apoyados en el alféizar, mirando el cielo, las fisuras lácteas de las estrellas, esa dureza invitadora y temible del firmamento que le hace sentir una exaltación insólita, no por su belleza, sino por la certidumbre de haber alcanzado un grado más profundo de aislamiento. El relente le eriza el vello de los brazos. Una risa lejana llega desde la verja del jardín con un sonido extrañamente monocorde. Contempla las mesas y las sillas de mimbre entre las palmeras. La guirnalda de pequeñas luces sobre la pista de baile acaba de apagarse. Un farol brilla solitario en la puerta trasera del hotel. Ella está encerrada en sí misma, dentro de sus propios huesos, con plena conciencia de haber estropeado su vida para siempre. Su piel adelgazada denota una tensión recóndita en las finísimas venas que se transparentan azules a la altura de la sien.

La noche reproduce su cuerpo en el marco del cristal, los párpados enrojecidos, la cabeza inclinada, el pelo suelto sobre los hombros, el cigarrillo en los labios. Mira su imagen y no se reconoce; ya no sabe quién es ni qué le ha sucedido ni cómo. La frente ardiendo, el estómago acalambrado, una sombra de resignación curvándole apenas el vientre. Uno se siente así después del primer acto de amor o de la primera deshonra o del primer crimen. La oscuridad la va cercando como un animal quieto y mudo; percibe su presencia alrededor como hubiera



deseado percibir quizá la muerte. Las mujeres dependen tanto de su orgullo...

Retrocede de espaldas en la penumbra del cuarto. Enciende la lámpara de la mesilla. En el círculo iluminado por el foco hay un sobre ya abierto con matasellos de España. Los dedos temblorosos de la mujer extraen la carta probablemente releída hasta la saciedad. *Querida Elsa*. Las palabras como zarpazos, una mentira que la va hundiendo. *Por el momento, no puedo reunirme contigo*. Sigue leyendo, con la mirada perdida, sin capacidad para dejarse engañar. *Como sabes, la situación política anda revuelta y mi posición no facilita las cosas. Lo mejor es esperar. Creo que el dinero que te envió será suficiente por ahora...*

Ella está tumbada en la cama, apenas rozada por la luz. La barbilla temblando, las lágrimas resbalando calladamente hacia el nacimiento del cabello. En el recuerdo, el barro rojo del corral con los álamos y la alberca seca. Imágenes descabaladas se atropellan en su memoria: lo ve a él, al hombre que había torcido el rumbo de su existencia, tal como lo vio aquella primera vez en el cortijo, muy alto, con la camisa abierta y pantalones de montar. Ella acababa de cumplir veintitrés años y todavía era una señorita de buena familia, sin experiencia, incapaz siquiera de soñar que varios meses después estaría acostada a su lado, sobre los montones de paja seca, jadeante y desconcertada porque nada había sucedido exactamente como ella esperaba. El recuerdo va cobrando en su mente una consistencia física, táctil: nota en la cara el aliento de él, la aspereza de la barba, la boca descendiendo hacia su cuello para besarla, aullándole palabras inauditas que la despojaban de sí misma y le hacían perder la conciencia del tiempo y del lugar donde estaba. Su respiración le rozaba la nuca, con ese tono impostado de súplica que adoptan los hombres aunque sepan ya que nada les va a ser negado y ella buscó apoyar la cabeza despeinada contra su hombro porque se sentía desfallecer y permaneció inmóvil mientras él le acariciaba el pecho,



demorándose en la aureola oscura de los pezones y descendiendo después hacia la hendidura húmeda del pubis. La miraba con pupilas ansiosas y fijas, la tanteaba tratando de sujetarla y de abrirla pero ella se negaba retadora y eludía sus labios, manteniendo con dificultad las piernas juntas porque le daba miedo abandonarse a aquella violencia masculina que no admitía demora, pero todavía más temía al fuego desconocido que le estaba subiendo por las venas y que la hacía contraerse y respirar entrecortadamente con las aletas temblorosas de la nariz y los ojos entornados hasta que ya no pudo resistirse más, envenenada de pronto por el olor fosco, animal que emanaba de sus cuerpos y por aquella tentadora dureza que le rondaba el vientre, que la iba doblegando. Fue ella finalmente quien separó las rodillas y lo condujo con una sabiduría recién adquirida, entreabriendo su sexo con las manos para recibirlo, atreviéndose a crudas caricias y a palabras que nunca antes había pronunciado, rendida, ansiosa, implorante, sobrecogida por el súbito estremecimiento de que las piernas apenas podían sostenerla, como en el vértigo anterior a sufrir un desmayo. Rodaron por el suelo, los dos con el pelo sucio de paja, él volcado sobre ella, enceguecido, moviéndose a un ritmo cada vez más rápido, ciñéndola y apretándola, con una violencia emboscada que los mantenía trabados, anudados, confundidos, medio matándose. Como dos fieras.

El flujo del recuerdo le moja los muslos con un rastro de acuciante necesidad sexual. Mira de soslayo las paredes blancas de la habitación donde está ahora, los grabados con ilustraciones de las *Mil y una noches* que adornan los tabiques, la ventana abierta por la que entra la brisa de Tánger, ondeando suavemente las cortinas. Una fragancia sensual a mar y a tierra lejana se apodera de su olfato y le hace sentir en las venas la crecida del deseo. Es el aroma del salitre y el azafrán. Ella se revuelve inquieta sobre el cobertor de la cama, se acaricia instintivamente, apartando la enagua e imagina que es otra la mano que le presiona



suavemente las ingles. Quiere pensar que dentro de unos días él llegará con el expreso correo como han acordado y ella le estará esperando en la dársena del puerto. Pero las palabras de la misiva se interponen en su mente obligándola a un distanciamiento absorto y ausente. *Por el momento no puedo reunirme contigo... Lo mejor es esperar.* Postergaciones, largas, aplazamientos sin fecha. Poco a poco, el pensamiento se le va diluyendo en la morosidad de las horas que no parecen discurrir, en el aire vacío de la habitación del hotel como se diluía durante los últimos meses en los atardeceres en que ella lo esperaba en el cortijo y veía pasar con alarma e impaciencia a los aceituneros que regresaban ya de los olivares con los mulos cargados de sacos, tratando aprensivamente de vencer el miedo ante la posibilidad de que él no apareciese. No es un sentimiento de verdadera pérdida o de ausencia el que la embarga, sino esa especie diferente de dolor que corrompe el alma por dentro. Más íntimo y despechado e irremediable.

Siempre fue lo mismo, la misma angustia, los álamos, la quinta con los postigos verdes, la necesidad de ir ella a la alberca y de esperar hasta verlo aparecer por el camino de la sierra. En aquella manera de otear el horizonte no había esperanza, ni reconocimiento, ni siquiera pesadumbre, sólo la urgencia involuntaria, un poco sórdida, de ir a juntarse con aquel hombre, Fernando Ruiz Santamarina. El tiempo se le amontona en una sucesión sin orden, los días, las semanas, las estaciones. Ya no sabe cuánto duró aquello, ni dónde empezó todo, ni qué va a ser de su vida. Las horas paralizadas como un espacio sin sentido donde nada se perpetúa y donde nada queda tampoco por cumplirse. Hubo noches hermosas al principio en cuya quietud perduraba el eco de las sirenas lejanas de los barcos que bajaban por el Guadalquivir, hubo desafíos y arrebatos, promesas de enamorados, peleas, planes audaces... Pero siempre sabiendo él que le bastaba un gesto, una palabra, para tenerla entregada, con la cara deshecha de deseo



y de vergüenza. Una vez le regaló ese anillo, que ella ahora se saca del dedo y deposita sobre la mesilla con despecho, un rubí hexagonal engarzado sobre pétalos de oro, una joya fría bajo el redondel de luz. Si fuera posible amar sin herir..., pero la herida está en el mismo acto de posesión. ¿Cómo poseer sin orgullo o ser poseídos sin humillación? Al despegarse, el cuerpo del hombre le dejaba helado el pecho. En una ocasión, cuando él se puso en pie, alisándose el pelo y abrochándose el pantalón con el ademán resuelto de quien realiza un acto mil veces repetido, tuvo ganas de matarlo. Otras veces pensaba en dejarlo y regresar con su familia. Saboreaba el abandono con la candidez de quien desconoce hasta qué punto es incapaz de llevar a cabo su resolución.

Pero ahora no piensa nada. La densa penumbra nocturna da un significado extraño a cada uno de sus espantos; los brazos recogidos contra el cuerpo esconden el dolor. Bajo los senos, el pliegue de la enagua resalta la redondez del pecho. El sueño, la fatiga, el aire que sale pausadamente de sus pulmones la va meciendo como una canción de cuna y la lleva hacia otras regiones de la memoria. Busca el rastro imposible de una niña delgada con trenzas a la que le gustaba mirar a través de los visillos, quedarse así durante horas contemplando el palomar, las acacias del jardín, la fuente con el brocal de bronce, las huertas y las acequias que se extendían a lo lejos junto a las pequeñas casas encaladas de los aceituneros. Apoyaba la frente en el cristal y el vaho de su aliento era la misma aura velada de nostalgia que ahora envuelve sus recuerdos y la traslada a aquel corredor con zócalo de azulejos, al salón con olor a cuero donde retumbaban con sonido de ultimátum las campanadas de un reloj de pared, a la galería con espejos en las paredes y viejos retratos de familia, a cada una de las habitaciones de aquella casa en la que nació y a la que ya nunca pudo regresar, desde el momento en el que su padre amenazó con desheredarla si continuaba asistiendo a los mítines republicanos y dejándose acompañar por ese



ejército de hambrientos que querían apropiarse de sus tierras y repartirlas entre los aparceros, y sobre todo por aquel golfo que había dilapidado la fortuna de una de las familias más distinguidas de Jerez en las carreras de caballos. Ella le respondió con una carcajada corta y seca, cerrando la puerta de un golpe a sus espaldas. Todavía puede oír el sonido de ese portazo.

No le importó el miedo, sino el desamparo de verse empujada, con nada más que una valija de ropa, al otro mundo donde le aguardaba un automóvil negro descapotable, ocupado por un hombre aficionado a la rutilante vida mundana, obsesionado por la hípica y las ideas modernas, que fumaba cigarrillos con boquilla, apoyando los codos en el volante y que tenía una voz despreocupada, embaucadora e irresistible y una habilidad innata para rodearse de malas compañías, para ir a meterse en todas las timbas y las reyertas posibles y en todos los líos de faldas y de regresar de los peores tablaos de Sevilla, casi de madrugada, con la lengua entorpecida por el alcohol y sin un céntimo, pero, eso sí, con la camisa impecable y una sonrisa encantadora de niño que sabe perfectamente cómo hacerse perdonar cualquier embuste. Ella lo había perdonado cientos de veces tragándose el orgullo y los reproches. Había intentado prevenirlo sobre ciertos personajes de su entorno que empezaban a cobrar relieve con dudosas actividades. Trataba de protegerlo sin saber muy bien de qué, al mismo tiempo que quería convencerse a sí misma de que una persona se vuelve digna de confianza cuando se confía en ella. Pero ya no podía confiar ni tampoco regresar al punto de partida. Él había borrado la senda de la que procedía. ¿Cómo regresar a una casa de la que se había ido en busca de otra mejor? Empezó a acompañarlo a aquellos locales mundanos, llenos de jóvenes ociosos y ocurrentes, como El Faro, El Graná o La Malquerida donde en una ocasión se encontraron a Margarita Xirgu, ataviada todavía con la túnica blanca que había vestido para representar *Mañana Pineda*. Se bebía



aguardiente de Chinchón, se hacían alardes, circulaban chistes importados, a veces se cruzaban virulentas discusiones en las que algún falangista de reciente filiación dejaba caer veladas amenazas que no pasaban de ser tomadas como bravuconadas sin fundamento, se improvisaban tramoyas e iluminaciones para actuaciones espontáneas, se organizaban fiestas y barahúndas que duraban hasta el alba, donde lo mismo se hablaba de boxeo que de transatlánticos, igual se opinaba de política que de caballos o de automóviles o de los musicales que triunfaban en Madrid. Era un mundo superficial pero vivo y deslumbrante, impregnado de una fragancia a Myrurgia y lleno de principios estéticos y filosóficos que se mezclaban con la implacable realidad de las noticias traídas por los periódicos.

Durante los meses que vivió con él en el cortijo también conoció otro tipo de locales, más oscuros y sórdidos que los anteriores, como la bodega a la que acudió la primera vez llevada por una mezcla de azar y curiosidad y donde pudo observar sin ser vista cómo los hombres hablaban y bebían acodados en toneles de vino y hacían encendidos alegatos bajo las ristras de ajos que colgaban del techo, entre paredes sucias donde relampagueaban los carteles de la C.N.T. con el lema de *La tierra para quien la trabaja*. Recuerda el olor de las trastiendas con los cristales cegados por papel de estraza en las que reinaba un calor de encierro y donde los jornaleros sudorosos, en medio de garrafas y bidones, se entregaban a auténticos exabruptos verbales acompañando sus exigencias de puños alzados y gestos crispados y duros, resueltos a incendiarlo todo. Puede sentir en los huesos la humedad de los sótanos apenas alumbrados por la luz de una mariposa de aceite, donde escuchó mítines, fragmentos de discursos, proclamas encendidas, alocuciones llenas de nombres propios y de términos que ella desconocía y con los que estaba tan poco familiarizada como con el tratamiento de *cantarada* que se daban unos a otros. Estar allí era una forma de demostrar la



inutilidad de su existencia anterior, de vengarse de todos, de su familia, de su apellido, de los rancios linajes poseedores de títulos y haciendas, y también de algún modo de Fernando, de sus engaños caprichosos, de sus justificaciones pueriles, de su despreocupada vida bohemia, salpicada de escándalos y nimias peripecias de salón. Estaba descontenta de sí misma. Ansiaba tener una causa, una historia que valiera su vida, como la había tenido Mariana Pineda, condenada al cadalso por haber bordado una bandera republicana bajo la vigilancia estricta del rey Fernando VII y sus ministros. Sentía un dolor de gestación como el de alguien que está cambiando de piel y todavía no acaba de reconocerse, perpleja y desamparada, sin encontrar su lugar en el mundo.

En aquellos días fue haciéndose adulta deprisa. Se mostraba hermética, encerrada en sí misma, dentro de la muralla temible de su desánimo. Se dirigía a Fernando con sequedad y resentimiento, como si lo odiara, pero lo que odiaba era el futuro, la conciencia de su propio deseo que la volvía débil, el no tener adonde ir. Noches interminables despierta junto a la espalda silenciosa de él. Crecer es asumir la parte de culpa que nos corresponde en los desengaños. Entonces ya no lo amaba y eso era peor aún por lo que suponía de cobardía, de mezquindad, de rencor, una tela de araña que la tenía presa, asfixiándola. Había intentado desprenderse de ella a manotazos, tratando de recobrase, de rehacerse, de salir del aturdimiento del tiempo perdido y de las decisiones equivocadas como si eso fuera posible. Empezó a vestirse de otro modo, a actuar por su cuenta. Se cortó el pelo a la moda de París, con los mechones caídos en diagonal sobre los pómulos, y adoptó un aire resuelto de mujer dispuesta a afrontar la vida, el mismo aire desenvuelto con el que camina junto a él en la fotografía que lleva consigo en la maleta. El abrigo abierto sobre el vestido, los labios pintados y expectantes, los ojos de perfil que no lo miran a él sino al objetivo de la cámara con una mezcla de vivacidad y miedo, como si pensara que la



complicidad del fotógrafo tuviera el poder de convertirla en la mujer que había decidido ser. Pero quizá era ya demasiado tarde porque el azar maneja sus hilos con precisión minuciosa, socavando anhelos, torciendo voluntades, disponiendo invisiblemente sus cataclismos, el instante gradual, el acto último que introduce una conspiración en la existencia.

Ya no llora, sólo respira con los ojos cerrados. Está tan serena como un moribundo apacentando sus recuerdos. Es poco más de medianoche, el viento levanta intermitentes cortinas de polvo que trepan hasta la ventana y se pierden en la distancia por encima de la bahía. Todo el mundo tiene comienzos difíciles en Tánger; se apiñan los destinos. Las risas del jardín van alejándose engullidas por la oscuridad. La noche cae como un presagio sobre el cuerpo iluminado de la mujer dormida, recubre la colina empeñascada que se asoma al Estrecho, refulge contra los minaretes de las mezquitas, desciende sinuosa por los oscuros barrios de la medina, derrama su perfume embalsamado sobre las plazas en sombra, sobre las anchas avenidas vacías y, más lejos aún, sobre las lápidas de los cementerios, envolviendo con su aire hermoso y negro el silencio de todos aquellos que duermen aquí o allá. Para algunos el sueño es un descanso; para otros, una condena de vastas e ingratas meditaciones. Para todos, un misterio desnudo, escueto. Afuera, aprisionada entre las murallas, encerrada en su implacable sortilegio, dormita la ciudad.



VI

Frente a los vapores y los barcos abarloados de la estación marítima, las terrazas de los cafés, con sus mesas al aire libre y los toldos extendidos, semejan la cubierta de un crucero de lujo. El calor es menos intenso a esta hora. Philip Kerrigan permanece tranquilamente sentado en una esquina, saboreando su té a la menta. Piensa que de no ser por los camareros árabes y los caftanes y chilabas que de vez en cuando se ven al otro lado de la calle, Tánger podría parecer cualquier alegre ciudad europea de veraneantes: camisetas listadas en blanco y azul, zapatillas de lona, sandalias, sombreros de paja con velos de muselina, gorras marineras... La misma indumentaria que usan los turistas ociosos en Niza, Saint-Tropez y Venecia mientras sorben sus aperitivos y hojean la prensa del corazón o completan los crucigramas del periódico.

Los últimos rayos de sol enrojecen el declive de la loma que asoma al estrecho. El atardecer es una hora peligrosa. A veces su contemplación produce una especie de desdicha. Los hombres siempre han mirado la línea del horizonte de la misma manera, soñando, recordando. Kerrigan ha abandonado su mesa y está ahora acodado en la barandilla que rodea los muelles fascinado por el abanico de claridades que se expande hacia el oeste. Un transbordador acaba de entrar en el recinto del puerto. Piensa que una forma de odiar esta costa es verla así, tan bella durante unos instantes que uno casi se siente en la obligación de abandonarla para siempre. Tal vez un día lejano la imaginará del modo exacto en que



ahora la está viendo y deseará regresar. ¿Cómo saber con antelación cuáles son las cosas que no recordaremos y cuáles las que jamás se olvidarán? La memoria humana está llena de cables que se entretrejen en una red tan intrincada como las que se usan para hacer trampas. ¿Cómo saber si un recuerdo es algo que se tiene o que se ha perdido? En ocasiones, las conexiones quedan cortadas y todo el pasado se borra en el tiempo de un pestañeo. Otras veces los destellos eléctricos abarcan una determinada zona del córtex sin que nadie pueda adivinar el porqué de la iluminación de esas células cerebrales y no de otras. La añoranza surge cuando se encadenan sucesivos estados de ánimo sin nexo aparente entre sí: la sensación de cansancio o una cierta flaqueza de corazón, los graznidos de las gaviotas, el lomo grasiento del agua, una declinación especial de la luz... El corresponsal del *London Times* se siente de pronto transportado por una extraña corriente que lo retrotrae hasta un río lleno de barcas donde flota sigiloso un aire de mujer: Catherine Broomley, Cathy, Cat.

Difícil no recordar sus manos blancas y frías apoyadas en el pretil del puente de Southwork, junto a la estación de Cannon Street. Tenía la cara alta, un poco echada hacia atrás, la blusa abierta en el cuello, la chaqueta de lana sobre los hombros. Su expresión era dulce y hogareña, había en sus ojos algo de niña tímida y un poco ilusa. Lo miraba confiada, incapaz de malinterpretar su silencio, esperando sólo una respuesta. Kerrigan piensa que hay cosas que no se pueden llegar a entender por mucho que uno lo intente: la mente de una muchacha, el último sol del crepúsculo, cómo en un momento toda la amabilidad de un rostro puede quedar desplazada por una palabra. El periodista aprieta sus manos contra la baranda de hierro, notando en los dedos el tacto áspero de la herrumbre, un gesto sordo y contenido. Ningún ruido llega desde el agua salvo el del agua misma, pero él no puede escuchar ese leve chapoteo sin oír al mismo tiempo su propia voz hace mucho tiempo, como la punta de una



aguja sobre un disco que gira. Percibe con claridad el punto de inflexión en el que el lenguaje inició una pendiente escurridiza, esbozando un movimiento de huida, el tono impostado, como si fuera otro el que hablara, el que estuviera razonando una argumentación casi convincente. Ella después ya no volvió a preguntar nada, los labios sellados. Sólo miró hacia el río mientras él la tomaba del brazo, quizá avergonzada por tener que fingir. Hay recuerdos fáciles y recuerdos difíciles. La memoria es así, una enemiga fiel, está cuajada de quemaduras que en el momento menos pensado vuelven a arder, lesiones no del todo cauterizadas, llagas con las que hay que aprender a vivir. Nada grave. Todos tenemos algo en lo que mejor no pensar.

A la izquierda, al final del arenal, los cerros de Andyera se recortan contra el cielo, grises y carcomidos como un montón de piedra pómez. Kerrigan todavía permanece un rato inmóvil, tratando de dejar atrás las meditaciones amargas y de concentrarse en sus siguientes pasos. Respira el fuerte olor de la marea y piensa que mañana soplará de nuevo el levante, trayendo marejada en el estrecho. Después se echa a andar deprisa, con las manos en los bolsillos, como si de pronto reparara en que es tarde para llegar a alguna parte. Más allá del paseo marítimo, en los barrios del malecón, una muchedumbre hormigueante toma la calle. Su trabajo comienza en vez de terminar con la puesta de sol. Los vendedores encienden las lámparas de carburo en sus carretones, las teteras hierven sobre trípodes en pequeñas hogueras improvisadas que llenan el aire de espejismos del humo, una mujer se inclina sobre un barreño de agua, su boca queda descubierta al beber de un cucharón. Al otro lado, las barcas de pesca forman una curiosa constelación de luces que arden como velas en la superficie del mar. Kerrigan va saltando de unas embarcaciones a otras, abriendo un camino que le conduce hasta un paquebote adentrado en la oscuridad. Después de salvar el desnivel para abordarlo, entra sigilosamente en la cámara donde se guardan las sacas



del correo. La puerta está abierta y tal como esperaba no hay nadie en la cabina de guardia. Por muy inteligente que uno se crea, siempre es necesario tener un punto de partida, una dirección, algún indicio por leve que parezca, un cabo de cuerda de donde empezar a tirar. Lo único con lo que Kerrigan cuenta son las indicaciones de Ismail. En los tendones de su cuello, con repentina aceleración, palpita involuntariamente un nervio. Después de la entrevista con Masón en el consulado, lo que sacó en limpio es que Inglaterra no ve más peligro que la posibilidad de que la Unión Soviética gane una plaza en la otra esquina de Europa. Frente a eso, las actividades de italianos y alemanes y los contactos que el partido nazi pueda tener en Marruecos le parecen asuntos secundarios.

El corresponsal del *London Times* atraviesa la cubierta y baja a la sala de máquinas, lentamente, apoyándose en las paredes. Una vez allí, enciende un fósforo para orientarse entre las sombras. Mira a su alrededor tratando de encontrar algún rastro de lo que está buscando. Registra cuidadosamente el armazón de hierro, los engranajes metálicos, recorre al tacto las tuercas y los tornillos, examina las turbinas. En alguna parte tiene que estar, piensa. Aunque sabe que no hay nadie más en el barco, siente una aleteante sensación de peligro, que le hace sentirse extrañamente joven, como cuando empezó a trabajar en la sección de local del *London Times* y tenía que recorrer los barrios más turbios de Londres en busca de alguna crónica de sucesos. De pronto no advierte que el suelo desciende en un escalón y, al tropezar, su cabeza va a dar contra la viga de hierro que atraviesa el techo transversalmente. Un golpe seco que le hace contraer los músculos de la cara en un gesto de dolor. Entonces, al levantar la vista hacia arriba, lo ve. La pequeña maleta ha sido amarrada con cinta adhesiva a la parte superior de la viga. Dentro, tal como le había contado su ayudante, están los auriculares, el selector de voltaje, los enchufes y las pinzas para conectar



a la batería, un aparato de morse y una pequeña máquina para cifrar mensajes. Kerrigan examina cada artilugio con atención: nunca había visto una emisora tan completa y tan hábilmente camuflada. Antes de cerrar de nuevo las correas y volver a colocarla en el mismo lugar, se fija en la inscripción de la tapa delantera: *Klappe Schlieben*. El nombre no le dice nada, salvo su procedencia alemana, algo que ya daba por supuesto. Una emisora de esas características daría a quien la tuviese la posibilidad de enviar mensajes sin peligro de ser detectados por los servicios telegráficos de ninguna cancillería. Kerrigan tiene la sensación de estar ante la punta de un arrecife cuya gran masa destructiva permanece en su mayor parte sumergida y oculta. En la cubierta del barco, el viento nocturno sopla fresco. El corresponsal del *London Times* mete la mano en el agua y se moja la frente dolorida, justo a la altura de la sien. La brecha no es muy profunda, pero le escuece. Antes de abandonar el barco, mira con curiosidad hacia las lentas aguas negras, donde, a menos de una milla de distancia, un carguero permanece anclado.

No es posible distinguir las sombras que hay más allá de la muchedumbre que se agolpa en los muelles. Peregrinos a orillas de una ciudad, piensa Kerrigan, olvidándose de Tánger o pensando que Tánger es tan sólo un decorado de teatro: palmeras con el espinazo doblado por el viento, viejas paredes veteadas de cal, esa luna de obsidiana en un extremo del cielo. Se para a encender un cigarrillo ahuecando la mano para proteger la llama. Antes de tirar el fósforo, sonríe irónicamente con el cigarrillo colgado en la boca, al imaginar lo que pensaría su redactor jefe si supiera la clase de asuntos en que anda metido. Fraser era el clásico periodista inglés lleno de prejuicios patrióticos que no había salido nunca del viejo edificio de Bloomsbury Square y que aún creía en los postulados heroicos de la profesión, en los mitos coloniales de principios de siglo como el de Lawrence de Arabia o el de Henry Morton Stanley, el tipo que encontró a Livingstone, tras dos años de búsqueda



por encargo del director del *New York Herald*. Todavía recuerda las palabras de despedida que le dedicó en su despacho antes de salir hacia su destino en África: «Hay momentos en los que un periodista se debe preocupar más por los intereses de su país que por una noticia». Una buena máxima para un editorialista, pero al fin y al cabo él no es más que un corresponsal. A Fraser le gustaba el estilo de los grandes reportajes, como los que Kerrigan había enviado sobre los disturbios entre las tribus árabes y los italianos en Libia, las descripciones del desierto, el estallido de los morteros, hombres arrodillados en las zanjas, esa clase de cosas... ¿Cómo decirle que esas crónicas fueron escritas en su mayor parte sin salir del campamento donde un coronel explicaba lo ocurrido en una aburrida conferencia de prensa con un mapa del territorio al fondo y, si lo tenía a bien, respondía a algunas preguntas de los periodistas sobre bajas y suministros con la ambigüedad de rigor? Esa era la información de primera mano con la que los enviados especiales redactaban sus magníficos reportajes, dignos del premio Pulitzer, que, todo hay que decirlo, debían contar previamente con el visto bueno del departamento de censura de las respectivas embajadas. Y frente a eso, ¿qué podía significar una absurda trama en la que tal vez se viera comprometido el propio honor de Inglaterra? Kerrigan sacude la cabeza y emite un suspiro largo que tanto puede significar el final de una larga reflexión como el desaliento que le inspira la vida, su trabajo o la propia condición humana.

Las luces de carburo de los carretones siguen brillando en los zaguanes, punteando una delgada línea quebrada que se pierde en la noche. Kerrigan siente cómo se van amontonando los sonidos, las voces ininteligibles, lugares y gentes que existen materialmente con sus rostros y sus nombres y sus pasados y que, sin embargo, por un momento, y al ser observados, se convierten en algo tan etéreo y escurridizo como el mismo aire de un continente extraño. Se quita la chaqueta y camina con



ella colgada al hombro, la mirada baja, como si pretendiera descubrir escrita en el suelo alguna verdad inaccesible. Piensa en su ayudante, el rostro de Ismail siempre le ha dado a Kerrigan la impresión de una energía controlada, los ojos aleteando constantemente sin dejar escapar ningún detalle. Recuerda la conversación con él a propósito de Wilmer y opina que, tal vez, ha llegado el momento de someter a prueba la consistencia de sus informaciones.

Una de las callejuelas del malecón le conduce hacia la puerta de Bab el Bahr. Sube con parsimonia los escalones que llevan a la medina. Bajo la luna, las paredes de la ciudad vieja refulgen como los huesos de un esqueleto. Kerrigan nota un pequeño corazón latiéndole en la herida de la sien. Encuentra el bazar del cuñado de Ismail con dificultad. El portón de madera da a un patio interior donde apenas se distinguen los sacos amontonados, grandes rollos de alambre y las cajas cubiertas con lona junto a otros objetos amorfos imposibles de identificar. Al fondo, se adivina la tenue claridad de una lámpara de queroseno. Kerrigan camina en dirección a la luz, hasta llegar a una estancia que le hace pensar en la cueva de Alí Babá. Muchas veces había tenido esa sensación en las casas árabes, recintos cerrados al exterior, camuflados, como palacios escondidos. Es un cuarto amplio recubierto de alfombras. Un anciano con túnica azul permanece recostado sobre unos cojines junto a una mesa baja en la esquina más alejada de la entrada, las mejillas hundidas, la tez adelgazada y curtida, como la membrana de un tambor. Hay valijas junto a las paredes y fardos de tejidos de colores amontonados al lado de un telar. Dos criaturas descalzas entran correteando entre las vitrinas. La presencia de Kerrigan no parece intimidarles demasiado. Tras ellos aparece una mujer joven que camina muy erguida, como caminan las mujeres que han llevado cántaros en la cabeza desde niñas, el pelo encendido de *henna*, los brazos caídos bajo el amplio vestido. Kerrigan la ve acercarse a la mesa donde está recostado el anciano e inclinarse para



susurrarle algo al oído. A continuación se dirige hacia el periodista, cubriéndose el rostro. Con un ademán le indica que espere y se retira dando unos pasos hacia atrás con una levísima inclinación de cabeza. El corresponsal del *London Times* echa una ojeada a su alrededor. El techo de filigrana de estuco al estilo mudéjar está un poco desconchado. Dentro de las vitrinas hay cajas de madera de cedro policromada, cofres con incrustaciones de nácar, rifles bereberes de cañón largo, fundas de cuero sin curtir decoradas con borlas, dagas omaníes, collares y brazaletes de plata, piedras de lapislázuli... La débil iluminación aumenta el efecto irreal de la atmósfera, dando una impresión borrosa, como si lo que se viera fuera el reflejo tembloroso de las imágenes sobre un espejo. Un sirviente entra portando una bandeja, la deposita sobre la mesa rinconera donde está el anciano e invita al recién llegado a sentarse. Kerrigan bebe lentamente el té dulce sintiendo el calor de la taza en los dedos. Pronuncia el nombre de Ismail en un intento por iniciar una conversación con el hombre de la túnica azul, pero el anciano continúa con expresión hermética, consciente de su dignidad en presencia de un extraño, sin dar la mínima muestra de haberle entendido. Kerrigan empieza a sentirse incómodo, piensa que tal vez no haya sido buena idea acudir al bazar. Un hombre grueso de mediana edad, con babuchas de color amarillo y bonete blanco en la cabeza, se acerca desde una puerta lateral. Camina con lentitud, mirando sus propios pasos como si quisiera demostrar que tiene en sus manos el poder de alargar o detener el tiempo.

—*¡Salam alaikum!*—saluda en árabe ofrendando una radiante sonrisa con dos dientes de oro que destacan en su rostro cetrino—. Soy Abdullah bin Saiyid.

—*¡Alaikum as salam!*—contesta Kerrigan—. Ismail me dijo que usted tenía algo que mostrarme —dice confesando el motivo que le ha llevado



hasta allí para evitar que el objeto de su visita se pierda entre los recovecos y la tenaz cortesía envolvente de los marroquíes.

—Oh, sí —responde Abdullah, al tiempo que enjuaga la taza de Kerrigan, vaciando el fondo de té que quedaba y volviendo a escanciar desde arriba el líquido humeante. A continuación sirve al anciano:

—Mi padre —dije, a modo de presentación—. Sólo habla árabe pero ha vivido lo suficiente para entender el idioma de los ojos y de las manos. En tiempos fue conductor de caravanas.

El anciano se lleva la taza a los labios contrayendo el gesto de la boca como si hubiera rozado una brasa encendida.

—¿Ha visto nuestra tienda? Tenemos objetos muy antiguos: tapices, armas, joyas... Las joyas siempre han representado la codicia y la belleza. Algunas son de origen europeo. Siempre hay alguien que se ve en la necesidad de empeñarlas. El veinte por ciento es un buen interés. Sólo pido más cuando dudo de la garantía. Unas veces vuelven a recuperarlas, otras no. Fíjese en esta pulsera con incrustaciones de esmeralda —indica incorporando su voluminoso cuerpo con cuidado y mostrándole a Kerrigan la pieza sobre un paño de terciopelo—. Pertenece a la familia del archiduque de Austria, pero no creo que a usted le interese esta clase de objetos —añade con una sonrisa artificial que deja al descubierto sus dos piezas de oro.

—Ismail me dijo que tenía algo importante —responde Kerrigan tratando nuevamente de ir directo al grano.

—Oh, claro. La información también puede ser una mercancía valiosa y usted es periodista, ¿verdad? Será mejor que me acompañe al patio.

Abdullah coge el candil que reposa en el suelo y comienza a andar en dirección a la puerta por la que entró Kerrigan. Están nuevamente entre



los sacos amontonados y las cajas cubiertas con lona. Abdullah se detiene y alumbra un contenedor metálico.

—¿Ve eso? —pregunta a Kerrigan mientras abre la tapa y levanta un molde cóncavo y alargado que brilla con destellos cromados.

—Tiene forma de pez —opina el periodista, fijándose en el dispositivo triangular como una aleta bífida adosado a la pieza principal.

—Cientos de cajas como ésta han llegado al puerto en los últimos meses, repartidas en diversos cargamentos —dice Abdullah, sin satisfacer del todo la curiosidad del periodista.

Kerrigan tiene la impresión de que el cuñado de Ismail se complace de algún modo en proporcionarle una instrucción incompleta, como si disfrutase al subrayar su ignorancia.

—¿Conoce al señor Wilmer?

—Por lo que sé es el representante comercial en Marruecos de varias empresas alemanas —contesta Kerrigan.

—Sí, pero tal vez no sabe el papel político que desempeña aquí en la organización del partido nazi.

—Da la impresión de que tiene usted todo un servicio secreto — responde Kerrigan con cierta admiración, mientras saca de su cartera un billete de cinco libras y vuelve a mirar el interior de la caja; a la luz de la lámpara puede apreciar con precisión la porosidad del metal—. No se parece exactamente a las bombas de mano ni a un proyectil de largo alcance.

—Me llegaron algunos de estos moldes al almacén entre otros residuos. Siempre encontramos alguna aplicación para las piezas que ustedes los europeos desechan, una polea para el riego, el émbolo de un motor, un condensador... Los materiales mejores se hallan en el basurero



del monte Yebel el-Kebir, donde los cuarteles españoles abandonan la chatarra que consideran inservible. ¿Comprende?

—Francamente, no mucho —miente Kerrigan, con la intención de que el comerciante sea más explícito en sus insinuaciones.

Abdullah permanece un instante inmóvil con expresión inescrutable.

—Sólo deseo que usted recuerde lo que ha visto —dice—. Quizá algún día tenga que escribir sobre ello.

Después se despide aduciendo obligaciones familiares y empieza a caminar hacia el bazar dando por terminada la conversación.

Kerrigan se queda solo en la penumbra del patio rumiando algo. Antes de la conversación con el cuñado de Ismail ya conocía la relación de Wilmer con algunos oficiales del ejército español. No era ninguna novedad. Pero ignora las razones que podría tener Abdullah para darle esa información y hacerlo de un modo tan comedido, ocultándole datos que sin duda conocía. De cualquier modo, tampoco es tan extraño, piensa, aquí cada cual tiene sus propias motivaciones ocultas, la ciudad entera es una red de servicios secretos que a veces se interfieren entre sí. La experiencia le ha enseñado que en esas situaciones, conviene actuar con sumo cuidado, como en una partida de bridge a varias manos. Distintos contrincantes y ningún compañero. De pronto se estremece en su interior y algo cruza su mente como un fogonazo cálido. La intuición es tan importante para su trabajo como el razonamiento. Kerrigan nota el burbujeo ascendente de la adrenalina y respira ensanchando las aletas de la nariz igual que un perro perdiguero. Siente cierta clase, un poco abyecta, de felicidad. Sabe que está en el momento inicial, cuando los datos y los interlocutores no significan mucho; es un instante de espera, intacto, como el folio en blanco colocado en el carro de la máquina de escribir que aguarda el tecleo de la primera palabra. Continúa allí todavía un momento, saboreando la sensación, paladeándola, como en



los viejos tiempos. Los ojos muy brillantes, reflejando dentro una emoción, neta, dura, de acero pulido. Los hombros apoyados contra el muro. En el rostro, olvidado, el principio de una sonrisa.



VII

Alonso Garcés tira los naipes y avanza una mano hacia el paquete de cigarrillos. Con un mohín codicioso, el teniente Ayala, que está sentado enfrente, apila sus fichas en dos columnas e inclinando la cabeza hacia atrás apura de un trago la copa de coñac. La atmósfera es densa, aprisionada por el humo y el olor rancio a tabaco de faria y a urinarios obstruidos. Unos cuantos militares con las guerreras desabotonadas por el calor que reina en la cantina, observan la partida. En las paredes lechadas de cal hay viejos carteles taurinos, un almanaque de 1935 con el dibujo de una pagoda china, anuncios de Brandy Terry y una fotografía de Celia Gámez en el teatro Pavón de Madrid. Siguen las voces con altibajos, el golpeteo de las fichas de dominó contra las mesas, en algún lugar suenan de fondo los acordes de un pasodoble: *Mi jaca, galopa y corta el viento/ cuando pasa por el Puerto/ caminí...to de Jerez....*

—Ya está bien de barajar las cartas, Garcés —dice el teniente Ayala empujando el cigarrillo con la lengua a un lado de la boca—. Reparte de una vez.

Entre las bromas de los oficiales que siguen el juego, se va imponiendo el tono cada vez más alto de una discusión en la mesa vecina:

—Para mí el general sigue siendo el marqués del Rif, el héroe de Alhucemas, y ahí lo tienes, desterrado en Lisboa mientras tanto hijo de puta rojo anda suelto sembrando por todas partes el desorden y la anarquía.



—Sanjurjo fracasó porque tenía que fracasar. La patria no está para pronunciamientos ni golpes de gracia. Si hay que restablecer el orden se hará, y con mano dura cuando haga falta, pero dentro de la legalidad — replica otro en un tono más pausado.

—Eso son mariconadas republicanas. Lo que pasa es que no hay cojones para jugárselo todo por la patria de verdad y no en una partida de póquer. Pero te digo que el gobierno de Madrid tiene los días contados y entonces se verá quién...

La frase queda interrumpida por otra voz que se incorpora atropelladamente:

—Si va de pronunciamiento, lo vais a tener difícil. Los sindicatos y las juventudes de la Casa del Pueblo están dispuestos a cualquier cosa. Y todos sabemos cómo piensa el general Morales.

—Ése no se entera ni de lo que hace su mujer con el ayudante de campo.

Una sonora carcajada se extiende entre los contertulios. La discusión continúa por los mismos derroteros, entre burlas, salpicada de adjetivos cada vez más subidos de tono, de expresiones soeces, de gesticulaciones e imprecaciones ofensivas clamando por escarmientos y medidas inapelables.

—Lo que necesitan todos esos lacayos del gobierno es candela y del calibre ocho.

—Te recuerdo que todos nosotros hemos jurado servir fielmente a la República y defenderla con las armas —se atreve a decir con énfasis un subteniente rubio que está de pie apoyado en el respaldo de la silla.

—Juramento impuesto por Azaña..., es decir, papel mojado. Además, tú estabas en la Comisión Geográfica de Límites cuando llegaron las



cajas —replica otro interpelando inquisitivamente al subteniente—. ¿Por qué no lo denunciaste si tan legalista eres?

Garcés aguanta el cigarrillo en los labios, fingiendo que está concentrado en la partida. Fuma con lentitud, la cara ensombrecida, los ojos de vez en cuando se elevan en una mirada rápida y disimulada. Un ordenanza pasa una escoba por el suelo y se dirige con un cubo de agua hacia los retretes.

En un extremo de la barra, el capitán Ramírez observa la escena acodado en el mostrador de cinc mientras se limpia las uñas con el extremo de un cortaplumas, la cara ancha y ceñuda, la sombra del bigote sobre la boca apretada. Pide un coñac y saca el pecho ajustándose el cinturón en el estómago. No interviene en la controversia, permanece en silencio, sin perder detalle. Hace el gesto de juntar las uñas de la mano derecha y sopla sobre ellas moviendo los dedos como haría un jugador de billar.

—¿Qué es ese asunto de las cajas? —pregunta Garcés con el tono más neutro que es capaz de improvisar.

El silencio se extiende entre la humareda del ambiente con más elocuencia que cualquier respuesta. Ahora sólo se oye el sonido intermitente de la máquina de café. Nadie dice nada. Garcés observa de reojo cómo el capitán Ramírez se vuelve con un guiño hacia el cantinero y levanta la mano con gesto de capataz, trazando en el aire el movimiento de ajustar una tuerca. Al momento, el volumen de la radio se hace más elevado y la voz de Estrellita Castro se alza por encima de la atmósfera anieblada y tensa: *Lo quiero/ lo mismito que al gitano/ que me está dando tormento/ por curpi...ta de un querer....*

—El póquer lo inventó un mudo —rezonga el teniente Orgaz, que está sentado a la derecha de Garcés, e indica a los demás que abre adelantando dos fichas al centro del tapete.



—Que sean cuatro —añade Ayala, después de ver sus naipes y rascar la punta del cigarrillo en el cenicero.

Luego con parsimonia avanza las fichas dentro del cono de luz que proyecta la lámpara. Sus gestos resultan demasiado comedidos para ser producto de una serenidad espontánea. Por encima del reborde tirante de la camisa le sobresale el cuello hinchado y rojo. El jugador que está a su lado frunce los labios. Un pequeño reflejo rosado le relampaguea en la calva lustrosa. Después de reflexionar unos segundos, indica a los demás que pasa golpeando con los dedos índice y corazón en el bordillo de la mesa. La pareja de jotas podría animarle a ir, pero conociendo a Ayala prefiere no arriesgarse. Tras adelantar sus fichas, Garcés reparte ágilmente las cartas pedidas. Al hacerlo, sus dedos parecen deleitarse con el incitante movimiento de la baraja. Desde arriba, inexpresivos, los rostros de algunos curiosos siguen inmóviles el juego.

El teniente Orgaz mira cautelosamente sus naipes abriéndolos apenas y volviendo a cerrar rápidamente. Alza la diestra unos milímetros, como si fuera a tocarse la cara, pero detiene el movimiento en el aire.

—Paso —declara bajando las cartas.

Ayala arrima cinco fichas al centro. Se atusa el bigote. La cara sobre el uniforme se le va aclarando con la esperanza. Tiene la convicción de que va a ganar la mano. Está seguro. Alonso Garcés vuelve la vista hacia la izquierda, esquivando el humo. Los ojos del teniente Ayala lo miran ahora casi francamente, aguardando. Para ganar al póquer es importante no tener demasiado miedo a perder. Hay que contar con un conocimiento preciso de los hombres con que se juega y hacerse una idea clara y realista de las pocas probabilidades de sacar una determinada carta. Garcés mira subrepticamente los naipes tapados sin hacer ningún gesto. Es el margen mínimo de casualidad lo que, para él, le da sentido al juego. Reflexiona durante unos segundos.



—Cinco y diez más —decide finalmente.

—No voy —anuncia Orgaz, pasándose la mano sudorosa por la nuca.

Le queda la duda de que Garcés juegue de farol, pero le preocupa Ayala, y a pesar de sus dobles de ases, se tira.

—Tus diez y mi resto —responde el teniente Ayala, dirigiéndose a Garcés con el cigarrillo colgando en la boca.

Nota los tobillos endurecidos contra el cuero de las botas, el primer indicio involuntario de entusiasmo. Sus palabras suenan crecidas junto a la pared sucia donde fermenta el calor. Alonso Garcés se queda mirando la columna torcida de fichas, tratando de calcular su valor. Después levanta la vista pensativo hacia el cartel taurino, de un color pajizo y gastado, como de campo reseco. Siente el domingo en las puertas cerradas, en el aire estancado y las luces rodeadas de humo. Vuelve a contar las fichas mentalmente.

—Sé que no debo hacerlo, pero te las veo —dice enfocando fijamente a Ayala—. ¿Qué tienes?

Por un instante los ojos del teniente Ayala sostienen silenciosos el escrutinio de todas las miradas. Los párpados quietos como tajoá oblicuos, las cejas alzadas en punta.

—Trío —sentencia por fin con una nota de desafío en la voz, sin mostrar aún la baza, recreándose de antemano.

—Yo también —replica Garcés.

Un leve hormigueo le viborea en el estómago pero su tono es tan inexpresivo y monótono como un bostezo. Doblado sobre la mesa, el teniente Ayala mueve con la lengua la colilla del cigarrillo hacia el otro lado de la boca, guiñando los ojos a la luz amarilla.

—El mío es de reinas.



Alonso Garcés continúa apoyado con los dos codos en la mesa. Parece absorto y tarda en responder:

—Reyes —pronuncia al cabo de unos instantes, lacónicamente, enseñando los tres naipes.

Después hace un leve encogimiento de hombros a modo de disculpa, dando a entender que así es el juego y retira las fichas hacia sí en el tapete, despacio, sin asomo de triunfalismo. Durante algunos segundos el teniente Ayala permanece silencioso, con la garganta oprimida, endureciendo los músculos, conteniendo difícilmente una mueca de contrariedad en la comisura de los labios, la nariz crispada como un dedo en un gatillo. Ni una sola palabra que le permita liberar la tensión. Allá arriba, invisible en la noche, el azar sigue desperezando melancólicamente la desdicha de algunos, la ventura de unos pocos. Tal como ha ocurrido siempre.

En la cantina la conversación ha derivado de la política a los locales del Zoco Chico. Se habla de una bailarina nueva, que representa la danza del vientre con un solo velo izándose de puntillas sobre el escenario, y de las chicas de La Cruz del Sur, las más dóciles en dejarse enlazar y palpar bajo los caftanes de seda alzando las rodillas al nivel de los pechos y mostrando sus muslos carnosos de color bronce. Alguien se jacta de las habilidades de una adolescente bereber con los pezones anchamente pintados de ocre. Todos los comentarios tienen el tono forzadamente improvisado de cuando se pretende desviar la atención de un determinado asunto.

A Garcés ya no le cabe ninguna duda. Acaba de comprender que suceden cosas de importancia. La existencia de una conspiración que pocos días antes le resultaba inconcebible, le parece ahora palpable. Mira a su alrededor tratando de discernir quiénes son los severos, los blandos, los intransigentes, los impacientes por lanzarse a la acción, los bocazas,



los que hablan entre dientes con tono reservado, los que callan y otorgan. Basta con removerles el hormiguero para que se muestren como son. Un cansancio áspero le agarrota los músculos del cuello.

—¿Asistirás al cóctel que dará el consulado español mañana en el Excelsior? —quiere saber el teniente Ayala, con tono especialmente obsequioso, como si ya hubiera olvidado la humillación de hace un momento. La expresión del rostro parece ahora menos tensa, matizada por una sonrisa afable y alargada pero no cálida.

Alonso Garcés se encoge de hombros. Por una parte, siente un amago de mala conciencia. Ganar al póquer le estimula como cualquier otro reto, pero no le parece divertido sacarle a un tipo todo el dinero que lleva encima, y menos si se trata de un compañero. Aunque, por otra, no cree que la palabra «compañero» sea la más adecuada para referirse a la mayoría de los hombres que se encuentran en la cantina. El recelo que experimenta lo paraliza igual que si viera abatirse sobre su cuerpo un árbol talado y no pudiera apartarse, sino sólo verlo caer lentamente, permaneciendo sentado mientras el peso del tronco está a punto de sesgar su cabeza y la de otros, sin moverse, sin poder hacer nada, ni evitar la fuerza de la gravedad, ni frenar el desplome, ni impedir sus consecuencias. De pronto, se da cuenta de que su cigarrillo ha ardido casi hasta el final; la ceniza queda esparcida sobre la mesa. Se siente fuera de lugar, muy lejos de la mesa junto a la que se halla sentado. Empieza a preguntarse seriamente qué tiene él que ver con el resto de oficiales allí reunidos y piensa que carece por completo de vocación militar; en su lugar siente una oquedad de aire, un espacio sellado donde pocas veces se ha adentrado conscientemente. A pesar de que ese peculiar vacío fue durante años la base de su insatisfacción, se aferra a él porque sabe que es también el centro mismo de su ser, la identidad en torno a la cual se había ido construyendo con tesón bajo la obligación perpetua que se había impuesto de simular y asentir. Durante los primeros meses en la



Academia de Toledo había tratado de suplir esa carencia cumpliendo con rigurosa pulcritud hasta las normas más insignificantes de la disciplina castrense, tratando de aclimatarse a aquel mundo como si en realidad lo hubiera deseado. Pero en el fondo de sí mismo nunca había dejado de sentirse un impostor, tanto en las juras de bandera como durante los ejercicios de instrucción que se cerraban con un taconazo de botas, golpeando al unísono la tierra batida del patio de los cuarteles, o por la noche en su catre del pabellón de oficiales donde, en los minutos anteriores al sueño, y con la atención detenida en la negrura de la ventana, al otro lado de las dos garitas con almenas, dejaba vagar libremente su mente con secreta infelicidad imaginando las interminables regiones abiertas que se extendían más allá de las montañas del Atlas y que constituían el gran continente ignorado. Esa había sido durante mucho tiempo la única manera de defenderse del confuso desastre de una decisión que tomó con apenas diecisiete años sólo por no defraudar los grandes planes que su abuelo había soñado para su porvenir. En esos momentos sinceros y solitarios, la madre patria se convertía en una abstracción cada vez más vacua y ajena. Una mentira.

Sentimientos como el honor o el orgullo poseen para él un significado que nada tiene que ver con los desfiles marciales, ni con la altanería de quienes sólo aspiran al mando, ni con la voluntad de sometimiento de los que se limitan a cumplir órdenes, ni con el toque de corneta con el que se iza cada mañana la bandera tricolor. Sin embargo, por primera vez siente ahora la punzada de una extraña sensación de pertenencia, no exactamente a un país, sino más bien a una idea. Algo todavía muy vago. Tal vez es de esa clase de hombres que sólo se permiten descubrir sus fidelidades cuando éstas se ven amenazadas, como el que sólo es capaz de saber cuánto ama a una mujer cuando está a punto de perderla.



De igual modo que las expediciones de los exploradores que figuraban en los boletines de su biblioteca familiar le hacían añorar el mundo a medias imaginado del desierto, ahora desea entrar en ese otro desierto clausurado de su conciencia, contemplar el vacío interior de sus sentimientos, hilos invisibles. Con la inquietud, regresa a su mente el recuerdo. Una vez sintió algo parecido en el valle de al-Masilah, al contemplar, desde unos arbustos de tamarisco en la ladera de una colina, el ataque de un grupo de bandidos a un campamento nómada que estaba instalado con sus camellos, ovejas y cabras junto a un *wadi*. Un pájaro enorme pasó volando sobre las *jaimas*. Por un momento, sintió que aquella era su guerra, quiso bajar la colina y defender la aldea con el mismo arrojo con el que hubiera defendido su propia casa, pero el terreno era muy accidentado y comprendió que tardaría horas en descender por la garganta hasta el valle. Cuando por fin alcanzó la llanura de guijo y arena dura, sólo encontró algunos camellos muertos y el llanto de las mujeres sentadas bajo las palmeras a la orilla del riachuelo, lavando a los moribundos. Un anciano encendió una hoguera con pedernal y puso a calentar un recipiente de cobre con una pasta lodosa de fuerte olor a sulfuro. Con aquel unguento verduzco, las mujeres iban cubriendo la piel de los heridos. El tenue sonido de los sollozos, los rostros oscuros, el olor de la sangre y el viburno. Admiraba a los nómadas desde antes de conocerlos. Le gustaba verlos deslizarse armoniosamente por la arena con sus túnicas aladas como arcángeles. Por alguna ignorada razón, estaba de su parte fuera quien fuera el enemigo. Nunca había creído demasiado en nada ni en nadie, sólo en la estética de ciertos gestos: alzar las ramas de palma contra el viento para desviar su curso, las danzas encaminadas a atraer el agua, las manos tatuadas de una mujer cosiendo una concha de buccino en una cartuchera o calentando un tallo de abal para procurarse una nueva vara de conducir camellos. Cosas simples como los juegos de los niños que le



emocionaban sin ningún motivo que pudiera explicarse por medio de la razón. La lealtad tiene extrañas raíces y no siempre es necesaria la fe.

Lo que ahora bulle en su interior, ante los negros presagios que ve acercarse en la cantina de la guarnición española de Tetuán, no es exactamente la misma clase de entrega que le inspiraron siempre las tribus del desierto pero es un sentimiento también indefinible y tenaz, de la misma extraña naturaleza. ¿Por qué iba a preocuparle si no el porvenir de una República cuyas decisiones no siempre había aprobado y en cuyos asuntos, a decir verdad, nunca se había implicado?

Las ocho manos están dentro del foco de luz que se proyecta como un óvalo sobre el tapete. Los dedos velludos del teniente Ayala barajan de nuevo los naipes. Garcés mira hacia las gorras de plato colgadas en el perchero que hay junto a la puerta. De repente, el olor de las letrinas y el ambiente cargado de humo le produce una sensación de claustrofobia insoportable. Tiene la boca seca y siente aumentar la transpiración. Trata de sobreponerse respirando profundamente, pero cuanto más se esfuerza, el malestar va en aumento. Una ligera punzada en el tórax le obliga a incorporarse como movido por un resorte interior.

—Yo me retiro —dice disculpándose al tiempo que se levanta entre las protestas de los demás y se dirige hacia la puerta.

Desde la barra, el capitán Ramírez lo observa inmóvil, con la mano descansando en el correa del uniforme. Sin pestañear. La mirada acerada y fría como el filo biselado de un hacha. Dos ojos fijos e investidos de poder.



VIII

Los salones de la planta baja del Hotel Excelsior están iluminados y refulgen en la noche con la fastuosidad de los palacios coloniales, mostrando al exterior un mundo lujoso y centelleante de arañas de cristal, quinqués y escalinatas de mármol por donde se mueven los invitados como en un decorado de sombras chinescas. Fuera, los hombres y las mujeres de piel oscura contemplan desde lejos el espectáculo del mundo inaccesible. Es medianoche en Tánger.

Elsa Quintana permanece de pie junto al *buffet*, frente a los ventanales abiertos que dan al jardín adornado con guirnaldas. Lleva un vestido largo de color marfil, ajustado en la cintura con una gasa de tul, los hombros desnudos. Mira a su alrededor con aire distraído, sosteniendo una copa en la mano. La desnudez del escote trasluce la estructura de los huesos en la clavícula. El pelo recogido en la nuca acentúa la claridad del rostro, el cuello demasiado largo, su frente alta y sombría. Los ojos contienen el indicio de una incesante preocupación, permanecen fijos, sin que los párpados parezcan moverse. No se molesta en sonreír para expresar cuando menos cortesía, sino que se limita a mirar a su alrededor con una especie de fatiga paciente en la que tal vez hay algo de tesón ante la adversidad. Pero eso, ¿quién podría asegurarlo? El rostro de las personas resulta a veces tan hermético... No conoce a ninguno de los presentes, no sabe por qué la han invitado y nadie tampoco parece saber quién es ella. Ese desconocimiento la protege, pero al mismo



tiempo la desarma sumiéndola en una expectación constante. El no saber despierta las sospechas. Siente las pupilas de algunos de los asistentes clavadas en ella, detenidas en el límite último de la buena educación, un segundo más y el halago se convertiría en ofensa. Percibe el rumor espaciado de las conversaciones a su alrededor como un murmullo de preguntas no formuladas, mezclado con un tintineo de joyas y copas de cristal, y con el crujir de los vestidos de seda que llevan las mujeres al rozar con la tela dura de los uniformes o contra el paño negro de un esmoquin. La extrañeza aumenta aún más su sensación de aislamiento y de inquietud. La brisa que llega del jardín, el revuelo de los invitados por encima de la música muy lenta del piano que está sonando al fondo, los callejones sombríos que se extienden al otro lado de la verja; todo acrecienta su inseguridad como si estuviera exponiéndose demasiado. El miedo es un sentimiento tan íntimo como el amor. Alarga la copa hacia el barman con turbante que está sirviendo el champán y bebe lentamente con los ojos cerrados para infundirse valor.

La asistencia al cóctel es relativamente numerosa. Está todo el cuerpo diplomático de las cancillerías, oficiales del Ejército y las fuerzas vivas de la sociedad tangerina, comerciantes, hombres de negocios, armadores, altos funcionarios de las embajadas...

En un ángulo del salón, un coronel español conversa amigablemente con el ministro plenipotenciario italiano en Tánger y con el agregado militar de la Embajada. Hablan de Abisinia. El ministro italiano se queja de las sanciones que le han sido impuestas a su país por la Liga de las Naciones y después pasa a comentar la política española, criticando con fanfarronería que el gobierno español permanezca sin hacer nada mientras los soviéticos están infiltrándose a través de los sindicatos por medio país. Un hombre corpulento, de bigote curvado al antiguo estilo centroeuropeo y vestido de frac, se incorpora al grupo con una voz ruidosa de marcado acento alemán. Su aire de camaradería demuestra



que existe una complicidad previa con sus contertulios. La conversación deriva hacia los recientes decretos de Núremberg contra los judíos. Su pronunciación es cortante como el borde de una sierra. Habla haciendo inflexiones bruscas, lo que confiere a sus palabras una peculiar impronta taladradora tanto por la fonética como por lo que dice. Se complace ensalzando una escenografía de estadios abarrotados, calles profanadas, banderas con esvásticas y brazaletes rojos y negros, lápidas con la estrella de David saqueadas. Al oírle casi se puede sentir el retumbar de botas por las avenidas al compás de las marchas militares, el sonido de las voces que entonan el *Horst Wessel Lied*, el humo de las hogueras destinadas a la quema de libros y partituras, el deambular de los escuadrones con sus camisas pardas y sus correaes por la Friedrichstrasse dejando a su paso cerraduras rotas, cristales, muebles destrozados, papeles dispersos. Un país hambriento de autoridad, catártico, inundado por el olor a incendio y a talabartería, ávido de insignias y voces de mando. La nación que se vanagloria de representar la limpieza de sangre, de ser el pueblo elegido, la raza superior.

—Crrréanme, no hay nada más herrrroso que las hogueras que arrrden en Berrrlín. Un mundo nuevo y purrrificado.

La llegada de las mujeres del cónsul español y del ministro italiano que irrumpen animadamente en el círculo masculino, hace que la conversación cambie de rumbo. Se habla de la boda celebrada en Roma entre don Juan de Borbón y doña Mercedes de Borbón y Orleans. La esposa del ministro italiano se queja de la humedad de Tánger, es una mujer pequeña, con la cara chata y al hablar muestra unas encías muy rojas. Alguien dice algo de la dama morena que está junto al *buffet*. Todos miran en esa dirección. Elsa Quintana les devuelve la mirada con una deliberada sonrisa de provocación. El alcohol ha empezado a surtir su efecto.



Alonso Garcés hace su entrada en el salón en ese momento. Va vestido con el uniforme de gala. Mira a su alrededor sin ver y se pasa la palma de la mano por la sien con un gesto de desorientación. Saluda a los anfitriones, avanza con lentitud entre los corros de oficiales, y finalmente la ve. Sobre todo la ve. A ella, la mujer que va vestida de claro y está ahora de perfil en el umbral de la terraza. Su indumentaria, la suave vaporosidad de la tela ondulada construye en torno a su cuerpo un aura bamboleante contra el temblor del aire procedente del jardín, algo indefinible que la particulariza distinguiéndola de los demás invitados. Pero al mismo tiempo hay algo en ella que no anima precisamente a acercarse, una especie de ensimismamiento pertinaz, como si quisiera marcar a fuego la distancia. Por un momento duda. Después ya no. Después se acerca, silencioso, con cierta timidez que es su modo natural de dirigirse a los desconocidos. Todo lo que va a pasar con una mujer se adivina en el primer instante, o tal vez no se adivina sino que se teme. Sin embargo es imprevisible la forma en la que se encadenan las cosas. De qué modo puede un hombre empezar a explicarle a una extraña que la música que está sonando es un viejo vals vienés, de qué manera ella finge no querer saber nada de valeses y él se resiste a aceptar la evasiva, encogiéndose los hombros y acompañando su nueva tentativa de una sonrisa. Cómo de pronto ella abandona su copa sobre el mantel sonriendo también un poco como si le hiciera gracia la forma algo cohibida, pero al mismo tiempo limpia y sin disimulos, que él tiene de abordarla o apreciara su esfuerzo y quisiera gratificarlo. Garcés habla de nuevo, tímidamente, sin alardes presuntuosos. Dice lo que cree que debe decir, y luego se queda allí, acariciándose el lóbulo de la oreja y conteniendo el aliento como un reo que aguardara sin demasiada esperanza un veredicto. Pero no son sus palabras sino la mirada, su inseguridad, la que impulsa a la mujer a decir que sí, que por qué no, con una condescendencia casi maternal. Después el brazo de Alonso Garcés



la sostiene levemente por el talle. Están ya en el centro del salón de baile. El cuerpo de ella es muy flexible, sin embargo no se deja llevar del todo, mantiene una rigidez resistente al movimiento, como si no lograra concentrarse en el compás. El hombre lo advierte e intenta bailar con más lentitud.

—¿Se adapta usted bien a Tánger? —pregunta Garcés.

Ella no sabe todavía. En realidad lleva muy poco tiempo.

—No hay muchas cosas en las que una mujer pueda ocuparse en una ciudad como ésta.

Garcés se separa un poco ladeando la cabeza y se fija en sus ojos oscuros con pequeños filamentos dorados.

—Me gusta observar —dice ella resueltamente—. La gente es tan distinta aquí.

—¿Y es eso sólo lo que hace en Tánger; observar?

—No —responde mirando hacia el suelo, para recuperar el paso, con las puntas del cabello oscilando sobre los hombros y por un brevísimo instante permanece así, cabizbaja, antes de alzar el rostro con una expresión distinta para añadir—: También espero. Todo el mundo espera ¿no?

Garcés, de pronto, la ve diferente, aprisionada, como si tuviera miedo o estuviera arrepentida de haber hecho una gran confidencia. ¿Cómo puede ser que él, que con frecuencia no percibe las cosas más obvias, pueda advertir en una desconocida la más leve mutación interior? No lo sabe. Se aparta un poco de nuevo para mirarla con unos ojos rebosantes de curiosidad, pero no pregunta nada más. Es ella ahora la que habla:

—Me llamo Elsa Quintana. Todavía no sé su nombre.

Garcés se disculpa por no haberse presentado antes.



—Soy Alonso Garcés. Estoy destinado en el regimiento de cazadores de África —deja caer las palabras, despacio, como intentando llenar una pausa demasiado prolongada.

—No se preocupe. Los nombres no son importantes para conocerse. No dicen mucho.

La presentación, lejos de aumentar la intimidad, dificulta aún más la conversación. Garcés se siente un poco torpe, incapaz de hilvanar las frases. No está acostumbrado a hablar de ese modo con una mujer. No sabe cómo comportarse ante esa manera que tiene ella tan poco convencional de usar las palabras, como si tratara de inducirle a un mayor acercamiento, pero a la vez marcando una distancia irreductible.

Los dos callan. Se advierte en el desconcierto de ambos una raíz común, difícil de desentrañar. Es ella la que rompe nuevamente el silencio:

—Como verá usted, es sumamente complicado bailar y conversar al mismo tiempo; me refiero a una verdadera conversación, no a hablar sobre el clima de Tánger. Pero si lo prefiere, podemos hacerlo —dice de un modo en que es evidente su incomodidad—. Sabe usted que hay tanta humedad que...

—No se esfuerce. Creo haberla comprendido —la interrumpe Garcés con una voz extrañamente carente de timbre.

Su dificultad para reconducir el diálogo es cada vez mayor. Por momentos siente el impulso de abandonar el galanteo. Ni siquiera sabe si está casada o hay algún hombre en su vida.

—Perdone, no pretendía resultar desagradable —dice ella, quizá arrepentida por haber sido demasiado brusca—. Me gusta estar bailando con usted.



—¿Debo interpretar eso como un halago? —Garcés recupera el tono tranquilo, más dueño de sí mismo, aunque un leve hormigueo le recorre el estómago.

Ella no sabe cómo responder. Alza la cabeza y se echa a reír de un modo que a Garcés le parece bellísimo. Mientras ríe su cabeza se desplaza ligeramente, llegando a rozarle el rostro con sus cabellos. El gesto no tiene nada de atrevimiento pero es de una precisión turbadora. Después se queda seria repentinamente, sintiendo el calor de la mano de él a través de la tela del vestido. Da la impresión de que esa clase de intimidad la importuna. Baja los ojos como si se avergonzara y sintiera un súbito malestar o quisiera protegerse de algo. Los secretos de los seres humanos son como esos cristales empañados que no dejan vislumbrar lo que hay detrás del aliento que oscurece el vidrio. El misterio de los pensamientos. Cada uno de los gestos de la mujer le parecen a Garcés pequeños huecos que la descubren fugazmente, dejando adivinar algo de lo que no quiere mostear: pasado, enigmas, intenciones, temores... Todo lo que no se sabe de una persona y, sin embargo, puede llegar a saberse, es como un abismo sin fondo que ejerce un atractivo irresistible. Se oye un revuelo de ventilador por encima de la música. Ella se da cuenta de que el hombre la está pensando desnuda, lo percibe en su mirada, en la forma en que la estrecha con firmeza, en la proximidad de su boca. Siente el cuerpo ligero, como si estuviera flotando, sin rastro de la rigidez inicial. Sabe que no deberían bailar así. El cónsul español los observa, otros invitados también los miran. Garcés piensa que tal vez está poniéndola en evidencia, pero no puede dejar de enlazarla como lo hace, dominado por una especie de hechizo casi ceremonial que lo impulsa a girar y acoplarse a la cadencia del sonido como quien se somete al ritmo inmemorial de los sucesos que acontecen dentro del orden de la naturaleza, no a las convenciones impuestas posteriormente



por los hombres. Cuando un vals se ejecuta de esa manera, el movimiento no es una elección sino una fatalidad.

Ella está mareada. Sabe que bailan sobre el murmullo de los demás. Ya no hablan, sólo se miran, manteniendo retadoramente las miradas igual que en un duelo. De las lámparas del techo cae una luz anaranjada y tenue que los envuelve. Las manos de Garcés son fuego ahora. Ella advierte que la cabeza le da vueltas. No quiere pensar, cierra los ojos y apoya la frente sobre el hombro de él con cierta actitud entregada, de prisionera. Se mantiene así, ajena a todo lo que los rodea, en silencio, con un último rasgo débil de antagonismo desvaneciéndosele en la frente. Garcés percibe de algún modo el abandono de la mujer, pero no sabe a qué se debe su cambio de actitud. Quizá tampoco ella lo sepa. Se fija en los labios levemente hinchados, la suave curva de la nariz, el principio del escote. Empieza a notar esa vibración interior, sin epicentro definido, que se manifiesta segundos antes de que a uno se le cruce por la mente la idea de besar a una mujer que apenas conoce.

En ese momento la música cesa y los dos se detienen desconcertados. Es como si de repente se hubieran despertado bruscamente de un sueño anómalo o algo les hubiera sido arrebatado de golpe. Ella sonrío vacilante y aturdida, con los brazos caídos sobre el vestido y un gesto de alivio casi imperceptible en la comisura de la boca. El barman pasa con una bandeja de bebidas entre los invitados. Desde el jardín llega el perfume de los rosales recién regados. La orquesta inicia de nuevo su actuación, esta vez con los acordes de un viejo *fox-trot* inglés. Pero antes de que Garcés se dé cuenta, el cónsul español y su esposa han iniciado, con hábil discreción, una maniobra de cambio de parejas y Elsa se aleja hacia el centro de la pista del brazo del cónsul. La espalda desnuda, la curvatura del cuello, la luz relampagueando en los pliegues del vestido... Garcés a duras penas puede ocultar la expresión contrariada. La esposa del cónsul es una mujer algo gruesa, de las que se creen obligadas a



hablar todo el tiempo. Él no la escucha, aunque trata de disimularlo moviendo de vez en cuando la cabeza en señal de asentimiento, como un autómatas, los ojos inmóviles, la mano ocupada en hundir distraídamente un cubo de hielo en el vaso. Absorto, pensativo, desterrado del mundo.

En una mesa al borde de la pista de baile, Philip Kerrigan conversa con el corresponsal del *Daily Telegraph* y otro periodista de la agencia Reuters. Garcés aprovecha el final de la pieza para acercarse a ellos.

—¿Qué hay de nuevo, español? —pregunta Kerrigan alzando las cejas con una expresión irónica que lo rejuvenece momentáneamente.

Frente a ellos, barajados en un creciente remolino de grupos, los invitados adquieren la apariencia de un tornasol en movimiento, policromía de telas y brillos, donde se entremezclan los negociantes con los altos dignatarios, las mujeres hermosas y las que no lo son tanto, los barones de la banca y los grandes artífices de la política, los militares de distintos ejércitos y las mayores fortunas de Europa. Todos revueltos, rotando al compás de la orquesta como un carrusel. Metáfora o preludio.

El corresponsal del *London Times*, en un aparte, le indica a Garcés que mire hacia el arco que separa las dos partes del salón.

—¿Ves a ese tipo de frac, con cara de bóxer y bigote al estilo austrohúngaro? —pregunta el periodista con tono confidencial, encogiendo los ojos por el humo del cigarrillo—. El que está a la derecha del ministro italiano.

Garcés echa un discreto vistazo y asiente con un gesto.

—Es nuestro hombre, Klaus Wilmer.

—¿El representante de H&W? —pregunta Garcés bajando la voz.

—No sólo —responde Kerrigan, inclinándose hacia adelante con las manos sobre las rodillas—. También está vinculado al Ministerio de



Asuntos Exteriores alemán. Se dice que tiene línea directa con Göering. ¿Y tú? ¿Has podido averiguar algo?

—Creo que sí —contesta Garcés—. Pero éste no es el lugar más indicado para hablar. Mañana me pasaré por tu casa.

Elsa Quintana atraviesa con pasos lentos el salón en dirección a la terraza.

—Algunas mujeres tienen el don de volvernos locos de esperanza —dice Kerrigan.

—¿Crees entonces que es eso?

—¿Qué?

—¿Lo que nos atrae?

Kerrigan sonríe sin responder. Garcés inicia el movimiento de levantarse para acercarse a ella, pero desde la mitad del recinto observa cómo el capitán Ramírez, avanza en la misma dirección y se le adelanta. Garcés se detiene con repentina desconfianza y observa. Está demasiado lejos como para poder oír lo que dicen. Se fija en que Ramírez tiene alzada una mano con un dedo apuntando a la mujer. Ve que ella niega categóricamente con la cabeza y retrocede un paso. Ramírez no se da por vencido, musita algo entre dientes, apenas una frase, pero cuidadosamente pensada. Un pequeño temblor de satisfacción se le queda agazapado en el mentón, en posición de acecho. Ella vuelve el rostro repentinamente pálido hacia su interlocutor, los ojos agrandados con una expresión equívoca que puede indicar sorpresa pero también enojo o pánico, aunque se mantiene erguida. Garcés advierte la presión de la mano enguantada de Ramírez que sujeta el codo de la mujer, tal vez no de modo violento sino persuasivo, mientras la conduce hacia un rincón escondido del jardín. La expresión de Ramírez es aparentemente amable, casi demasiado cortés. La sonrisa bajo el bigote cuadrado podría



engañar, pero la forma en la que sus dedos rodean el brazo femenino, no. Sin embargo, Garcés piensa más en la mirada de ella que no acierta a catalogar, la forma demasiado sumisa en que se deja llevar hacia afuera, sus gestos, precavidos y tan confusos que no sabe si... Pero tal vez se equivoca.



IX

A las diez de la mañana, la rue des Chrétiens todavía está umbría y fresca pero con olor a polvo. Hay algunos canastos apilados junto a las paredes de los edificios. Alonso Garcés atraviesa la calle con paso tranquilo, sorteando a los transeúntes. Un anciano viene caminando con gran esfuerzo en dirección contraria. Lleva un saco de leña colgado al hombro y su trayectoria se ciñe estrechamente al trazado quebrado de las paredes. De vez en cuando suelta la carga para tomar un respiro y limpiarse el sudor. Luego, se echa de nuevo el saco a la espalda y sigue caminando con las rodillas curvadas y temblorosas. Cuando se cruzan, Garcés observa que va descalzo y que tiene la piel reventada de eccemas y de costurones de sarna. Trata de evitar la tentación de la piedad, sin embargo, no es eso exactamente lo que siente, sino algo trágico y obscuro al mismo tiempo, que le hace desviar la mirada y contraer las pupilas como puntas de alfiler. Con las dos manos junta las solapas de la chaqueta contra el cuello. Otra vez el viento limpio. Un aroma a brasero de ascuas inunda la calle. A Garcés le recuerda el olor invernal del Norte, una combinación de humo y frío que le llega mezclado con un lejano ladrido de perros. La añoranza le trae la imagen del caserío batido por el viento, de los grumos oscuros de tierra mojada bajo el friso de los castaños, el cielo impregnado de un rescoldo de aguanieve. Es la nostalgia de la lluvia, piensa, y de repente cae en la cuenta de que ya está acabando el mes de noviembre. Por la abertura de una puerta asoma la cara de una niña marroquí, la naricilla respingona, el pelo oscuro y



rizado nimbándole la frente. Garcés le guiña un ojo y la niña se echa a reír tapándose la boca con la mano. Después se esconde de nuevo tras la puerta, avergonzada. Todo Marruecos está lleno de rostros así, expresivos o impasibles, modelados por siglos de arrogancia, de sabiduría silenciosa, capaces por sí solos de sembrar inquietud en el corazón de cualquier extranjero que los observe. Y ese es precisamente el punto de fuga en que un hombre puede empezar a sentirse parte de un mundo que no comprende.

El apartamento de Kerrigan está al final de la cuesta. Desde las escaleras, Garcés oye el apagado rumor de la máquina de escribir, un débil tecleo rítmicamente interrumpido por el sonido del rodillo y el retinglar del timbre. La entrada del corredor no tiene llave sino un cerrojo que puede correrse desde afuera con facilidad. La puerta de la alcoba está entreabierta, Garcés golpea tres veces con los nudillos y entra sin esperar respuesta. Sobre el escritorio de Kerrigan humea un cigarrillo en un cenicero colmado de colillas. A un lado de la máquina, el secante verde y varias cuartillas. Kerrigan levanta los brazos y echándose hacia atrás en el sillón, entrelaza los dedos de ambas manos detrás de la nuca. Sus ojos, sin ninguna expresión especial, quedan enfocados sobre la cara de Garcés.

—Creí que ya no ibas a venir —dice sin cambiar de posición.

La sonrisa de Garcés es comedida pero no denota ningún matiz de disculpa. Tampoco sus palabras.

—Ya sabes lo que se dice en Tánger: la prisa mata.

Kerrigan se levanta del sillón giratorio y se acerca a la ventana para abrirla. La corriente de aire hace ondear las cortinas, provoca un ligero revoloteo de papeles y deja entrar un aroma a arroz hervido que viene del patio. La claridad pone en evidencia el desorden de la estancia: la cama deshecha, el edredón de lino medio caído sobre la alfombra, cojines



desperdigados por todas partes, varios ejemplares del *London Times* mal apilados contra la pared, los folios de la mesa espolvoreados de ceniza. Garcés mueve la cabeza hacia los lados y chasquea los labios con un gesto de fingida desaprobación. Después se sienta en una esquina de la cama alzando las cejas con la actitud atenta del que espera oír algo interesante.

—Mira esto y luego me cuentas —dice Kerrigan alargándole una especie de boletín o diario.

Los ojos de Garcés se detienen con extrañeza en el membrete de la portada: *Entente Internationale Anticomuniste. Bureau Permanent. Ginebra*. A continuación pasa con lenta minuciosidad de un renglón a otro, el ceño levemente fruncido, los codos apoyados en las rodillas. El lenguaje doctrinario, erizado de injurias y de consignas totalitarias es el característico del Eje ítalo-germano. El editorial comenta la situación española calificándola de semillero de subversivos, dibujando un panorama de violentas manifestaciones callejeras, huelgas y atentados perpetrados bajo la bandera de la hoz y el martillo. Los adjetivos apocalípticos alcanzan su grado más burlesco al referirse a la inoperancia del gabinete republicano para acabar con las movilizaciones obreras y campesinas. Se compara su falta de autoridad con la del gobierno «Kerenski», remarcando de paso los paralelismos del momento político de la península con el de Rusia inmediatamente antes de octubre de 1917. La huelga de los mineros asturianos el año anterior y las recientes ocupaciones de tierras en Andalucía son presentadas como la prueba incontestable de una inminente revolución izquierdista.

Garcés mueve intranquilo los hombros, se rasca la nuca, tuerce el gesto.

—¿Qué es esto de la Entente de Ginebra? —pregunta con expresión contrariada.



Kerrigan prepara con calmosa parsimonia un cigarrillo de liar, calculando la medida justa de hebras que debe depositar sobre el papel combado, después pasa la lengua humedecida por el borde, alisa el cilindro dándole forma entre los dedos y se lo pone en la boca.

—Es una organización ultraderechista que ahora mantiene contactos con el Antikomintern del doctor Göebbels —contesta tratando de pronunciar cada palabra muy claramente—. Pretende reunir gente influyente convencida de la necesidad de prepararse para la lucha contra el comunismo y publica este boletín con el propósito de desvelar los planes de supuestas ofensivas bolcheviques. Algunos de sus principales suscriptores son militares de alta graduación.

—¿Conoces sus nombres? —pregunta Garcés.

—Sólo los de algunos. Pero sí sus principales destinos. Los boletines llegan con regularidad a Ceuta, Tetuán, Larache, Tánger, Villa Cisneros y Canarias.

Kerrigan se restriega la cara con gesto de cansancio, todavía no se ha afeitado y la sombra de la barba le endurece la expresión dándole cierto aspecto de sabueso. En el rostro envejecido brillan los ojos con una mirada curiosa, recta hacia Garcés.

—Y tú, ¿qué has podido averiguar?

—No mucho. Pero hay algo, eso es evidente.

—¿Algo, como qué? —inquieta Kerrigan demorándose en la aspiración del humo.

Afuera se amontonan los ruidos que conforman el trajín diario de la vida en la medina, voces que se increpan de una ventana a otra, alargadas consonantes ahogadas por el martilleo de un yunque, el maullido de los gatos, el eje mal engrasado de un carretón...



—Pues algo como unas cajas de misterioso contenido que al parecer han estado llegando últimamente a la Comisión Geográfica de Límites.

Garcés se aproxima a la mesa de Kerrigan y comienza a liar uno de sus cigarrillos. Mientras lo hace su cara adopta una expresión inmóvil y reflexiva.

—Continúa —dice Kerrigan, animándolo con un movimiento de la mano.

Garcés procede a relatar la discusión que presenció en la cantina del cuartel mientras pasea de un lado a otro. Habla en un tono normal, sin afectación, pero no omite ningún detalle. Kerrigan lo escucha atentamente, apoyado en el borde de su escritorio, pellizcándose el labio inferior con el índice y el pulgar.

—Supongamos que lo que contienen esas cajas es lo que tú y yo imaginamos —dice al cabo de un rato—; tendríamos que averiguar quién establece los contactos comerciales, de dónde procede el dinero para realizar los pagos y cuántos oficiales están detrás de la operación.

—Todos los que leen las publicaciones de la Entente —comenta Garcés señalando con la cabeza el boletín que está encima de la cama— deben de estar convencidos de que se avecina un importante asalto comunista en España. Si conseguimos los nombres y el grado de los que están suscritos, tendremos una idea del calibre de la conspiración.

—Sí, pero antes que nada hay que confirmar el contenido de las cajas.

Un débil rayo de luz atraviesa en diagonal el suelo. Kerrigan, de pie junto a la estantería del fondo, comienza a describir los artefactos hallados en el almacén del cuñado de Ismail.

—Es un cilindro cromado que acaba en forma de aleta de pez, así de grande —dice separando las manos unas quince pulgadas aproximadamente.



—¿Formado por varias piezas o por una sola?

—Creo que el extremo con forma de aleta va atornillado al cuerpo central, pero no estoy seguro. ¿Por qué lo preguntas?

—No sé —responde Garcés—, puede tratarse de un segundo multiplicador.

—¿Y?

—Bueno, una espoleta de efecto retardado les daría algún tiempo de autonomía antes de la segunda explosión, además de que complicaría cualquier intento de desactivación. Pero lo más importante sería analizar la resistencia del material y las sustancias químicas que contienen para conocer su potencia destructiva.

—¿Qué has indagado sobre el tungsteno?

—Es un derivado de la wolframita, muy denso y refractario a elevadas temperaturas.

—Eso significa que se trata de un mineral idóneo para trabajar en caliente. Por ejemplo, para obtener matrices, hilos de resistencia o piezas eléctricas, ¿no?

Garcés asiente con la cabeza.

—La empresa Klappe Schlieben, con sede en Hamburgo, es una de las integrantes de la compañía H&W que representa Wilmer. Una sección importante de la empresa está destinada a la fabricación de material bélico que probablemente llega a Tánger camuflado en cargueros de la Sociedad Anglo-Marroquí de Transportes. No es descabellado pensar que una parte del pago de ese material se haga a través de empresas particulares con minerales como el tungsteno y que a su vez éste se utilice quizá como materia prima para la producción de armas. No sé...

—Kerrigan hace una pausa tratando de calibrar el alcance de sus deducciones—. Según sir George Masón, Wilmer actúa en la práctica



como el cónsul alemán en todo el Marruecos español, y Gran Bretaña ha negociado directamente con él no sólo para el transporte de suministros sino también a través de la Sociedad de Metales No Ferruginosos. ¡La vieja diplomacia de la libra esterlina! —exclama con mordaz énfasis.

—Los diplomáticos son iguales en todas partes: ponen una vela a Dios y otra al diablo. No hay más que fijarse en los invitados que asisten a sus recepciones, cócteles y besamanos... —reflexiona Garcés.

Kerrigan se aproxima al mueble bar para servir dos vasos de bourbon. Lo hace despacio, empleando más tiempo del necesario, como si el comentario de su amigo le hubiera traído a la cabeza algo que duda en expresar.

—Por cierto —dice al fin, mientras le acerca la bebida a Garcés, decidiéndose a cambiar el rumbo de la conversación—, una velada interesante la de anoche. Parece que tu misteriosa dama tiene extrañas amistades en Tánger.

Garcés levanta el vaso y mira pensativo el color del líquido atravesado por la luz.

—No te inspira demasiada confianza, ¿verdad?

—Bueno, es una manera de verlo. Yo diría más bien que es una mujer que suscita demasiados interrogantes. Puede que su aspecto de indefensión sea auténtico o sea premeditado —contesta el periodista encogiéndose de hombros—; y en cualquier caso lo importante no es la opinión que uno se pueda hacer de ella.

—Me da la impresión de que el género femenino en general no te resulta especialmente simpático.

Kerrigan se queda callado un rato, sonriendo a medias, con la botella en la mano.



—Cuando llegues a mi edad comprenderás que hay muy pocas mujeres que son lo que parecen.

—Venga —responde Garcés limpiándose la boca con el dorso de mano—. No me salgas ahora con sentencias. Además a ti tampoco ha debido de irte tan mal.

—¿Mal? No, no es eso. Las mujeres no son un problema tan importante si lo comparamos con la soledad, el hastío o la decadencia física. Uno tarda mucho en aprender a distinguir el amor del orgullo. Además, si un día te despiertas especialmente necesitado, siempre están las chicas de La Cruz del Sur. Con ellas, las cosas son muy claras, no hace falta enamorarse ni comportarse como un estúpido.

—Pero eso no te libra de la soledad —replica Garcés con una mirada amplia y límpida casi de colegial.

—La soledad... —murmura Kerrigan irónicamente entre dientes, mostrando una sonrisa gastada—, te libra de la angustia, que no es poco, y sobre todo te libra del compromiso y de mentir y de la pretensión romántica de ir por ahí redimiendo almas. Toda la desgracia está en querer disfrazar el sexo con sentimientos. Menuda idiotez. Un día te acuestas con una muchacha y al otro puedes reventar o estar muerto. Es posible que en algún momento de debilidad uno se acuerde, eche de menos esa cosa torpe y cálida. ¿Y qué? Esos momentos pasan. Todo pasa. Es mejor sentir nostalgia que vivir permanentemente en estado de confusión, tratando de proteger la propia farsa personal, soportando día a día la incertidumbre, el miedo al deterioro del cuerpo, a la muerte, yo qué sé... De todos modos, el tema me aburre.

—*Amarte así, como un rastro de nieve* —recita Garcés soñadoramente—. *Nieve desnuda, sin talla de plata, ni camino, ni nombre, ni alma.*



—La poesía todo lo hace metáfora. Puede que, como la religión, también todo lo pervierta —Kerrigan mira al oficial y sonrío sin ganas, medio perdonándole la vida—. ¿Cuántas veces has estado enamorado?

—No sé. Ha habido dos mujeres que han sido importantes para mí, pero no me atrevería a asegurar que se tratase de verdadero amor. Una era sólo una niña, quince o dieciséis años. La veía pasar por delante de la iglesia de San Cristóbal con el uniforme del colegio de las Dominicas. Se llamaba Laura.

—¿Y la otra?

—A la otra la conocí en el Shanghái, un cabaré de Barcelona.

—Ya... —dice el inglés con expresión cómplice, dejando en el aire una pausa llena de sobreentendidos—; y Elsa Quintana es una mezcla de las dos.

—No. Más bien no tiene nada que ver con ninguna. Es otra cosa. Al verla uno se pregunta qué es lo que la hace tan distinta.

—Puede que el misterio no esté solamente en ella —advierte Kerrigan.

—¿Qué quieres decir?

—Los hombres vamos por la vida a trompicones, de aquí para allá, sin comprender bien lo que pasa. Llegar a una ciudad, bailar con una mujer desconocida, inventarle un pasado... Supongo que a todos nos ha ocurrido alguna vez.

—Si te preguntara cuál fue tu experiencia amorosa más intensa, ¿qué contestarías?

Kerrigan se queda pensativo, demorando la respuesta, no porque dude, sino porque la pregunta le resulta incómoda o ligeramente dolorosa. Sigue fumando en silencio, sin decir palabra. Hasta ellos llegan las voces risueñas de varias muchachas que están tendiendo ropa en una terraza vecina.



—No te estoy pidiendo que me detalles ninguna intimidad sexual —precisa Garcés ante el silencio prolongado del corresponsal del *London Times*.

—Eso sería mucho más fácil de contestar. De todos modos, te voy a responder —dice Kerrigan—. Una vez estaba en la cama, por la mañana. Junto a mí había otro cuerpo, un cuerpo largo y frágil de mujer sobre las sábanas. Verla así dormida y descuidada me conmovió. Hacía mucho tiempo que sólo me conmovía por mí mismo. Fue durante un permiso, en la guerra. Cuando se despertó, mantuve los ojos entornados para verla moverse sin que se sintiera observada. Levantó sin ruido la persiana, puso una tetera al fuego y volvió a la cama. Lo recuerdo muy bien, el color frío del cielo y la niebla, la típica niebla de Londres. Ella era muy joven. Con una mano se tocó descuidadamente la aureola rosada de los pezones. La otra la posó con suavidad entre mis piernas y la dejó allí olvidada durante mucho rato. Como si aquel fuera el lugar natural para su mano. Y durante todo el tiempo que la mano estuvo sobre mi sexo yo podía percibir hasta el más leve e íntimo susurro interior de sus pensamientos. Nunca volví a sentir nada parecido.

—¿Era ella? —pregunta Garcés señalando la fotografía de tamaño postal de una mujer de pelo castaño y boca tierna y caída.

Kerrigan asiente con la cabeza sin pronunciar ninguna palabra.

—¿Y qué pasó después?

—Se acabó.

—¿Por qué?

—Porque el amor nos vuelve ciegos —dice Kerrigan melancólicamente—. No supe entender lo que ella quería.

—¿Y nunca volviste a verla?



—La vi una vez después de la guerra, junto al puente de Southwork, pero entonces ya era demasiado tarde. Luego me vine a África.

Kerrigan tiene un cigarrillo sin encender entre los dedos, lo moldea, juguetea nerviosamente con él. Por encima del hombro de Garcés contempla el pedazo geométrico de cielo que enmarca la ventana. En su mirada subyace una especie de dureza indolora. Después enciende el cigarrillo, expulsa el humo enérgicamente por la nariz y sonrío:

—Ya ves... —dice tratando de entibiar la intensidad de la confidencia.

Garcés, en un extremo de la habitación, se balancea hacia adelante y hacia atrás con las manos hundidas en los bolsillos, sin saber qué decir, espionando los ojos pequeños y arrugados de Kerrigan.

—Ya veo —se limita a manifestar, sabiendo que no existe ninguna palabra adecuada para confortar a un hombre que abdica temporalmente de su habitual coraza.

Permanece así un rato, meciéndose en su propio vaivén, con los puños cerrados dentro de la tela del pantalón. Su actitud no tiene nada que ver con la indiferencia sino con el respeto de quien sabe que el valor de la amistad ha de medirse a veces con el metro de la distancia. Los dos continúan callados, ensimismados, cada uno dentro de su silencio: discreto el de Garcés; reconcentrado y solitario el de Kerrigan.

Al cabo de unos minutos, Ismail irrumpe en la habitación con el correo. Después de saludar lo deja sobre el escritorio y vuelve a salir con el mismo sigilo. Kerrigan revisa el remite de los sobres y finalmente rasga con un abrecartas de bronce un cablegrama procedente del *London Times*. Sus ojos pasean por las líneas con rapidez, las arrugas del entrecejo acentúan el perfil partido de su nariz; en la boca, una mueca de desagrado. Garcés lo observa con creciente curiosidad. El rostro de Kerrigan está ahora encendido de indignación. Masculla palabras en



inglés que, a juzgar por el tono, deben ser blasfemias e insultos dirigidos a Fraser. Su voz retumba agria y furiosa.

—¿Malas noticias? —pregunta Garcés.

—Es increíble —exclama con tono destemplado—. No quiere saber nada del asunto. Le pongo delante una primicia que puede ser de gran magnitud y se limita a recordarme que mi trabajo consiste en asistir regularmente a las conferencias de prensa y obedecer las indicaciones de los consejeros de la Embajada.

Kerrigan rompe el papel en dos trozos, dejándolos sobre la mesa. A continuación se lleva el vaso de bourbon a la boca y desfrunciendo el ceño añade:

—¿Sabes una cosa? —hace una pausa para mirar a Garcés antes de proseguir, los ojos desafiantes—. Ahora ya no me cabe ninguna duda. Estamos detrás de algo serio.

—Tendremos que darnos prisa —comenta Garcés—. No puedo retrasar mucho más la expedición al desierto. Como muy tarde, la semana próxima. El Gobierno está interesado en dar un impulso a las pesquerías atlánticas y en certificar cuanto antes los convenios con las tribus afincadas en territorio español.

—Está bien —concluye Kerrigan—. Intenta averiguar algo sobre esas cajas y no pierdas de vista a Ramírez, tal vez de paso descubramos algo sobre tu dama.

Luego, cambiando la expresión, señala en la pared una lámina que reproduce un fondo de ruinas góticas y, en primer plano, la imagen alegórica de una ninfa con los ojos vendados que sostiene un cáliz en la mano:

—Oro o espada, licor o veneno —dice misteriosamente—. Nadie sabe lo que oculta el corazón de una mujer.



Garcés asiente con aire reservado mirando el cuadro, el cuello de garza, los senos desnudos, la débil vibración que emana de la imagen. Después se vuelve hacia la mesa, toma el vaso y lo vacía lentamente.

—Veré lo que puedo hacer —responde concentrado como si estuviera tratando de poner en orden pensamientos demasiado dispersos—. Y tú ocúpate de Wilmer —añade ya desde el umbral de la puerta con una mano en alto en señal de despedida.

Kerrigan se queda solo, camina hasta la cómoda para poner en marcha el fonógrafo. Una melodía árabe muy ligera inunda la atmósfera del cuarto con un tintineo de cascabeles. No es un tema tradicional marroquí, sino el lamento arcaico de las kabilas, voces corales nacidas en la lejanía de la arena. El corresponsal del *London Times* se desploma sobre el sillón giratorio poniendo los pies sobre la mesa, con la cabeza hacia atrás y los ojos cerrados, dejándose envolver por la música que suena en sus oídos con la vaga sugestión de un canto de sirenas. Se siente cansado, un molesto dolor le acalambra el cuello. Con la cadencia del estribillo viene a su mente el extraño simbolismo de la figura del cuadro, un paisaje de otro siglo, torreones derruidos y colinas violáceas en las que pronto amanecerá o donde, por el contrario, acaba de hacerse de noche. Una mujer, ni infame ni hermosa, casi sonriente, una extraña Gioconda, con los ojos vendados, que parece moverse y respirar como si en algún lugar de su cuerpo albergara un residuo de vida y sin embargo, al mismo tiempo, se diría que hay algo en ella que indica que va a morir, quizá muy pronto. Algo inerte, sin sonoridad ni volumen, ciego como el destino. La ensoñación le produce a Kerrigan una oleada de desaliento. Ha dormido pocas horas. El cansancio siempre le hace confundir las emociones, le predispone a las visiones delirantes y absurdas. Todo son símbolos, la mujer del cuadro, la música como eco litúrgico, un oscuro desencanto sin contorno definido, frágiles elementos que acrecientan su



malestar físico. «No es la belleza lo que amamos —piensa—, sino el fracaso.»



X

Tánger, 15 de noviembre de 1935 —escribe Elsa Quintana. La cabeza inclinada sobre la cuartilla en blanco.

... Pero resulta ahora que la noche de este continente y la soledad y todas las cosas que han ocurrido, se me amontonan en la memoria. Es difícil defender un espacio personal protegido de las preguntas, incluso aquí, en esta ciudad donde nadie es inocente. Te he esperado en la habitación de este hotel, en los muelles, todavía te espero... Pero cuando veo a lo lejos el horizonte plano del mar y las pequeñas parcelas de agua sembradas de un verdor irreal, entonces creo que tu llegada es casi un acto legendario que jamás se va a producir. Quizá sea mejor así.

Ella quiere abandonar toda reserva mental. Apoya la mejilla en la mano izquierda, medio derrumbada sobre la mesa junto a la ventana y mira hacia la oscuridad como si fuera ciega y no pudiera vislumbrar los contornos del mundo, capaz sólo de una percepción instintiva. De la espesura de la noche tangerina va despuntando la memoria imantada de los presagios que ella no acertó a descifrar en su momento. Se acuerda del vértigo del último día, al abrir los postigos y descubrir a lo lejos la polvareda levantada por el galope de los caballos, el brillo acharolado de los tricornos entre los racimos de casas, la inclinación de las huertas, la transparencia premonitoria del aire cuando está detenido en un silencio de mal agüero. Por el otro lado de la loma bajaban los aparceros armados



de cayados y garrotes. La ley de contrarreforma agraria del gabinete conservador echaba por tierra todo lo que se había avanzado desde 1931. Hacía ya días que se presentía una actividad larvada entre los campesinos, gestos contenidos, medias palabras, miradas torvas, modos de acción que, sin embargo, ella, con la atención absorbida por apremios más íntimos, no había alcanzado a relacionar con los acontecimientos que se preparaban. Permaneció inmóvil detrás de los visillos, el vaho de su aliento empañando el cristal. Entonces vio por primera vez las imágenes que desde aquel momento poblarían para siempre sus pesadillas. La humareda que deja tras de sí un automóvil negro que viene hacia la casa y se detiene junto a la alberca del corral. Las siluetas agrandadas de dos hombres, de ambigua catadura. El de la izquierda, vestido distinguidamente, con abrigo largo y un sombrero terciado sobre la cara. El otro era más corpulento, llevaba una camisa azul de falangista. Cuando preguntaron por Fernando, ella sintió que la sangre se le agolpaba en el pulso con un ritmo desbocado de alarma porque percibió en las palabras la resolución definitiva y encarnizada de un ultimátum.

Recuerda todo fragmentariamente, como fogonazos de escenas aisladas que adquieren movilidad ahora en su memoria, no entonces cuando sólo eran imágenes detenidas en el tiempo presente: la polvareda del patio, el portón abriéndose al aire frío, la silueta de Fernando en el umbral, alto y despreocupado, con la camisa abierta, sin que le diera tiempo a abrocharse los últimos botones, las voces de los aceituneros acercándose por la vega, el relámpago de una mano que se oculta tras las solapa del abrigo, sin mediar palabra, unos ojos tallados en hielo, apretados de odio, pupilas fijas, la luz tensa derramándose sobre la pared de cal, un destello que duró milésimas de segundo, como el aire convertido en ascuas sobre el metal bruñido de la pistola que uno de los hombres acababa de desenfundar. Conocía vagamente la naturaleza fraudulenta de algunos negocios en los que Fernando andaba metido, y



en más de una ocasión le había alertado sobre lo peligroso de ciertas compañías, pero nunca había querido hacerle preguntas directas, quizá por temor a descubrir la verdad y para evitar que él le mintiera o tal vez ya por indiferencia. El hastío y la cobardía la mantenían ignorante, al margen de la realidad, sin querer ver ni comprender el alcance de lo que sucedía a su alrededor: cargamentos de sacos que eran escondidos en el cortijo, reuniones nocturnas, broncas mal disimuladas que ella asociaba con riñas de tahúres, extraños anuncios publicados en el diario local entre programas de actuaciones y avisos de ventas de guitarras...

No sabe de qué parte de su cuerpo provino la decisión, ni la rapidez de reflejos, ni la entereza, como si fuera cierto que algunos actos humanos surgen antes de ser cometidos, preexisten anticipadamente en el infinito cálculo de probabilidades que nadie prevé, pero que el azar condena inexorablemente a cumplir. Cuando alcanzó a comprender lo que había ocurrido, tenía en la mano una escopeta de cañones recortados, el dedo acalambrado sobre el gatillo y había frente a ella dos cadáveres desangrándose contra la tierra apelmazada. Después sonaron otros disparos, hubo voces, alboroto de golpes y carreras en desbandada, crujidos de puertas y muebles movidos de sitio. Al mismo tiempo, afuera, un confuso rumor se adueñó del valle con ecos de descargas de fusilería y arremetidas de la guardia civil contra la multitud densa y apiñada de los aparceros. De las casas salían gentes armadas de tizonas y cuchillos de cocina y todo cuanto pudiese ser usado como arma. Una masa humana impetuosa y enardecida se desbordaba hacia la vega del río, la sierra entera se había alzado en un levantamiento repentino sin que ella pudiera comprender los ocultos resortes que unían su acción individual con aquel movimiento, como si el sonido de los disparos hubiera sido la señal de salida de un irrefrenable impulso colectivo, la sangre que llama a la sangre y que lejos de amedrentar apresura los



pasos hacia el estruendo de la metralla, y fue la cólera y el fragor y el caos.

Cargaba la guardia civil sobre una multitud de hombres y mujeres que sostenían banderas y pañuelos rojos y se arrimaban a los caballos para cortarles los ijares a cuchilladas. Reinaba en todo el valle un estrépito de fuego y acero, la atmósfera gimiente de los grandes cataclismos, pero ella ya desconocía en que parte del mundo estaba, a dónde la llevaban para ocultarla, chocando con la gente que corría en distintas direcciones, confundida en sus propios remolinos, gritando consignas a las que ella no atendía. Atravesó la vega azulada oculta bajo la lona de un camión, entre sacos de aceitunas, con la única valija que habían tenido tiempo de prepararle en el cortijo. Se tocaba las sienes con ademán ausente y miraba a través de las aberturas de la lona la extensión rojiza y morada del paisaje que iba dejando rezagado a medida que avanzaba por un camino casi intransitable, de baches y barrancos bajo el ronquido del motor, rumbo al puerto de Algeciras. Pensaba en todo lo ocurrido con tranquila extrañeza, las manos recogidas en el regazo, los ojos incrédulos, como si no alcanzara a comprender la significación que enlazaba unos acontecimientos con otros, atenta sólo al movimiento ralentizado de los dos desconocidos rebotando contra el automóvil y cayendo de rodillas sobre el barro entre una masa informe de sangre, sin aceptar del todo el hecho inexplicable de haber salvado la vida de un hombre al que ya no amaba.

Apenas fue consciente del viaje que emprendió después en barco desde Algeciras, en la angostura de un camarote cuyas paredes estaban carcomidas por el salitre y donde había una tinaja de agua dulce con la que pudo sacarse el polvo de encima y desentumecerse, pero no recuperarse de la enajenación que sentía ni de las náuseas que le provocaba el movimiento de la embarcación, el olor de la brea mezclado con los vahos de grasa que emanaban de la sala de máquinas y con el



tufo a aguas sucias usadas para fregar la cubierta. Miraba el horizonte sin pensar en nada, inmune a la lógica de la razón, el semblante duro, ahondado por una expresión nueva de sombría fijeza, los labios amoratados, los ojos inmóviles, asustados, enfebrecidos, entregados al espectáculo de aquel itinerario sorprendente e inverosímil entre un pasado destruido y un mañana inimaginable. El punto cero de la existencia.

Se incorpora para coger un cigarrillo de la mesita de noche, sólo entonces se da cuenta de lo tarde que es... *El amor se me representa desproporcionado e injusto, con todo su inevitable dolor y la tentación infantil de andar inventando entusiasmos...* Le parece ahora que está mintiendo, como si sus pensamientos pertenecieran a otra mujer y todo lo sucedido fuera independiente de ella misma y ella misma no fuera nada. A veces surgen momentos de descuido en que una persona no se reconoce y se siente también despojada de lo que es ante los otros. Entonces es como si no tuviera nombre. *Tarde o temprano, las cosas acaban por saberse, corren rumores. Un movimiento en falso, una palabra de más y todo se echa a perder. A veces pienso que muchos conocen la historia, me observan a hurtadillas y se cruzan apuestas entre ellos. Quizá alguno entre todos teme verme fracasar, y esto aún es más difícil de entender.*

Ella cierra los ojos y se queda inmóvil durante unos segundos y quisiera no ver, ni oír, ni recordar nada, pero es imposible. El tiempo permanece incrustado en su piel. Lo cierto es que no añora nada de lo que ha dejado atrás, salvo quizá a sí misma, a la mujer que ha sido antes y que cada vez se difumina más imprecisa, como si su naturaleza misma quedara escindida y fragmentada finalmente en Tánger. Cada uno aporta a la ciudad su leyenda personal, la historia que lleva consigo. El silencio que la rodea está lleno de cosas vivas y movedizas que flotan veloces, murmurando ruegos y angustias, variantes del desvelo. Teme volverse loca, con ese sonido como de viento soplando alrededor de su



cabeza. La inquietud que siente no es remediable porque está dentro de ella, alrededor de su conciencia, no en la línea exterior del pensamiento. Es el miedo y la soledad de estar en una ciudad donde nadie la recuerda, en la habitación de aquel hotel, sin fuerza para dormir ni para permanecer despierta. Allanando el camino hacia el presente, acuden a su mente los primeros acordes de un vals, piensa en el joven oficial que la sacó a bailar en la recepción de la noche en el Excelsior. Durante un instante las líneas de su rostro pierden dureza y su mirada parece casi soñadora, como si no fuese demasiado tarde para cualquier cosa, pero enseguida reconvierte el gesto con un amago de burla hacia sí misma. Se contempla en el reflejo del cristal, con una sonrisa insuficiente, desprovista de esperanza. Se levanta y arruga de golpe la cuartilla de papel, como si quisiera desprenderse con furia del motivo de escribirla, de la tarea asidua de explicarse y restablecer confianzas, porque todo fuera ya inexpresable.

Se pregunta por los testigos, los sirvientes del cortijo y los aparceros, sin poder adivinar quiénes contaron y quiénes guardaron silencio, ni cuántos de los hombres que beben en las tabernas de Linares conversarán en voz baja sobre lo ocurrido, añadiendo detalles de su propia cosecha, tergiversando los hechos con malicia o agrandándolos con vana lealtad. Se pregunta cómo ha podido llegar la noticia hasta Tánger, cómo pudo reconocerla aquel militar de bigote, el capitán Ramírez, que se acercó a ella en el cóctel organizado por la Embajada con palabras cargadas de insinuaciones, y aquella actitud enérgica y al mismo tiempo cobarde y cautelosa como la de todos aquellos que están dispuestos a poner un precio a su hermetismo. Ella habla para sí misma, hace cábalas inútiles, está relegada en el fondo mismo de la autocompasión, el lugar más íntimo, el peor.

Apaga la luz y se mete en la cama. Las sábanas tienen un aroma que no logra precisar, pero que la retrotraen a un tiempo lejano de canciones



infantiles... *¿Dónde vas Alfonso XII? ¿Dónde vas triste de ti?/ Voy en busca de Mercedes que ayer tarde la perdí...* Las voces, los olores, un balcón con geranios desde donde se alzaba de puntillas para ver a las mujeres que regresaban de la fuente con cántaros y los niños que cantaban a coro en la plaza. Sin embargo en el recuerdo, todo adquiere una significación distinta, desprovista de candidez, como si lo percibiera desde el fondo de una cueva, bajo un revuelo sordo de crías de murciélagos. Se encoge sobre su propio cuerpo apretando un poco las rodillas, necesitando esa posición embrionaria, porque siente que ahora sí ha llegado de verdad el momento de sentir miedo.



XI

Todo permanece oscuro, cerrado, sumido en la densa expectación que envuelve los espacios pequeños y claustrofóbicos donde está a punto de acontecer algo. La oscuridad es como una venda que se ciñe alrededor de los ojos, negando la imagen. Pantalla negra. En la opacidad angosta suena el timbre de un teléfono, que se alarga en tres vibraciones. Se oye el chirrido de una silla, pasos cortos, unos dedos que palpan a tientas en la penumbra sobre el tablero de una mesa, rebuscando algo con precipitación. Un objeto pequeño y duro cae al suelo produciendo un golpe seco sobre las baldosas, la silla cruje de nuevo y una voz nerviosa y descompasada exclama:

—Diga... Sí, soy yo... De acuerdo... en la Haffa... Sí, en una hora... Adiós.

Garcés tiene la espalda totalmente adherida a la lámina fría de la pared, se mantiene agazapado tras la puerta del gabinete, en el estrecho cuarto donde se guardan los mapas de la sección cartográfica, entre cilindros de cartón de diferentes tamaños, conteniendo la respiración. Ha reconocido la voz del capitán Ramírez. Escucha inmóvil el clip de un interruptor y observa el nacimiento de una tenue rendija de luz amarilla bajo la puerta. En su mente empiezan a encajar algunas piezas. Frunce el ceño comprensivamente, aguza el oído y concentra al máximo la atención, como si quisiera detectar todos los movimientos que no alcanza a ver desde donde se encuentra. Después oye los pasos del capitán



Ramírez, atravesando el despacho y alejándose hacia la salida. Cuando por fin percibe el golpe de la puerta al cerrarse, respira a fondo y afloja el cuerpo, pero espera todavía unos segundos antes de salir de su escondrijo. La estancia está sumida en sombras, con la escasa claridad intermitente que entra por la ventana procedente de los reflectores de las garitas de vigilancia, ráfagas anaranjadas que barren el despacho, manchando en diagonal el gris hosco de las baldosas. Saca del bolsillo del pantalón un encendedor de níquel y pasea la llama por encima de la superficie del escritorio, pero no observa nada que llame especialmente su atención: cuartillas con el membrete del cuerpo artillería, el vade de cuero repujado, un tintero y dos estilográficas, algunos albaranes procedentes de la cantina, un manual de prácticas de tiro... Mira malhumorado los cajones archivadores que están cerrados con llave y se pasa las manos por las sienes, tratando de pensar deprisa. La guarnición está a varios kilómetros de Tánger, en la misma frontera del protectorado español. No tiene tiempo para contar con Ismail y sabe que si acude él en persona a la Haffa, Ramírez lo reconocería al primer golpe de vista. De pronto la chispa de una idea que se le acaba de ocurrir ilumina su mirada.

El recorrido hasta la ciudad lo hace a caballo, atajando por la vertiente de la colina que suelen utilizar los cabreros cuando acuden al zoco de ganado. A su paso siente un intenso hedor de estiércol entre la sequedad de los rastrojos. Le parece oír, por debajo del retumbar del galope, el canto de una cigarra que se prolonga hacia atrás interminablemente como la nube de tierra que deja a su espalda. La oscuridad contribuye a aumentar su estado de excitación. Poco después se encuentra ya en Tánger, en el interior de un taxi, vestido con una amplia chilaba de rayas que deja ver el fondo de sus pantalones y los zapatos. El conductor se dirige hacia el oeste a través de una larga avenida con árboles, entre cuyas hojas brillan pequeñas esquirlas de plata. La luz directa de los



faros, el ronroneo del motor, la calle esquinada hacia la noche... Garcés trata de poner en orden sus pensamientos. Los informes sobre rumores golpistas vinculan la conspiración a los nombres del exiliado Sanjurjo y de Goded, este último en calidad de «jefe del Ejército español», pero a él no acaba de encajarle esto con la intensa actividad en el norte de África, porque tanto Sanjurjo como Goded están en la Península. Se llena la boca con aire, inflando los carrillos, y después deja salir el aire de golpe, con una mueca de perplejidad. Trata de recordar todos los nombres de los destacamentos enumerados por Kerrigan que reciben el boletín de la Entente, pero en ninguno de ellos logra identificar a ningún militar con suficiente carisma para encabezar un movimiento de gran alcance. Suspira de nuevo con resignación, y piensa que en cualquier caso una de las incógnitas no tardará mucho en despejarse. El taxi avanza ahora por un camino de tierra, flanqueado a ambos lados por cabañas construidas con tablones de madera, el último arrabal que enhebra el hilo de la calle. Poco a poco van desapareciendo hacia el fondo las casas blancas arracimadas sobre la *kasbah*, el pavimento se hace cada vez más irregular, surcado por profundas hondonadas que le obligan a bambolearse constantemente hacia los lados. El cielo filtra una débil claridad a través de las ventanillas sucias, que se expande como un manto azuleando los bordes de la ciudad.

Garcés se deja resbalar hacia atrás hasta apoyar la cabeza en el respaldo blando del asiento.

—La Haffa —exclama el taxista al cabo de un buen rato, volviéndose hacia atrás y señalando un muro con un par de puertas, una de ellas abierta al abismo negro del Atlántico.

Garcés avanza por la primera entrada y luego por un sendero empedrado que lleva hacia el mar. A la izquierda hay amplios escalones excavados en la roca y sin barandilla que bajan hasta el nivel del agua.



Son extraños cubículos como habitaciones sin paredes y con esteras de paja colocadas sobre cuatro postes, a modo de tejado. En el suelo, brillan pequeñas lámparas de aceite entre los jergones donde algunos clientes permanecen sentados, fumando kif y bebiendo té, con las piernas cruzadas. Otros están tumbados con los codos apoyados en cojines, de un modo que a Garcés le recuerda las ilustraciones de los festines en la Roma clásica. La mayoría son árabes ricos, vestidos con albornoces y capas de seda. Muchos llevan turbantes blancos o checias de color rojo, lo que da a toda la escena una homogeneidad muy pictórica. Alguien toca lánguidamente un *oud* en la oscuridad.

Garcés distingue al capitán Ramírez, vestido de paisano, en una de las carpas del fondo, conversando con un hombre corpulento de aspecto extranjero. También advierte la presenciare otro individuo nativo, de tez cetrina y ojos saltones, con la cabeza afeitada, que permanece de pie a poca distancia, en segundo plano, como esperando órdenes.

Garcés busca un lugar que le permita observar sin ser visto, a pesar de que se siente amparado por su indumentaria y la semipenumbra del lugar. Finalmente elige un cubil encaramado sobre un saliente elevado que le da una perspectiva amplia sobre todo el local. La brisa del mar remueve una extraña mezcla de aromas en la que apenas se puede diferenciar la fragancia del incienso o del hachís del olor suave a jazmín o del otro, más intenso, a salitre. Un camarero le sirve su té en una tetera metálica con un platillo de hojas de menta. Garcés se inclina sobre la taza sin perder de vista a Ramírez.

No puede oír lo que dicen, pero observa cómo se intercambian una cartera alargada de cuero. El extranjero tiene un rostro cuadrado y astuto, inequívocamente germánico, en el que Garcés reconoce al tipo señalado por Kerrigan en la recepción del Excelsior, pero lo que más le impresiona de él es la fría seguridad que se desprende de sus gestos y



que denota una especie de desprecio absoluto e instintivo, un desprecio que no puede proceder de la inteligencia, sino de algo abyecto y embriagador, más poderoso aún que la codicia. Mueve los dedos en el aire como para dotarlos de flexibilidad, palpa el volumen de la cartera, abre con cautela las correas y saca dos fajos de billetes sujetos con un elástico. Después de contarlos, sonrío fríamente con sarcasmo ondulando las guías del bigote y a continuación cambia bruscamente la expresión, dando un fuerte golpe con el puño sobre la mesa. En el mismo instante el de la cabeza afeitada se vuelve con evidente recelo, las manos separadas del cuerpo, como si aquello fuese la señal que estuviera esperando para intervenir, pero se detiene al no recibir ninguna confirmación, vigilante, sin bajar la guardia. La cara del alemán está a no más de seis pulgadas del rostro desencajado de Ramírez. Luego los dos hombres discuten acaloradamente. Garcés intuye que probablemente hay algún problema con la cantidad de dinero. Observa cómo Ramirez mueve las manos en un ademán que pretende ser convincente y que debe de serlo porque finalmente parece que la expresión de su interlocutor se relaja, y adopta un matiz inesperadamente inmóvil y reflexivo, como si estuviera realizando un gran esfuerzo por ser razonable y por evitar que su genio impulsivo perjudique un negocio beneficioso, fuera de la índole que fuera. Garcés piensa en la posibilidad de que Ramírez haya esgrimido argumentos ideológicos, sacando a relucir afinidades políticas, algún objetivo común o tal vez sólo haya pedido un aplazamiento en el pago, un crédito abierto sobre el futuro. De lo que ya no le cabe ninguna duda es de que Kerrigan ha acertado de lleno en su suposición de que Klaus Wilmer es la persona encargada de gestionar la entrega de suministros, bien por parte de empresas privadas, o directamente del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán. Ni siquiera considera necesario regresar a Tetuán para comprobar el cargamento de las dos cajas de madera ocultas en el sótano de la Comisión Geográfica, tan seguro está ahora de su



contenido. Opina que en el caso de que se trate de material moderno, de reciente tecnología, como sugirió Kerrigan, su envío debería ir necesariamente acompañado de técnicos especialistas, manuales de uso y algún tipo de prácticas de instrucción para resultar efectivo, lo que significa que en adelante deberá estar atento a las maniobras de entrenamiento. Respecto a la procedencia del dinero entregado por Ramírez, se le ocurren más de cuatro fortunas de familias monárquicas que estarían dispuestas a respaldar a fondo perdido una iniciativa contra el gobierno de la República; sólo le queda una duda razonable relativa a los nombres de los implicados y el momento en que tienen previsto actuar, además de la identidad del líder de la sublevación, que continúa siendo la mayor incógnita. El alemán tiene ahora la mano alzada en el aire con el dedo índice apuntando inquisitivamente hacia Ramírez, que lo mira callado, asintiendo.

Garcés no es un tipo especialmente deductivo, pero posee en alto grado la virtud principal de cualquier explorador: un cierto sentido de la inseguridad entendida como desconfianza; algo comprensible sólo por quien en medio de un arenal aparentemente inmutable distingue una lámina opaca apenas perfilada y sabe que en cuestión de segundos, antes incluso de que el barómetro descienda de golpe varios milibares, el polvo habrá cubierto toda la superficie que ya no se alcanza a ver, impulsando miles de partículas en diferentes direcciones a medida que arrecia la tormenta. Sabe que si en ese momento uno se para, la arena lo habrá cubierto antes de que pueda darse cuenta, como cubre todo lo que está inmóvil, enterrándolo para siempre: caravanas, campamentos, aldeas enteras. Es la misma sensación imprecisa que lo inquieta ahora, haciéndolo mirar aquí y allá buscando la dirección que puede tomar la nube negra que apunta sobre el horizonte. Pero la historia es una estructura más compleja que la geografía y en ella no sirven de demasiada ayuda ni los barómetros, ni los contadores Geiger, ni las



líneas trazadas sobre un mapa. No hay derroteros específicos. Se agacha recogiendo la tela de la chilaba por encima de las piernas, sintiéndose más perdido de lo que nunca se ha sentido en el desierto. Levanta el cristal que protege la lámpara y apaga la llama.

Al salir del recinto nota el aire más fresco. Las estrellas se ven muy nítidas, limpias de bruma y Garcés experimenta el reconfortante alivio de encontrarse solo a cielo descubierto. A los lados del camino hay algunos arbustos y matorrales de cardos que blanquean la noche. No es la primera vez que le ocurre; a veces, en determinados momentos, los elementos atmosféricos le alcanzan con tal impacto que los percibe como una sensación física. La tierra lisa, libre de guijarros, bajo el firmamento como una rada inmensa. Se tantea los bolsillos del pantalón a través de la chilaba, enciende un cigarrillo defendiendo la brasa con el hueco de la mano y comienza a descender la colina a través de las sombras, en dirección a la ciudad. La arenisca cruje bajo sus pasos en pequeños estallidos acompasados perfectamente audibles. Garcés se abandona al placer de seguir poniendo un pie delante de otro, como si caminar en la oscuridad fuera una manera de pensar. Según Kerrigan, los informes interceptados por Londres hablaban de un golpe dirigido únicamente a restaurar el orden y sin pretensiones fascistas, ni relacionado con los países totalitarios. Garcés cree que, una vez demostrada la intervención alemana, Inglaterra no podrá seguir haciendo oídos sordos. Le extraña la desconocida inquietud que empieza a ganar terreno dentro de él, no se considera precisamente un experto en política internacional y nunca hasta ahora se había detenido en esta clase de meditaciones. Sin embargo, por primera vez se inclina a pensar que quizá el cosmopolitismo que a menudo había atribuido a Tánger, su capacidad para integrar idiomas, sabidurías y conocimientos dispares, tal vez no fuera más que una trampa. Recuerda con vaga melancolía el mapa de África septentrional que pende en uno de los paneles del vestíbulo del



Hotel Excelsior: Tánger, Fez, Marrakech, Ouarzazate, Asilah... puntos muy débiles sobre la corteza terrestre, inscritos en el papel como las células de un animal prehistórico. Su fe en la cartografía empieza a desmoronarse. ¡Qué fácil resulta emocionarse ante los espejismos que el calor hace rielar en la arena o ante un recinto negro de sodio, los silicatos evaporándose sobre un cráter, las llanuras erizadas de sal, los florecimientos de yeso petrificados y brillantes, todo lo que el tiempo ha ido depositando con paciencia tectónica en los lugares limpios de la tierra!, y «sin embargo —piensa—, no hay nada en la belleza de un paisaje que los hombres no estén dispuestos a traicionar en aras de las naciones».

Lo que ahora pone en cuestión es hasta qué punto este impulso aparentemente diáfano que lleva a algunos hombres a alzar croquis y a trazar rutas, es un fin en sí mismo o, por el contrario, está al servicio de otros intereses. Y se sorprende de pronto de su propia ingenuidad al recordar que la primera vez que Kerrigan le habló del asunto de la conspiración, la idea le pareció un solemne disparate.

A partir de un cierto recodo del camino ya empieza a vislumbrarse, a lo lejos, la línea quebrada de luces que respuntea los bordes de la ciudad, pero todavía se encuentra en una zona vacía. Se nota muy despierto. Al otro lado del mar, la costa de España ni siquiera se adivina, tan próxima y sin embargo, quizá precisamente por eso, condenada. Garcés se siente algo melancólico, desalentado, como un hombre que contemplara ante sí una visión ya inmutable. Trata de rechazar esta sensación volviendo al orden práctico de sus pensamientos, pero por alguna razón la imagen de Elsa Quintana se filtra en ellos de un modo obsesivo, resaltada por arrebatadores espejismos. La recuerda en el vestíbulo del Excelsior, tal como la vio aparecer el primer día, antes de que el deseo se revelase en él con más plenitud que la pura curiosidad: sus movimientos fatigados, una manera especial de llenar el espacio con



su presencia, algo latente que en cualquier caso nada tenía que ver con su aspecto físico, sino más bien con otra clase de atributos; la apariencia grave, ensimismada, las uñas brillantes repiqueteando nerviosamente en el mostrador de admisión, la voz honda y adelgazada con la que pronunció su nombre con aquel tono intransferible de mujer absolutamente individual. No fue eso, sin embargo, lo que más le intrigó, ni su andar cauto, que tal vez la delataba ya demasiado, sino el gesto lívido de los ojos que de vez en cuando se volvían hacia atrás con un rastro de temor anticipado que a pesar de todo no la hacía perder la compostura. ¿De dónde sacarán algunas mujeres esa capacidad para provocar en los hombres el impulso de alargar la mano y ofrecerles un asidero?, se pregunta. Los distintos planos se suceden en la mente de Garcés con una secuencia vertiginosa como los movimientos de un baile, lentos al principio, y después, sin saber cómo, rápidos y confusos, hasta llevarle a la última escena en el cóctel ofrecido por la embajada, en la que el capitán Ramírez sujeta su codo desnudo con una confianza inadmisibles para una mujer de buena reputación, como si tuviera todo el derecho a esa proximidad; y ella alza la mirada despacio, muda igual que una esfinge. La imagina con él, durante los instantes en que los perdió de vista, ocultos entre el ramaje de las plantas, y la figuración adquiere en su pensamiento el encuadre avieso y descentrado de los infiernos oníricos. Se pregunta qué asuntos puede tener ella en común con un tipo de la calaña de Ramírez, qué secretos, qué confidencias o afinidades, por qué, si no es así, accedió a seguirlo hasta el jardín, a la zona de sombras donde nadie podía verlos. Todas y cada una de las insinuaciones que Kerrigan había hecho sobre ella desde el principio se le presentan ahora como algo profético, martilleándole el cerebro con insistencia pertinaz, y teme que al igual que con el asunto de la conspiración tenga que acabar por darle la razón. Necesita urgentemente saber quién ha sido y quién es esta mujer y qué hace en Tánger. Lo



necesita con avidez, como si de ello dependiera el sentido último de su existencia...; y, al momento, las dudas empiezan a cobrar dentro de su mente la intensidad turbadora de una pasión.



XII

La larga calle lateral se cuece al calor del mediodía. Los halos solares reflejan círculos simétricos, transparentes. Burbujas de color naranja sobre los estratos azules. Coronas inmóviles. El aire, pequeñas nubes, los tejados de la ciudad recortados contra ese fondo tórrido. Nuevamente el sol. Su fulgor ilumina en diagonal el flanco de las primeras azoteas. Philip Kerrigan se dirige con paso lento hacia el bazar de Abdullah bin Saiyid. A medida que se adentra en el pasaje, un intenso hedor acre le hace taparse la nariz con la mano. A su lado pasan sin inmutarse las siluetas huidizas de las mujeres con sus caftanes de tonos brillantes, tres hombres de avanzada edad conversan animadamente sentados en el rellano de unas escaleras. Ni unos ni otros parecen percibir el nauseabundo tufo que impregna el aire. Kerrigan piensa que dentro de la medina todos los olores son tan intensos que por fuerza tienen que adormecer la pituitaria de sus moradores. Conforme avanza por la callejuela, la pestilencia va haciéndose cada vez más insoportable. De pronto, en el zócalo de una vivienda, observa con repugnancia unas protuberancias sangrientas adheridas a la pared junto a las que revolotea un enjambre de moscas. Kerrigan tarda un segundo en darse cuenta de que se trata de las cabezas decapitadas de dos gallos con sus crestas impregnadas de plumas. Está a punto de pisar una blanda masa de vísceras y grasa que todavía palpita en el suelo. Tiene conciencia de que normalmente, en cualquier lugar, se hubiera estremecido de asco ante una visión semejante, pero, aquí, por alguna razón, sólo experimenta una



vaga sensación de naturalidad. «Tal vez me estoy aclimatando demasiado», piensa. No es sólo el olor, sino la visión de la sangre y los jirones de carne, lo que le traslada durante una fracción de segundo a otro lugar, mucho tiempo atrás, exactamente al invierno de 1916.

La larga línea de trincheras zigzagueaba en socavones fangosos desde el canal de la Mancha hasta la frontera suiza. Dentro de las zanjas los hombres, cargados con un equipo de más de treinta kilos y con el hígado tan agotado como la moral, hacían frente a los proyectiles alemanes en medio de una densa nube de fosgeno y gas mostaza, los pies insensibles en el interior enmohecido de las botas. Las fuertes lluvias que acompañaron el ataque convirtieron el campo de batalla en un lodazal, la corriente del río Verdún era un puré de arcilla. A intervalos imprevisibles se producían explosiones en las montañas y nubes negras de pájaros salían proyectadas desde los árboles hacia el techo amarillo del cielo. Recostado contra el talud de la fosa, un muchacho escuálido, con el vientre resquebrajado, vomitaba sin esfuerzo. El agujero rosado, abierto en la piel, estaba a la altura de la ingle, rodeado por una pelusa negra como de plumón de pato. No había nada en el barro que se pudiera comer, el muchacho tomó un puñado de tierra y se lo metió en la boca. A lo lejos, las pequeñas aldeas humeaban en la distancia. La herida supuraba un líquido gris y desprendía un vapor infecto que apestaba. El corresponsal del *London Times* penetra en ese olor como si entrara en las aguas de un río. Se sumerge en él y allí no hay ni fondo ni superficie. Sólo una náusea que se expande por su cuerpo desde la nariz hasta la garganta y los pulmones empapándolo todo instantáneamente.

«La muerte hermana a los hombres con los animales —reflexiona Kerrigan— los reduce a su estado fundamental, una cloaca inmundada en la que continúan los procesos químicos.» Ahora camina más despacio, dejando atrás los despojos de las aves degolladas. Un cansancio antiguo le agarrota los músculos de las piernas, pero sin duda es el alma la parte



más cansada de su cuerpo. Poco después se halla ante el portón de madera del bazar que regenta el cuñado de Ismail, atraviesa el patio donde reconoce la disposición de los sacos amontonados y las cajas cubiertas con lonas que vio la primera vez que visitó el local, aunque a la luz del día el espacio le parece un poco menos abigarrado. Sube con decisión las escaleras que conducen al interior de la tienda. Se para en el umbral sintiendo una leve excitación mientras sonrío sorprendido para sus adentros al contemplar de perfil la escena que tiene lugar en una de las esquinas, alrededor de la inevitable mesita de té. A veces la vida resulta previsible de puro imprevisible, se dice. La mujer tiene el rostro medio oculto por la melena que le cae diagonalmente por debajo de los pómulos, va vestida con un traje sastre de color azul marino abierto sobre una blusa de verano y lleva alrededor del cuello un pañuelo salpicado de lunares blancos. Por el modo en que permanece sentada justo en el borde del diván, da la impresión de estar intranquila. Los zapatos de tacón apoyados sólo en la punta sobre el suelo, como si estuviera preparada para levantarse en cualquier momento. Las manos, muy rígidas, aprietan el bolso rectangular y plano que reposa en su regazo, se humedece los labios con expresión de azoramiento pero, hay algo en sus gestos que revela cierto impudor o quizá una determinación imperiosa.

Frente a ella, Abdullah bin Saiyid sonrío mientras le mira de soslayo el escote y mueve la cabeza varias veces en señal de asentimiento. Después acerca la lupa a un objeto que, a juzgar por su interés, podría tratarse de una joya de gran valor. Kerrigan está seguro de que, de un momento a otro, comenzará el largo ceremonial de una negociación interminable en la que tanto el comprador como el vendedor emplearán todos los recursos histriónicos posibles en su puja por subir o bajar el precio. Sus ojos escrutadores se fijan en el rostro de la mujer, ligeramente sonrojado ahora, y un poco alterado quizá ante la inminencia de las lágrimas: la



frente aferrada a algún pensamiento fijo, los labios pesados y mustios forzados en una mueca que trata de ocultar la desazón, su silencio, la vena azulada de la sien por donde fluyen las corrientes secretas de la conciencia. Para algunos hombres la compasión puede resultar más peligrosa que cualquier atributo de la belleza, la contemplación de un ser acorralado les provoca un instante complicado de piedad capaz en algunas ocasiones de hacer bajar la guardia de las fortalezas más inexpugnables, aunque tal vez ésta no sea una de esas ocasiones. De todos modos, hay días en los que el corresponsal del *London Times* desprecia profundamente a las gentes del comercio, le pone nervioso el arte del regateo, odia tanto esa estrategia envolvente como las manos ávidas de los mendigos que en las calles atestadas de gente se cuelgan de su chaqueta y se aprietan contra él.

—Enseguida estoy con usted, señor Kerrigan —dice Abdullah, reparando en su presencia y tratando de mantenerlo alejado del negocio que le ocupa.

Pero Kerrigan ya ha decidido inmiscuirse y avanza con paso seguro hacia la mesa donde tiene lugar la transacción. Sobre el tablero, en un pequeño paño de terciopelo, hay un anillo con diminutos pétalos de oro superpuestos que rodean una corola de rubí de color muy puro, primorosamente tallada. Kerrigan lo toma en sus manos. Sus ojos achicados examinan apreciativamente el objeto, dándole vueltas entre los dedos y después, mirando a Abdullah, hace un gesto de silbar con manifiesta aprobación. El árabe no parece mostrar ninguna intención de subir su oferta.

—Por una pieza así, hasta yo estoy dispuesto a pagar el doble de esa cantidad —dice Kerrigan, dirigiéndose al prestamista al tiempo que hace el ademán de sacar la cartera del bolsillo interior de su americana.



—Lo siento —replica el comerciante frunciendo el ceño en un evidente mohín de desagrado—, pero la señorita no quiere vender el anillo: se trata sólo de un depósito temporal. ¿No es así señorita Quintana?

—Sí —balbucea ella en un tono apenas audible, bajando la cabeza hacia el bolso y punzando nerviosamente el cierre con la uña—. Es decir..., yo...

Vuelve a humedecerse el labio inferior sin dejar de darle vueltas al bolso y calla.

Kerrigan decide sentarse, aunque nadie le ha invitado a hacerlo. Al momento, un muchacho muy joven se acerca con varios almohadones y los distribuye a lo largo del diván. El periodista se dirige a la mujer con la expresión más afable que es capaz de armar en su curtido rostro, sonriendo con aire paternal y tratando de infundirle confianza.

—Continúe. ¿Qué es lo que iba a decir?

—Nada —responde ella lacónica.

Kerrigan ve los destellos que emiten los ojos de la mujer, la mira reflexivo, como si intentara catalogarla. Después de unos segundos de escrutinio, que ella soporta silenciosa e inmóvil, se decide a preguntarle por los motivos que la han llevado a empeñar el anillo. Lo hace de un modo tranquilizador, casi profesional, lo mismo que haría un médico al dirigirse a su paciente.

El muchacho que les había proporcionado los cojines regresa ahora con una bandeja y la deposita sobre la mesa: la tetera, tres tazas pequeñas y algo desportilladas, y un platillo con higos secos.

Elsa Quintana, con la voz ligeramente temblorosa, pero en un tono corriente, sin énfasis, como quien expone en voz alta una lección aprendida, comienza a explicar una rocambolesca historia sobre una deuda familiar y una herencia. Kerrigan la observa de refilón esbozando



una sonrisa incrédula que mantiene agazapada en la comisura de los labios durante todo el tiempo que dura el relato. El corresponsal del *London Times* no puede dejar de darle la razón a su amigo Garcés en cuanto a los méritos de la dama. Se da cuenta de que la belleza de ella no proviene tanto de la configuración de los rasgos como del significado implícito de su semblante, a veces casi excesivamente ponderable. Pero, al mismo tiempo, hay en ella algo irregular, como la distancia que le separa los ojos o la frente demasiado amplia o el mohín de desdén que le curva el labio superior con una leve hinchazón. Kerrigan piensa que si existe un punto en el que resulta irremediabilmente atractiva, es precisamente por esa serie de desajustes que la salvan de ser hermosa.

Al principio los dos hombres la escuchan afectando una especial atención. Kerrigan siente más curiosidad por la forma en la que ella traba el relato que por el relato en sí. «Vaya —piensa con cierta melancolía—, otra a la que también le gusta el juego de las mentiras.» Y la observa en silencio, frotándose las mejillas hacia arriba en el sentido contrario a la barba, un poco decepcionado por el simulacro fallido de sinceridad, pero intrigado por el final que ella haya podido improvisar para su hipotética historia.

De nuevo, los gruesos dedos de Abdullah se mueven con presteza alisando el paño de terciopelo sobre el que reposa el anillo.

—Coja el dinero y no se preocupe, el interés es razonable. Hágame caso, la vida en Tánger para una mujer como usted requiere una posición desahogada. Además su joya estará a salvo en mi almacén hasta que pueda venir a recuperarla.

Elsa Quintana busca los ojos empequeñecidos y arrugados de Kerrigan con un fondo de súplica en los suyos. El periodista siente crecer en alguna parte de su cuerpo esa vanidad tan masculina que impulsa a los hombres a salir en defensa de una dama en apuros. Sin embargo,



permanece en silencio, buscando con la lengua las semillas de los higos entre los dientes. El sabor de los frutos le resulta especialmente agradable pero por alguna razón no le apetece sentir placer, ni salir de su apatía. Algo le obliga a aferrarse al recuerdo de las cabezas de los dos gallos aplastadas contra la pared con su amalgama de sangre y vísceras. La sensación le produce un revoltijo en el fondo del estómago que le hace fruncir la boca. Prefiere sentir asco a placer. Está en su punto álgido de lucidez y cinismo.

La mujer se pone en pie impulsivamente y le ofrece la mano a Abdullah.

—Gracias. Lo pensaré mejor —dice recogiendo el anillo y colocándoselo de nuevo en el dedo.

—De nada —responde el árabe sin poder evitar un gesto contrariado—. Ya sabe dónde encontrarme si cambia de opinión —añade variando la voz por otra más endulzada y persuasiva.

Kerrigan se levanta indeciso apartando los almohadones de cretona, sin saber aún si irse o quedarse. Había acudido a la tienda con la intención de sonsacarle al cuñado de Ismail algún dato más sobre el asunto de las cajas, pero viéndolo así, con las manos crispadas sobre su vientre de mandarín y el gesto malhumorado, presto a imprecarlo con maldiciones, piensa que tal vez Abdullah no se encuentre en la mejor disposición de ánimo para intercambiar confidencias con él. Además, por otro lado, está el misterio de la mujer, algo inaceptable que lo impulsa a seguirla. Otra vez la vida empieza a bifurcarse, a tener distintos sentidos, múltiples posibilidades, que acaso milagrosamente confluyan. Finalmente, hace un gesto vago con la mano y se decide a caminar por el corredor central de la tienda detrás de ella, con los ojos clavados en la costura negra, un poco ladeada, de las medias.



—Espero que la próxima vez no interfiera usted en mis asuntos —dice el prestamista desde la puerta, confirmando sus temores.

Ya en el exterior, Elsa Quintana y Kerrigan avanzan despacio, bastante separados. Hacia el oeste penden del cielo macizas nubes oscuras que flotan en la atmósfera desde la mañana. A su lado, van pasando figuras y voces. Bajo los árboles de una plaza, varios hombres en cuclillas abanicán pequeñas hogueras sobre las que hierve el agua para hacer el té. Dos muchachos cogidos de la mano se cruzan en dirección contraria, uno de ellos se ríe a carcajadas, mostrando una dentadura blanca y prominente. El periodista y la mujer toman la rue de la Marine, pasan costeando la Gran Mezquita y llegan a la terraza de Bordj el Marsa, donde las mesitas y las sillas de los cafés al aire libre ocupan buena parte de la explanada, bajo las palmeras. Kerrigan se vuelve hacia Elsa Quintana, y señala con la mano una de las mesas con ademán de invitación. Los ojos de ella no han perdido la expresión decepcionada, un óvalo oscuro bordea sus párpados. Parece abatida por esa clase peculiar de desilusión que saben dejar traslucir las mujeres cuando alguien de quien esperaban más desciende por debajo del mínimo de la vulgaridad.

—Le vendrá bien tomar algo —reconviene Kerrigan mientras separa la silla caballerosamente.

—Gracias.

—Y ahora cuénteme en qué clase de lío está usted metida.

La mirada de Kerrigan brilla con la sagacidad malévola del periodista de raza.

—No comprendo bien lo que quiere decir.

—Usted no es exactamente la clase de persona que pretende aparentar, ¿verdad? Todo lo que le ha contado a Abdullah es una patraña admirable. Esos modales distinguidos, los balbuceos y todo lo demás.



Hay algo en usted que induce a sospechar. No tiene aspecto de haber llevado mala vida y sin embargo...

—Peor de lo que pueda imaginar —le interrumpe ella.

Tras unos momentos en los que parece confundida. Elsa alza la cabeza impostando una risa sorda, ligeramente burlona, tan llena de desdén hacia sí misma como vacía de alegría.

—No se ha creído ni una sola palabra de lo que les he contado en la tienda, ¿no? Pues ha acertado: no era más que un cuento. Pero si quiere saber la verdad se la diré.

Ahora está inclinada hacia adelante y sus ojos permanecen fijos en los de Kerrigan, insólitamente brillantes.

—En realidad, soy una mujer peligrosa —dice con un punto de mofa en la voz como si quisiera hacerle creer que está bromeando—, me buscan por dos asesinatos, además de varios altercados y actos contra la autoridad. ¿Le gusta más esta versión que la de mujer indefensa?

—Tampoco exagere. Una persona tan delictiva —dice Kerrigan, alargando mucho el adjetivo— no tendría ningún reparo en empeñar su anillo de compromiso. Además a mí me da igual —añade encogiéndose de hombros— y, por otro lado, quizá no fuera bueno para usted ser de verdad indefensa.

—¿Cómo sabe que se trata de mi anillo de compromiso?

—Soy periodista. Me pagan por observar. Si quiere que la ayude tendrá que contármelo todo.

—Un hombre me está extorsionando. Es todo lo que puedo decirle, de momento. Sé que no tengo derecho a pedirle que se fíe de mí, pero se lo pido. Yo también me he informado sobre usted, señor Kerrigan. No es tan cínico como a veces quiere parecer. La gente aquí lo respeta. Tiene muchos recursos, contactos con personas importantes y no se asusta



fácilmente. Además, el azar lo ha puesto en mi camino —sus pupilas ahora se mueven inquietas debajo de las pestañas como si estuviera haciendo un verdadero esfuerzo por encontrar las palabras adecuadas—. No tengo amigos en Tánger y... —la voz vacila con un ligero temblor— necesito que me ayude.

Kerrigan deja de contener la respiración, y alzando las cejas expulsa el aire entre los labios fruncidos, lo que en su código gestual viene a significar que el discurso de la mujer le ha parecido, si no convincente, al menos suficientemente halagador.

—Bien, no tengo inconveniente en ayudarla, pero no será mucho lo que pueda hacer si no sé de qué se trata. Así que usted dirá.

—Debo entregarle una suma de dinero antes del sábado o de lo contrario...

—De lo contrario, ¿qué? —la apremia Kerrigan.

Elsa cierra los ojos con expresión de abandono.

—Me siento tan cansada —dice por primera vez con verdadera sinceridad—. Cansada de todo, de mí misma, de esperar, de pensar qué debo hacer y qué no debo hacer —y apoya la cabeza entre las manos sin despegar los párpados.

—Ahora sí está siendo usted peligrosa —murmura Kerrigan en voz muy baja, apartándole con suavidad un mechón de pelo de la frente.

La mujer alza la cara: sus iris se mueven con una leve palpitación, como si estuviera intentando rehuir la mirada de Kerrigan y no lograra hacerlo. Alrededor, los plomos violentos del cielo, la barahúnda del mediodía en el mercado de frutas, un murmullo de grillos aprisionados dentro de una caja.



Kerrigan saca una tarjeta del bolsillo en la que está escrita su dirección con grandes letras de imprenta y la pone en la mano de ella, demorándose intencionadamente en el ademán.

—Cuando esté dispuesta a hablar, puede encontrarme aquí —declara recobrando el tono neutro.

En el horizonte van amontonándose arremolinadas las nubes. El corresponsal del *London Times* se tantea el pantalón buscando los fósforos mientras abandona la terraza, contorneando el círculo de mesas. A lo lejos se oye el canto de los muecines en tres partes diferentes de la ciudad. Camina con lentitud, con la vista fija en el suelo. Tal vez se siente demasiado viejo y cansado para aprender a amar de nuevo.



XIII

Ahora la luz ha declinado, negreando hacia Gibraltar y el cabo Espartel. El tiempo se ha ido demorando por encima de la ciudad, alargando sus sombras. Los olores del atardecer flotan empozados en el aire cargado de humedad y de otras exhalaciones más sutiles. La proximidad de la noche despliega su espionaje por todos los rincones de la medina. Escasos faroles alumbran sesgadamente algunas fachadas proyectando su luz fantasmal contra los aleros. El crepúsculo cae por encima de los zaguanes con la redención del agua, apenas hay gente en los cafés a esta hora y, por las calles, sólo fugaces chilabas apresuradas, algún vendedor de arroz caliente bajo los toldos. Lluve sobre Tánger.

Elsa Quintana camina deprisa, pegada a las paredes, mirando a su alrededor las figuras distantes, tapadas, que se deslizan en silencio con las manos escondidas en las bocamangas de sus caftanes. La ciudad le parece otra, así, sin voz, despojada de la habitual algarabía de vendedores y animales, sin el martilleo del hierro templado sobre el carbón, ni el rodar de los tornos, ni el sonido ululante de los cantos entonando plegarias. Sólo el chapoteo sordo de las goteras continúa monótono sobre las piedras como si las piedras mismas estuvieran gimiendo. Siente el cuerpo escalofriado, preso en el embrujo de la noche invernal. Piensa en el hombre, en el periodista inglés que conoció por la mañana en el bazar. Hay algo en él que le inspira tranquilidad. No sabe exactamente qué. Tal vez los ojos o la forma en que los fija cuando habla



y también al tomar distancia, alzando una ceja recta desde el ceño. No le parece uno de esos individuos de trato fácil; sin embargo, intuye cierta solidez en sus gestos secos, de una rudeza exageradamente varonil que la atrae y la molesta al mismo tiempo. Trata de darse ánimos y encontrar razones, indicios, pequeñas señales que la reafirmen en la decisión que ha tomado. En cualquier caso, no tiene otra elección.

En el número 7 de la rue des Chrétiens Elsa Quintana se sacude la lluvia del pelo. Mira a su alrededor con timidez, la habitación está débilmente iluminada por una lámpara lateral cubierta con una gasa azul. Mientras espera, pasa revista al cuarto: el mapa clavado en la pared, la puerta del armario entreabierta, que deja ver las camisas sucias amontonadas en un extremo; una bandeja con platos y cubiertos usados sobre la mesa; la pila de diarios junto a la cabecera de la cama. Philip Kerrigan, avanza desde el fondo del pasillo sin ocultar su sorpresa ante la visita.

—Disculpe por el desorden. No esperaba que viniera hoy.

—He estado pensando en lo que me ha dicho esta mañana —dice ella midiendo con cada palabra la distancia que la separa del periodista, sin calibrar bien lo que le resta de orgullo después de haberse decidido a acudir al apartamento.

—¿Y bien?

—No puedo contarle más de lo que ya sabe. No puedo —repite con persistencia, como si tratara de convencerse a sí misma—. Más adelante se lo diré, pero ahora tiene que confiar en mí.

—¿Me está pidiendo confianza o dinero? —inquire Kerrigan con una voz lenta y sarcástica que es puro hielo.



El silencio que sobreviene a continuación está cargado con la larga reflexión íntima de alguien que está a punto de dar un mal paso y ve pasar velozmente ante sí el curso entero de su vida.

—Le estoy pidiendo ayuda. He apelado a su caballerosidad. ¿Qué más puedo hacer? —pregunta acercándose al periodista con el pañuelo de lunares desanudado y abierto sobre el triángulo del escote; los ojos ambiguos, brillantes de vergüenza.

Las dos caras están ahora muy próximas, la barbilla de ella permanece alzada en un ademán que tiene tanto de altivez como de ofrecimiento. Kerrigan la mira ladeado, saboreando durante décimas de segundo su aliento cálido, la actitud sumisa, el perfume que emana de su piel, los ojos entornados e indecisos o quizá sólo expectantes. Tal vez el mayor desafío para la mujer consiste en saber hasta dónde puede llegar por sí misma o hasta qué extremo la vida es capaz de envilecerla. Permanecen así, de pie, en silencio. La proximidad de los cuerpos hace más intensa la frontera entre ellos, el espacio en el que se desiste del contacto físico. Ambos se miran tratando de mantener a raya la pulsión que está allí contenida: orgullo, deseo o desdén. Nunca se sabe a ciencia cierta qué es lo que anida dentro del corazón humano porque el hombre carece de la improvisación animal ante el mundo. Los ojos azules y hundidos del periodista tienen una expresión fría, pero la mandíbula refleja que todos los músculos faciales están crispados y en tensión. A continuación saca con desgana un fajo de billetes de su cartera y lo deja sobre la mesa del escritorio. Después avanza varios pasos hacia la ventana, el perfil fatigado por el peso de los hombros, las manos hundidas en los bolsillos, impasible y tenaz en su permanente monólogo interior. Se queda inmóvil de espaldas a la mujer, contemplando el volumen colmado de las nubes, las pequeñas gotas en el cristal, los alambres vacíos de las terrazas, el horizonte nocturno y gris, de un gris plomizo, casi sólido, sucio y opresivo. Piensa con vaga tristeza en el cielo de las ciudades que



conoce, pueblos, lugares en los que quizá estuvo sólo una vez, viejos cuartos de hotel. Piensa en las noches con sus complicados placeres y en todas las vidas posibles que acaso él no vivirá nunca.

—Lo siento, me equivoqué al venir aquí. Creí que era usted un caballero —dice ella con una voz en la que hay dolor y ofensa, pero ya no desesperación.

Después Kerrigan escucha sin volverse el golpe seco de la puerta al cerrarse, echando de menos el sórdido temblor que había reinado en el cuarto apenas durante unos minutos.

Cuando se da la vuelta, es ya un hombre vencido. Las arrugas de su frente son mucho más pronunciadas, los ojos no expresan nada, simplemente miran sin satisfacción ni esperanza, los dientes apretados, la sombra oscura de la barba envejeciéndole el rostro. Sobre la mesa del escritorio el fajo de billetes está exactamente en el mismo lugar en que lo dejó.



XIV

—Vamos, no me diga... —la voz del periodista suena con un inevitable matiz sarcástico—, como si la Embajada no tuviera constancia de la llegada al puerto de Tánger de varios de estos cargamentos.

—Da usted demasiada importancia a los rumores.

Sir George Masón pronuncia estas palabras observando de frente al corresponsal del *London Times* desde el otro lado del escritorio. Es un hombre grueso, de unos sesenta años, algo calvo, con enormes carrillos rosáceos que dan la impresión de no haber necesitado nunca un afeitado y ojos pequeños y astutos.

—Además —añade—, no creo que Alemania e Italia sean capaces de ejercer una influencia sobre la política española que pueda poner en peligro los intereses del Reino Unido y, si así fuera, no dude de que tenemos los medios apropiados para defendernos.

—Claro, por supuesto. No voy a ser yo quien ponga en cuestión la indiscutible superioridad militar de la Royal Navy —replica Kerrigan con su habitual socarronería—> pero ¿no cree que sería mejor controlar la situación antes de llegar a esos extremos?

El cónsul británico se lleva el cigarro habano a los labios con actitud lenta y reflexiva, se lo quita, mira cómo arde el círculo encendido de la brasa en el extremo y se lo vuelve a llevar a la boca con la misma parsimonia antes de responder.



—Los informes a los que se refiere —esgrime el cónsul dando muestras de hacer acopio de toda su paciencia— fueron objeto de un atento examen por funcionarios diplomáticos del Foreign Office, y además han sido remitidos a otros ministerios como el de la Guerra y al departamento de Comercio y Exportación. Créame, de momento no hay nada por lo que preocuparse.

El diálogo transcurre en el interior de uno de los despachos de la primera planta del consulado británico en Tánger. La claridad grisada del exterior entra tamizada a través de las cortinas de color cereza y le da a los objetos una tonalidad extraterritorial que a Kerrigan le hace pensar en el mobiliario de una antigua plantación: el gran ventanal abalconado, sus pequeños vidrios en el dintel del arco, la mesa de palorrosa, un guerrero masai tallado en ébano. Sobre la pared del fondo, destacan inequívocamente los símbolos del imperio. Junto al mástil con la bandera enrollada, pende un óleo de gran tamaño del rey Jorge V a caballo, blandiendo un sable con la mano derecha mientras con la izquierda sujeta la brida del corcel, la misma imagen que reproducen en miniatura los sellos de cinco peniques. A través del tabique que separa el despacho de las oficinas, se oye el sonido de las máquinas de escribir, una conversación sobre pasaportes, ajetreo de funcionarios, idas y venidas. El corresponsal del *London Times* reconoce por un momento algo vagamente familiar, no sólo por el idioma, que le recuerda el ambiente de la redacción del periódico en Bloomsbury Square. La vieja eficiencia británica, laboriosa y obstinada como el diagrama de un enjambre. Más allá de la ventana se distinguen los altos plátanos de la Place de France, sus copas redondas, las manchas fugaces de las bandadas de pájaros que surcan el cielo formando extrañas geometrías. Kerrigan se levanta y empieza a pasearse de un extremo a otro, eligiendo cuidadosamente los cuadrados de baldosa para cada paso.



—Conoce tan bien como yo la tensa situación que está viviendo la República española, y la existencia de grupos militares que conspiran contra el gobierno constitucional.

Al mismo tiempo que habla, Kerrigan vigila al diplomático con una mirada cargada de sobreentendidos.

—Si quiere saber mi opinión sobre lo que ocurre en ese país —ahora las manos del cónsul, blandas e hinchadas, repletas de manchas pardas en el dorso, acarician el filo repujado de la mesa con un ademán repetitivo e involuntario—, le diré que no creo que a estas alturas exista ninguna posibilidad de una solución pacífica a la crisis. La República ha demostrado su incapacidad para evitar la revolución social y la nación está cada día más dominada por el bolchevismo. Desde mi punto de vista, una intervención controlada del Ejército para restablecer el orden, como ocurrió en 1923 con el general Primo de Rivera, no sería la peor de las soluciones. Tenga en cuenta que el ejército español cuenta con una profunda tradición liberal desde el siglo pasado y amplios sectores de la oficialidad profesan gran admiración hacia la historia militar de Inglaterra.

—¿Está diciendo que una dictadura militar en España sería conveniente para los intereses del Reino Unido? —pregunta Kerrigan incrédulo, deteniendo sus pasos súbitamente y dirigiéndose a su interlocutor con una mueca de estupor.

Alrededor de ellos, negras e impunes en la atmósfera del despacho, flotan las palabras.

—Si quiere interpretarlo de ese modo —concluye finalmente sir George Masón, frunciendo el ceño y rebulléndose incómodo en el sillón.

Kerrigan levanta la cabeza. Su mirada gris adquiere durante un momento una rigidez mineral. Después, avanza unos pasos, apoya las dos manos en el borde del escritorio dejando descargar en ellas todo el



peso de su cuerpo inclinado hacia adelante y comienza a hablar sin alzar la voz, pero modulando con énfasis la entonación.

—Francamente, he de admitir que realmente ha conseguido usted sorprenderme. Nunca hubiera imaginado que el Whitehall, con la excusa de una cruzada antibolchevique, pudiera llegar a mostrarse tan permisivo ante las actividades nazi-fascistas en el comercio de armas.

—Yo no he dicho eso —replica el representante del gobierno británico visiblemente molesto.

—¿De verdad creen ustedes que la intervención de Italia o Alemania en el asunto español será inocua para los intereses británicos? ¿Se han parado a pensar que tal ayuda podría ser pagada con compensaciones territoriales o con materias primas: hierro, cinc, mercurio, tungsteno...? —dice remarcando enfáticamente esta última palabra—. Y aun en caso de que no fuera así, ¿cree que si España entrase dentro del Eje ítalo-germano se podrían seguir manteniendo las cuantiosas inversiones británicas y la hegemonía sobre el comercio exterior español de las empresas del Reino Unido? Eso por no hablar de la seguridad de Gibraltar como base naval ni de la alteración del equilibrio europeo, ni de la posibilidad de una segunda guerra. ¿No se les habrá escapado, por ejemplo, que Francia quedaría con tres Estados fascistas en sus fronteras?

—Vamos, vamos, no sea usted catastrofista —replica el cónsul poniéndose en pie y saliendo entre el lustroso sillón de cuero y la mesa—. Si España continúa con su proceso de soviétización eso sí que supondría el fin de nuestro dominio financiero en el país por muchos años. Además entre los militares españoles no hay, que yo sepa, ningún peligroso político doctrinario como Adolf Hitler, ni ningún imprevisible demagogo fascista como Benito Mussolini, sino profesionales prudentes, conservadores, nacionalistas, que si se deciden a intervenir será sólo para combatir el caos y el espectro del comunismo.



—Carezco de fe —dice Kerrigan torciendo la boca con una sonrisa agria—. Nosotros, los ingleses, somos un pueblo sin fe. Puede que algún día tengamos una mística —añade enigmáticamente sin preocuparse demasiado porque el cónsul entienda el significado de su reflexión.

—¿Qué quiere usted decir?

—Nada. Ahora comprendo que gran parte de la actividad diplomática consiste en permanecer sentado, sin actuar, esperando sólo a que suceda lo que podía haberse evitado. Tal vez toda esta conversación no ha sido más que un complicado disfraz con el que usted trata de ocultar algo que yo todavía ignoro —Kerrigan hace una pausa, y sosteniendo el cigarrillo entre dos dedos en alto, añade—: algún día se darán cuenta de adonde nos ha llevado a todos la farsa de esta política de ojos cerrados. Pero entonces será demasiado tarde.

Mientras sale del despacho y se dirige a las oficinas administrativas con la" disculpa de renovar su pasaporte, Kerrigan piensa en el largo artículo que el *London Times* no publicará. Considera que si la gran baza diplomática de los golpistas consiste en convencer al gobierno de Su Majestad de que su movimiento va dirigido contra un soviet virtual y que por lo tanto el régimen republicano no merece ningún apoyo de los Estados democráticos, entonces los conspiradores han logrado su primer objetivo. Está convencido de que en el orden político, los llamados *principios o ideales* no existen como algo independiente de la realidad o vinculado a determinados valores espirituales: la libertad, la justicia o el sentido del honor. Tal vez también sea ingenuo pensar que tales valores puedan existir por sí mismos en el terreno personal.

Kerrigan reflexiona de una manera vaga y sin método. Con el desaliento regresa a su mente un estremecimiento súbito de autodesprecio. Piensa que cuando uno choca consigo mismo, con un acto o una palabra que pronunció sin entender bien el motivo, y el tiempo



pasa y el entendimiento no llega, entonces busca resarcirse en sucesos grandes y ajenos, acontecimientos que con su magnitud lleguen a ocultar la pequeña responsabilidad individual. Es una manera inconsciente de guardarse de los propios errores que no hay posibilidad de enmendar. Un mecanismo zafio pero humano.

En las dependencias administrativas, Kerrigan saluda con familiaridad a una de las secretarias, mientras le entrega el pasaporte. Intercambian unas cuantas frases intrascendentes. La mujer toma el documento de 94 páginas con pastas azules y doradas, imprime un sello con el certificado de prórroga en la última hoja y, antes de devolvérselo, introduce subrepticamente en su interior un papel de cable cuidadosamente plegado.

Afuera, un sol tibio amarillea el asfalto todavía húmedo por las lluvias de los últimos días. Pasadas las legaciones extranjeras, en las zonas más umbrías quedan restos de algunos charcos sucios. Kerrigan contempla la superficie marrón del agua al pie de los altos bloques de apartamentos recién construidos con una punzante sensación de agravio. De la lluvia estancada le viene por asociación el recuerdo de Elsa Quintana, el cabello mojado, los ojos quietos, alguna cosa allí contenida, el punto exacto en que la desorientación cruzó su rostro y él la interpretó como una argucia malévolamente femenina en su intención. El corresponsal del *London Times* siente que hay algo en la naturaleza de las mujeres que resulta profundamente equívoco: su facilidad para hacer confidencias a los extraños, una especie de amoralidad o código indescifrable que tantas veces le ha inducido a error. El propio énfasis del cuerpo cuando se insinúa es una de esas armas, más mortífera cuanto más inocente e instintiva e inexplicable. Odia ese sentimiento lo mismo que odia los artículos que escribe con habilidad trivial, la búsqueda de datos, nombres, correspondencias. Aborrece la profesionalidad que le empuja a seguir a una mujer por la información que pueda procurarle. Desprecia



su espíritu suspicaz y depredador, inadecuado para expresar lo que siente, o peor aún, inadecuado para sentir, un defecto que se le ha albergado en el alma y que a lo largo de toda su vida ha intentado acallar para quedarse donde quería estar, en una especie de distancia del mundo, un lugar personal e inmutable en el que permanecer a salvo de las emociones.

Kerrigan se dirige hacia la medina caminando por el lado soleado de la plaza, entre las briznas de luz, con el cuello levantado y las manos hundidas en los bolsillos de la americana. Los árboles de los jardines están cuajados de pájaros que inundan la atmósfera de un gorgojeo ensordecedor. Desde que empezaron las lluvias, la temperatura ha bajado considerablemente y el aire se ha vuelto más fresco ya impregnado de olor a carbón y a cáñamo. Deja atrás los restaurantes de la rue de la Liberté, las oficinas y los quioscos de prensa. Tuerce a la izquierda por una de las callejas laterales donde varios mozos fuman kif al pie de los carros tirados por mulos, a la espera de ser reclamados para transportar algún equipaje. Cuando llega al bazar se encuentra con que el portón del patio está abierto. Bidones, palas de fogón y piezas herrumbrosas tapadas con lonas viejas permanecen amontonadas contra los muros con el aspecto decrepito de los talleres de desguace. El corresponsal del *London Times* llama dos veces a Abdullah, pero no obtiene respuesta. Mientras curioseaba entre el material de desecho, ve aparecer en el extremo de la escalera que da a la tienda al ayudante del prestamista, un muchacho larguirucho ataviado con una gastada chilaba de tela de saco, que le invita a entrar. En el interior del bazar los tapices permanecen aún enrollados, las estereras sin desplegar y las valijas cerradas con correas. Por lo demás todo está igual, los mismos almohadones de cretona sobre el diván, la alfombra de color rosa pálido con una trama mohosa en una esquina, donde la humedad oscurece el tejido. Hasta la lamparilla de aceite continúa en el mismo lugar. De todos



modos el espacio le parece a Kerrigan menos agobiante que la última vez.

—¿Está el señor Abdullah? —pregunta Kerrigan.

El chico menea la cabeza hacia los lados. Tiene los ojos hinchados y el pelo revuelto como si acabara de despertarse. Con un gesto de la mano indica cortésmente al periodista que tome asiento. Una gata de pelaje atigrado maúlla debajo de la mesa. Kerrigan intenta acariciarla, pero el animal emite un gruñido y sale corriendo hacia el otro extremo de la tienda.

Al poco rato, por la puerta lateral que comunica con la vivienda, aparece Abdullah bin Saiyid con las manos tendidas esgrimiendo una amplia sonrisa que Kerrigan no sabe muy bien cómo entender ya que esperaba encontrarlo algo reticente después del último encuentro.

—Pasaba por aquí y pensé... —miente el periodista.

—Me alegro de que haya venido. Puedo ofrecerle té o whisky si prefiere.

—¿No lo prohíbe el profeta?

—El profeta no tenía mayor conocimiento del whisky. Debemos interpretar sus palabras con un criterio moderno.

—De todos modos prefiero té, gracias —sonríe Kerrigan—. Es un poco temprano para empezar a pecar.

Abdullah hace una seña a su ayudante que al momento se acerca con una tetera humeante.

—¿Así que pasaba por aquí?

—Bueno, no exactamente —reconoce el periodista; y añade diplomáticamente—: a decir verdad quería disculparme por mi intromisión del otro día.



—Ah, se refiere usted al asunto de la señorita española... Una mujer realmente interesante —exclama admirativamente Abdullah mientras se echa hacia atrás recostando la cabeza en el respaldo del diván.

La túnica adherida a los muslos le marca una profunda hendidura bajo el vientre.

—Ayer mismo estuvo aquí, vino acompañada de un hombre de uniforme, un tipo malencarado. Ella parecía un poco... inquieta.

—¿Empeñó finalmente el anillo?

—Por supuesto, pero no se preocupe: le ofrecí una cantidad más que razonable. No quiero que piense que pertenezco a esa clase de hombres capaces de aprovecharse de una dama necesitada. ¿Quiere verlo de nuevo?

Abdullah se dirige hacia una de las vitrinas sin esperar respuesta y le muestra la pieza sobre un paño negro de terciopelo. Kerrigan toma la joya en sus manos, examinando la piedra dura y brillante al trasluz como si la viera por primera vez.

—¿Cuánto quiere por él?

—Todavía no está en venta. Le prometí a la señorita que lo mantendría durante unas semanas.

El periodista saca varios billetes del bolsillo interior de la americana y los deja en el centro de la mesa. Abdullah niega con la cabeza esbozando una sonrisa obscena en la que relampaguean sus dos molares de oro.

—No querrá que falte a mi palabra por una cantidad de dinero tan escasa.

Kerrigan extrae algunos billetes más de su cartera y los añade al montón que reposa sobre la mesa.



—Bueno —sonríe Abdullah amablemente recogiendo el dinero—. Esto ya es otra cosa.

El corresponsal del *London Times* envuelve cuidadosamente el anillo en el interior del paño y se lo guarda en el bolsillo. Mira a Abdullah con la desagradable sensación de que el árabe ya contaba con que él acabaría por hacer exactamente lo que había hecho. De todos modos tener el anillo en su poder le reconforta de una extraña manera.

—Y ahora que ya hemos cerrado nuestro negocio, le diré gratuitamente algo que puede interesarle. Su gobierno tiene agentes por toda la medina. Se gasta el dinero con cualquier árabe o judío que le cuente mentiras. Y luego telegrafían esas informaciones falsas a su país. Voy a hablarle con franqueza, las cajas que le mostré el otro día...

—Me he dado cuenta de que ya no se encuentran en su almacén —le interrumpe Kerrigan.

—Bueno, sí. Hay mercancías que no deben permanecer mucho tiempo en el mismo lugar. Quería decirle que la materia prima es de origen español pero la fabricación es alemana. Los alemanes son expertos en circuitos eléctricos ¿Ve este refrigerador? —dice incorporando con cierto cuidado su voluminoso cuerpo, y señalando un recipiente rectangular—. Es un regalo personal del señor Wilmer.

—¿Por qué me cuenta todo esto?

—Señor Kerrigan, usted es inglés. Los ingleses siempre han sido neutrales y buenos clientes. Además usted se porta bien con mi cuñado. Los árabes tenemos un gran sentido familiar y, en cualquier caso, los asuntos entre europeos a nosotros no nos conciernen en nada.

—Salvo en lo que se refiere a las transacciones comerciales, supongo.

—Ah, amigo —sonríe el árabe—, veo que va usted comprendiendo. Si algo desagradable ocurriera en Tánger, los oficiales coloniales nos



echarían la culpa a nosotros. Quiero que usted sepa que no sentimos ninguna inclinación por nadie. Sólo estamos dispuestos a colaborar con aquel que nos proponga mejores negocios.

—Entiendo —responde Kerrigan poniéndose en pie para irse.

—Tenga cuidado —dice el prestamista, tocando tímidamente la manga del periodista—. Le tengo aprecio. No me gustaría que sufriera usted ningún percance.

Cuando Kerrigan sale al exterior una gruesa gota de agua le moja la chaqueta a la altura del hombro. En el alero hay una canaleta rota que chorrea como un grifo. Vacila un momento y después sale caminando despacio detrás de un carro con tinajas de leche que ocupa todo el ancho del callejón y va bamboleándose entre los baches. Mira hacia arriba con aprensión, como quien trata de escudriñar algún indicio, pero en el espacio estrecho por encima de los tejados no hay nada más que un rectángulo de cielo ondulante y blanco.



XV

Contra la ventana sucia del café Tindouf, como queriendo atravesarla, revolotea aturdido un moscardón de coraza verdosa. Alonso Garcés espía su zumbido. La vibración enloquecida de los golpes en el cristal no llega a apartarle del todo de sus suposiciones, como si existiera una vaga relación entre el círculo de pensamientos que lo asedian y el vuelo acorralado del insecto.

El teniente Orgaz da un trago largo a la botella de agua mineral. Mira a Garcés con expresión de camaradería, quizá tratando de reconstruir el simulacro de una antigua amistad. Dos líneas de saliva le humedecen la comisura de la boca.

—No has cambiado desde la Academia —dice limpiándose el mentón con el dorso de la mano—. Así que sigues obsesionado por lo que creíste ver durante las maniobras de Llano Amarillo.

—No por lo que creí ver, sino por lo que vi —responde Garcés escuetamente.

—¿Y qué viste? Cinco grupos de regulares indígenas, catorce escuadrones de caballería mora y nueve baterías de artillería haciendo maniobras. ¿Es eso tan raro?

—Estoy convencido —insiste Garcés— de que el capitán Ramírez se sirve de las maniobras para otros fines.



—Ramírez es un hijo de puta, al que lo mismo le da ocho que ochenta y ocho. No movería un dedo por nada ni por nadie, si eso no le reportase algún beneficio particular.

—¿Y qué te hace pensar que no se lo va a reportar? Además no se trata sólo de Ramírez. En el banquete que ofrecieron en el campamento después de las maniobras, aún no habíamos empezado con los entremeses y ya la mayoría de los oficiales levantaba la taza pidiendo «CAFE»; ¿crees que no sé lo que significan esas siglas?

—Todo el mundo lo sabe: Camaradas Arriba Falange Española. Pero eso fue una broma sin importancia.

—Ya. ¿Y por qué se esfumó de repente toda la oficialidad del batallón? ¿Adonde fueron?

—Al casino militar, supongo, pero...

—¿Y qué me dices del cargamento que llegó a la Comisión de Límites?

—Mira, Garcés, no le des más vueltas. Tú dedícate a lo tuyo —dice Orgaz, repentinamente serio, como si de golpe hubiera perdido las ganas de disimular—. El otro día hablamos de ti y todos estuvimos de acuerdo. Eres el tipo más raro del regimiento, el mejor cartógrafo y uno de los más hábiles jugando al póquer, pero vives en otro mundo. La gran mayoría de los españoles no está de acuerdo con el rumbo que están tomando las cosas. El propio Gil Robles dijo hace poco en una alocución que un país puede vivir en monarquía o en república, en un sistema parlamentario o en un sistema presidencial... Pero como no puede vivir es en anarquía y ahí precisamente es adonde nos llevará toda esa coalición del Frente Popular.

—O sea que es verdad. Estáis conspirando.

—Qué cosas tienes... Tú a la exploración, que es lo tuyo. ¿Cuándo sales para el Sahara?



La puerta del bar, de tablones muy separados pintados de amarillo, cruje ligeramente con la entrada de dos parroquianos. Garcés es consciente de pronto de su escasa capacidad para cambiar el curso de los acontecimientos. Por encima de la barra transversal que divide la ventana, mira la calle de tierra, la línea apenas distinguible en la que se junta el suelo con las paredes terrosas de las casas, una frontera tan difusa como la que separa los recuerdos de antiguas farras, que nunca fueron verdad del todo, de los sucesos o conjuras no conocidas por él. No cree que el teniente Orgaz sea un mal militar, no peor que cualquier otro, pero como tantos inclinado a actuar mecánicamente siguiendo pensamientos transferidos, propenso a esa farsa tan atizada en el Ejército que tiende a confundir la acción, por deleznable que sea, con la hombría; la insensatez con la vocación de una vida. Sabe que un soldado exaltado por esa fe emana sudores fosfóricos ante la mínima disidencia. Entonces, es la propia vanidad la que ataca y se defiende pisando ferozmente cabezas y amistades y todo lo que encuentra a su paso. Piensa que tal vez aún no ha llegado ese momento, pero sabe que cuando llegue todo estará perdido. Después, cautelosamente, sin que su rostro trasluzca ningún desafío, vuelve de nuevo la vista hacia el teniente Orgaz.

—Salgo mañana, a primera hora. Acabo de recibir la orden —dice mostrando el sobre que acaba de recoger en la comandancia—. Supongo que resulto incómodo aquí.

—En ese caso habrá que tomarse una copa de despedida esta noche, ¿no?

El teniente Orgaz inclina la cabeza hacia Garcés con un gesto de complicidad y se ajusta el cinturón en el estómago sintiéndose aliviado al dar por concluida la parte más delicada de la conversación.

—Tal vez me pase por la cantina después del teatro —responde evasivamente Garcés.



Una vez en el exterior los dos hombres siguen caminos diferentes. El teniente Orgaz se dirige hacia el sector meridional por una callejuela serpenteante empedrada con puntiagudos guijarros, Garcés enfila hacia el Marxan en la parte oeste de la ciudad. Contempla de lejos las lujosas quintas construidas por los alemanes, las *Renschhausen*, sus tapias blancas y las enredaderas que coronan las bardas. Su mente está ocupada en buscar alguna salida a la madeja de hechos que conforma la tela de araña de sus pensamientos. Trata de invocar un hombre de confianza entre los altos mandos, alguien de probada lealtad al gobierno y sólo le viene a la cabeza el nombre del coronel Morales. Piensa que debe ponerlo al tanto de lo que sabe; pero es tan hermético, tan solitario, que no imagina cómo abordarlo. Embebido en estas meditaciones va dejando atrás los despachos de las principales compañías de navegación, el colegio de Saint-Aulaire, el edificio del Monopolio de Tabacos hasta que vislumbra de frente la fachada ocre del Gran Teatro Cervantes y la aglomeración engalanada que se apiña junto a la entrada: caballeros de frac, mujeres vestidas de largo compitiendo calladamente por el lujo de los respectivos atuendos, el relumbre de las joyas, lo elaborado de los peinados en una perpetua sucesión de besamanos y frases de envarada cortesía. Un gran cartel festoneado por una guirnalda de bombillas cuelga de la balconada principal, anunciando el título de la obra que se va a representar: *Otelo*, de William Shakespeare.

Dentro del edificio, el tapiz de los asientos y el olor a maderas trajinadas por la carcoma le hace evocar a Garcés la atmósfera cerrada del desván de la casa de las Marinas, y el baúl donde se guardaba en naftalina un uniforme de teniente de húsares perteneciente a uno de sus antepasados que había luchado a las órdenes del general Prim en la revolución de 1868. El patio de butacas está completo al igual que los palcos de las galerías. Sin embargo, el estrado de honor, con su baldaquino de brocado, reservado a las autoridades, permanece vacío.



De pronto, entre los espectadores que todavía se están acomodando, descubre en la segunda fila, entre un nutrido grupo de huéspedes del Excelsior, el perfil de esfinge de Elsa Quintana, una visión fugaz como el aleteo de un abanico que desaparece súbitamente cuando se apagan las luces y se abre el gran telón de terciopelo granate.

El decorado del primer acto va mostrándose paulatinamente en una sutil gradación de luz que acaba destapando una encendida selva de velámenes y estandartes sobre proas de naves en el lado derecho del escenario, mientras a la izquierda, empavesando las macizas murallas de un palacio renacentista ondean oriflamas y banderolas de púrpura y amaranto en medio de un gran despliegue de figuración. En el centro del escenario, el general moro se enfrenta a las acusaciones vertidas contra él ante la corte del anciano senador de Venecia. Las palabras condenatorias retumban en el escenario ahondadas por el silencio sepulcral del público:

*vuestra hija se rebela contra vos
entregando belleza, razón y ventura
a un extranjero errátil y sin patria.*

Bajo un resplandor de luces amarillas que se van aclarando hasta casi parecer un refectorio conventual, Desdémona, ataviada como una dama de Tiziano, entra en la última escena del primer acto para defender su amor contra la autoridad paterna, y un suave *adagio* musical acompaña la hábil mutación del decorado en el que aparece ahora la plaza de San Marcos y los canales que confluyen hacia ella surcados de góndolas.

Garcés, con los codos apoyados en la balaustrada del palco, inclinado hacia adelante y exaltado por el drama que está siendo representado, se deja ganar por la ensoñación, mezclando la ilusión escénica con sus



deseos, y trata de orientar su mirada en la oscuridad hacia la mujer que permanece sentada en la segunda fila de platea, con la cabeza muy erguida. Imagina el júbilo de besar su boca vuelta hacia él tras el efecto neblinoso de un alumbrado en sordina y, olvidado momentáneamente del espectáculo, divaga con fantasías y satisfacciones que le procuran una evasión inmediata. Todavía inmerso en el abrazo imaginario piensa en el viaje que ha de iniciar al alba, en la oscura trama que continúa su progresión imparable hacia un futuro cargado de incógnitas, en la fugacidad de todo. Si fuera el personaje de una farsa, podría aspirar a un merecido papel, pero se siente sólo parte del decorado, algo en su interior le incita a retraerse y sin embargo ¿cómo dejar de pensar? Elsa Quintana es apenas una silueta difusa e inmóvil, su espalda y su piel forman parte de la oscuridad. Garcés apoya la frente en las manos y cierra los ojos para sentir más intensamente su presencia. Son apenas unos segundos, porque al momento la misma ensoñación le devuelve al tablado en el que transcurre la obra.

Toda la escenografía de decorados y tramoyas, los coros de centuriones con sus lanzas doradas, las vestimentas y los efectos lumínicos ensalzan y desmienten al mismo tiempo el majestuoso empaque del gigante negro, su angustia de héroe destrozado cuando en el último momento entra sigilosamente con un candil en la habitación donde duerme su amada y dirigiéndose a la invisible blancura de Desdémona, cisne agónico, pronuncia el misterioso monólogo final de la tragedia:

Es la causa, es la causa, alma mía,

no permitáis que os la nombre castas estrellas.

Es la causa. Y sin embargo, no derramaré su sangre,

ni señalaré su piel más blanca que la nieve,



más suave que alabastro de sepulcros.

Pero ella debe morir...

Cae el telón y el público se levanta para aplaudir y va saliendo de la luz amarillo-naranja a las penumbras de los pasillos con sus rellanos y alfombras que conducen a la noche demorada. Animado por la fuerza del espectáculo al que acaba de asistir, Garcés se acerca a Elsa Quintana que trata de abrirse camino entre los asistentes a la representación, intercambiando comentarios y saludos mientras se dirige a la guardarropía para recoger su chal.

—¿Puedo acompañarla? —pregunta, sin recibir más que una sonrisa por respuesta.

Ya en el exterior, la mujer señala una calleja próxima, por la que se adentran confiando en la penumbra clareada, con estrella aquí, estrella allá, que les permite contemplar ciertos aleros, cimborrios de estilo neoárabe, columnas y peristilos teñidos de un amarillo singular en la noche blanca, espolones de cemento que difícilmente se definen en cabalidad de formas y que por un momento les crea la ilusión también a ellos de ser personajes de un drama que quizá alguna imaginación aviesa en algún lugar ha trazado para sus destinos.

Caminan en silencio, a cierta distancia uno de otro. Garcés siente de nuevo el mismo aroma que había percibido al bailar con ella, un olor indefinido que no proviene de ningún perfume sino de la piel que imagina tibia de una suavidad tersa y vibrante.

Ella no habla mucho sobre sí misma. Breves comentarios referidos a un pueblo de Andalucía con dehesas y olivares que evoca con nostalgia, algo sobre un viaje sin billete de vuelta, pequeños detalles que lejos de desvelar nada sobre su vida, aumentan aún más su misterio.



—Y eso es todo —concluye.

Garcés sabe que eso no es nada, pero no saca a relucir a Ramírez hasta más tarde, cuando ya están en la ciudad vieja, al pie de las murallas que parecen oscilar con la tenue reverberación de los faroles.

—¿Quién?

—El militar que se acercó a ti en la recepción del Excelsior —aclara Garcés.

Se tutean desde hace apenas unos minutos.

—Ah, ése.

Ella tarda más de lo necesario en responder, como si estuviera tratando de ganar tiempo, y Garcés percibe la demora.

Elsa Quintana no precisa nada más de momento, pero las líneas de su rostro se endurecen repentinamente.

—Es un antiguo conocido —dice al fin, evasiva.

Luego inclina un poco la cabeza y le pregunta a Garcés por sus proyectos, de un modo en que resulta evidente su deseo de cambiar de conversación.

Ahora es él quien habla de su expedición al Sahara. Lo hace despacio y seguro de sí mismo, sonriendo ligeramente en las pausas, mirándola de refilón antes de proseguir. Le cuenta hasta qué punto se llega a perder la conciencia de lo permanente en el desierto, espacios de arena que el viento cambia cada día enterrando las huellas de un poblado o levantando dunas donde antes sólo había una explanada vacía. Le explica la forma en la que los guías beduinos señalan los recintos en los que excavar para buscar las bolsas de agua y los ríos subterráneos. Pasa de una descripción a otra como un halcón sobrevolando el cielo.



—En el Sahara —dice— nada es estable, sólo el viento decide el paisaje abrasándolo con sus numerosas lenguas o con una repentina tormenta de polvo rojo que puede durar más de cinco o seis horas, una cortina opaca que se alza desde el suelo hasta mil metros de altura, filtrándose incluso en las más pequeñas rendijas de las herramientas y los aparatos de observación, coagulando las bisagras, los cerrojos, dejándolos inservibles. Es como si la superficie del desierto, palmo a palmo, a través de millones de poros impulsara hacia arriba ráfagas circulares de arena en diminutos rizos cuya velocidad va aumentando hasta ocultar todo el espacio circundante. Otras veces adopta la forma de un remolino teñido de cobre que se desliza hacia el oeste, arrancando tiendas y amarras, sillas de montar, cacerolas, enseres de aldeas enteras, arrastrándolos durante kilómetros enroscados en una columna de fuego.

En ese momento se detiene y mira hacia atrás, creyendo ver una sombra entre las arcadas. Pero si alguien los sigue, lo hace concienzudamente, asegurándose de que ellos no lo adviertan. Continúan caminando del mismo modo que antes: ella, algo adelantada, y mirando el suelo.

—Así que eso es lo que haces... —susurra con una voz mínima en la que casi no se trasluce el deseo de captar los motivos que él pueda tener para vivir de ese modo.

—Sí, pero no lo digas como si fuera una adversidad. No huyo de nada.

—Todos nos ocultamos de algo. De una creencia, del miedo, de un error...

En el rumor espaciado de la conversación parpadea la llama temblorosa y emocionante de una amenaza que los cerca quizá por esa creencia, por ese miedo, por ese error. Las calles angostas, cada vez más desiertas, parecen trasmutadas en una de las inverosímiles noches de las novelas de capa y espada donde dos amigos podrían acuchillarse en



duelo feroz por no haberse reconocido las caras. Esquinas borrosas, inesperados salientes, encrucijadas que se abren en la negrura como los mismos caminos de la vida. Como el amor que se vive sin certeza alguna. La forma en que llega a ocurrir no se sabe tampoco, ni el porqué. Un hombro redondeado que de pronto absorbe toda la luz y al ser observado aisladamente del resto del cuerpo, alberga por sí solo la conciencia del deseo, algo futuro e inalcanzable que no se puede poseer, como las colinas desmembradas que encuadran una dimensión única dentro del horizonte o la depresión del cuello, el lugar íntimo de donde procede la voz, cada uno de los sonidos que destruyen el anonimato. Hay un instante involuntario antes del enamoramiento en el que todos los sentidos se concentran en una dirección. La memoria, la intuición, el momento que atraviesa uno mismo, la propia inteligencia se tensa a la espera de algo. El amor se manifiesta con el espíritu del halcón.

Garcés se gira hacia ella, contempla las líneas de su perfil entre el cabello que le oscila sobre los hombros al caminar; el trazo limpio de la frente, la curva del cuello prolongándose hacia el escote. Se pregunta si algún hombre habría acariciado aquella piel alguna vez, sin prisa, demorándose en cada centímetro, del mismo modo en que él desea hacerlo. Es entonces, al levantar los ojos, cuando inesperadamente cambia el registro de la conversación, impulsado por una incontenible exaltación verbal, absuelto y locuaz, como si sólo ahora tuviera la ocasión y el derecho de decir en voz alta todo lo que hasta ese momento ha callado. Va despojándose de sí mismo; enumera para Elsa Quintana las palabras que jamás se hubiera atrevido a pronunciar si no fuera inminente su partida y si no temiera que pudiesen ocurrir hechos capaces de alterar sus vidas para siempre. Se siente amparado por la fatigada complicidad de la noche como si se hallase inmerso en un escenario intacto del que hubieran desertado hace ya tiempo los actores, dejando en el aire una intimidad acogedora donde encuentra eco el



estremecimiento desnudo de sus sentidos. Elsa Quintana levanta la vista y ve los ojos de Garcés, repentinamente serios, clavados en ella, el pelo negro, la tez olivácea y aquella mirada... No fue nada, apenas un momento, un simple signo en el morse del entendimiento, pero tan intenso y perturbador que ella siente la necesidad de cubrirse los hombros con el chal y regresar cuanto antes al subterfugio de las palabras. El propio sigilo de la voz, honda y masculina, le hace olvidar por momentos la ciudad en la que se encuentra y las razones que la han llevado hasta allí, sin entender los hilos que otra vez de forma imprevisible va tejiendo la urdimbre del azar. Pero le gusta la sensación de estar ahora mismo recorriendo los barrios occidentales de Tánger al lado de este hombre: la calle lunar, el diminuto círculo rojo de la lumbre del cigarrillo que él mueve en la penumbra, las paredes sucias donde relampaguean sus sombras como un reflejo aguado... Se siente tan conmovida y halagada como perpleja. Prefiere no saber, renuncia a la potestad de la clarividencia que algunas personas tienen para entender lo que sucede en tiempo presente y que ella sólo alcanza a vislumbrar cuando ya son pasado. Le gustaría responder orgullosa a esa imagen enaltecida que el hombre se ha hecho de ella. En su interior pugnan con igual fuerza los propósitos de retraimiento y entrega, pero el combate íntimo concluye en ascética renuncia.

—Ni siquiera me conoces — dice con un punto de dureza en la voz que le da a la frase un tono de reprimenda—. No sabes nada sobre mí.

Junto a la verja del Hotel Excelsior, él reprime el impulso de tocar reverencialmente sus mejillas como si temiera profanarla, los pómulos, la comisura de los labios, comprendiendo que lo daría todo a cambio del olor tibio del cuerpo de ella cuando alza el brazo para recoger detrás de la oreja un mechón de pelo. Ve oscilar en sus pupilas la luz de una farola, la cabeza levemente inclinada contra las rejas, la boca silenciosa tan próxima ahora a su cara que puede percibir su tibieza. Entonces, sin



apenas pensarlo, acerca los labios, entornando los ojos, despacio, estremeciéndose, sintiendo durante un instante la piel entregada de la mujer, cálida y acogedora, muy adentro; la firmeza del pecho que viene a apretarse tensamente contra el suyo de un modo grave, casi sacrificial, el fluir de toda aquella sangre que percibe desbordada bajo sus caricias con un rumor tan intenso como el del aguacero en la arena. Garcés se pregunta qué aspecto tendría ella en el invierno del Norte, asomada a una ventana con los brazos desnudos para recibir la lluvia de una tormenta. Se enamora de esa imagen. El escenario secreto de las vidas soñadas, la profundidad de campo mínima, su intimidad cerrada en el contacto del beso. Después, Elsa Quintana retrocede desconcertada como volviendo en sí, alargando la mano temblorosa hasta el portón de hierro, desviando el rostro hacia las sombras retintas del jardín. Se oye un murmullo de voces femeninas que se acerca, tacones repiqueteando en la escalera, un tintineo de pulseras. Garcés recompone su actitud, permanece un momento inmóvil, tratando de prolongar el singular ensueño, mirando la luna pequeña que trepa entre el ramaje de un sauce, buscando las palabras para despedirse:

—Me gustaría saber si podré encontrarte aquí a mi regreso —pregunta sin dejar de mirarla. Mirándola en realidad hasta deshacerla.

Pero los ojos de ella se han apartado ya, aumentando el espacio que los separa, la escalinata de mármol, la puerta giratoria del hotel, un código de aire en el que aprender a leer la escritura jeroglífica interior.

Demasiados sucesos, demasiadas emociones para una sola noche que, sin embargo, todavía reserva su mayor incógnita. Garcés se dirige ahora solo al puesto de guardia local donde le espera el chófer que le ha de conducir hasta el acuartelamiento de Tetuán. En ese instante la validez de su existencia se fundamenta en el supuesto de que ella pueda verlo todavía desde la ventana de su habitación, como efectivamente lo ve,



bajando rítmicamente la calle a través de las sombras. Piensa en todo y en nada. La parte de sí mismo que se rebela hace que dé una patada a una piedra haciéndola rodar hasta el final de la cuesta.

Ya en la explanada del cuartel español, el patio de tierra permanece iluminado por las luces de los reflectores que se entrecruzan en giratorias intersecciones. A la izquierda, en el polígono de oficiales, se observa una inusitada actividad. Cuando Garcés entra en el pabellón se escuchan voces de alarma, alboroto de pasos, timbrazos, carreras, una voz enérgica grita en el teléfono desde el despacho de comandancia...

—¿Qué pasa? —pregunta Garcés a un sargento que baja apresuradamente las escaleras con varios soldados.

—Se trata del coronel Morales. Se le disparó el arma cuando la estaba manipulando. Se ha matado.



XVI

Kerrigan tiene en sus manos el cable del consulado, una nota de uso interno del Foreign Office, redactada con el característico estilo rutinario de los informes biográficos sobre personalidades destacadas. Sus ojos van saltando con precipitación de una línea a otra:

Francisco Franco. General de División. Nacido en Ferrol el 14 de Diciembre de 1892. Sirvió con gran distinción en Marruecos, donde estuvo al mando de la Legión extranjera desde 1923 a 1926. Tuvo un papel destacado en la ocupación del sector de Ajdir, gracias al cual fue ascendido a general de brigada. Al crearse la Academia General Militar de Zaragoza en 1928, el general Primo de Rivera, le nombró su director. Cuando ésta fue clausurada por el primer gobierno republicano, el general Franco fue destinado a la XV Brigada de Infantería. En 1933 fue nombrado gobernador militar de las islas Baleares y en febrero del presente año comandante en jefe de las fuerzas de Marruecos. Pero en mayo, siendo Gil Robles ministro de la Guerra, le nombró Jefe del Estado Mayor Central. Oficial táctico y hábil, el general Franco es uno de los hombres más sobresalientes del Ejército español y ostenta casi en exclusiva el mérito, sin precedentes entre los altos oficiales, de ser ahora tan apreciado por los ministros republicanos como lo fue antes por los de la Monarquía. Está considerado un gran valor nacional. Actuó como asesor principal del ministro de la Guerra en la campaña militar de octubre de 1934 en Asturias. Pertenece a una familia de soldados distinguidos.



—Todo empieza a encajar —dice dirigiéndose a Elsa Quintana que lo está observando con una mirada reflexiva y un poco desconcertada—. Lástima que no podamos contar con Garcés.

—Creo que no le entiendo.

Está sentada en un taburete bajo junto a la mesa moruna con las piernas cruzadas. Tiene la espalda apoyada contra la pared, bajo la lámina que representa a una ninfa con los ojos vendados. Va vestida con pantalones y una camisa blanca remangada por encima de los codos y desabrochada en el cuello. Kerrigan puede ver el comienzo del escote en el vértice del triángulo entreabierto ascendiendo y descendiendo al ritmo de la respiración.

—Nos faltaba un líder y ya lo tenemos. Llevamos varias semanas detrás de esto —replica el periodista dando un trago largo al vaso de bourbon que sostiene en la mano derecha—, y cuando las cosas empiezan a aclararse, nuestro amigo se esfuma sin despedirse siquiera.

—De mí sí que se despidió —objeta ella, alzando los ojos. Lo dice sin presunción, con naturalidad, y Kerrigan puede adivinar un vago reflejo melancólico rozándole los labios—. Pero me gustaría que me explicara qué ocurre exactamente.

El corresponsal del *London Times* se inclina hacia adelante para ofrecerle fuego protegiendo la llama en el hueco de las manos, después se vuelve contra el respaldo de la silla y aplica la llama del mechero a la punta de su propio cigarrillo frunciendo los ojos como si le molestara el humo.

—Ocurre que su país está al borde de una guerra civil. Ocurre que el hombre que la ha estado extorsionando, el capitán Ramírez, es el intermediario entre los militares golpistas y la empresa alemana H&W para el suministro de armamento y que la operación evidentemente no es un simple negocio entre particulares, sino un acuerdo entre el Alto



Estado Mayor nazi y los fascistas españoles. Ocurre que durante los últimos meses han llegado al puerto de Tánger más de doscientas toneladas de bombas, municiones y explosivos. Y ocurre finalmente que el gobierno de mi país no sólo está al tanto de todo, sino que incomprensiblemente acepta que la situación política en España derive hacia una dictadura.

Kerrigan alza los hombros y señala el cablegrama que está encima de la mesa.

—Todo son alabanzas a los méritos profesionales, al posibilismo y el protagonismo antirrevolucionario del joven general. Apostaría doble contra sencillo a que, llegado el caso, el gobierno británico cerraría los puertos de Gibraltar y Tánger a la flota de tropas republicanas en el Estrecho.

Elsa Quintana permanece inmóvil, los ojos quietos. No parece excesivamente sorprendida. Si experimenta alguna inquietud interior, se guarda de manifestarla. A Kerrigan le desconcierta esa especie de serenidad algo altiva por la que ella parece regirse en ocasiones.

—¿Qué podemos hacer? —pregunta finalmente con voz resuelta.

—De momento será mejor que deje el hotel y se traslade a mi apartamento. Puede ocupar el cuarto de Ismail. Nadie la molestará aquí.

Ella se queda un momento pensativa mirando hacia la ventana, como si estuviera dándole vueltas a alguna idea.

—Gracias —dice al fin bajando la cabeza y acariciando la piedra roja del anillo que luce de nuevo sobre su dedo anular—. Gracias, de verdad —repite, ahora en voz muy baja y suave—. Aunque creo que, después de todo, esta sortija no merecía tantos esfuerzos.

Kerrigan desde su posición la mira con curiosidad y su boca adopta una momentánea expresión jovial que transforma su rostro. Es una



sonrisa dulce e incluso soñadora. Hubiera querido conocer uno por uno todos los lugares e instantes de la vida de Elsa Quintana, no sólo los momentos dramáticos que ella había accedido finalmente a relatarle, al verse descubierta, cuando la encontró llorando y encogida junto al terraplén que limita el barrio de Sidi Bu Knadel, un montículo de basura hedionda por donde deambulan los perros y los mendigos y los traficantes. Kerrigan había acudido a aquel lugar siguiendo los pasos de Ramírez, pero cuando llegó sólo la encontró a ella, aunque al principio casi no la reconoció, así, tan demacrada, con el rostro descompuesto, el pelo desmadejado y un brillo sucio de lágrimas bajo los párpados pintados. Tal vez fue necesario ese momento de fealdad para que su desconfianza se relajara. La belleza intacta es como el éxito, no deja lugar para la comprensión humana. Las luces de la ciudad aún no se habían encendido y las únicas que se veían eran las de las pequeñas hogueras al pie de las chozas donde se hacinaban los indigentes. A Kerrigan le pareció milagroso que las llamas desguarnecidas en medio de aquel secarral rodeado de maleza no llegaran a provocar un incendio. Observó a la mujer en la penumbra durante unos minutos y esperó a que sus sollozos se fueran espaciando antes de ofrecerle un pañuelo. Escuchó su relato sin interrumpirla, creyéndola esta vez, a pesar de que la forma en la que ella hablaba le parecía en algunos momentos exaltada e incongruente. De la naturaleza humana había aprendido que la mentira nunca se expresa en términos tan crudos y contestables. Sólo la incoherencia es patrimonio de la verdad. El modo en que describió la muerte de los dos falangistas, por ejemplo, le recordó a Kerrigan la versión de uno de esos crímenes que se cometen en sueños. Su huida, la extrañeza de llegar a Tánger y dejar transcurrir los días como a la espera de una desgracia imaginada hasta que efectivamente ésta se hace real y se convierte en la voz que amenaza y extorsiona, en la mano acusadora, en los ojos fríos que exigen, chantajejan, coaccionan, acechan. La voz, la



mano, los ojos del capitán Ramírez. Elsa Quintana hablaba para sí misma, impúdicamente, como si no necesitara ser creída, sin importarle ya lo que él pudiera pensar o decir. Y en efecto, él no pensó nada, no dijo nada, sólo miró al descampado, la puerta de la carpa donde una muchacha amamantaba a un niño enrojecido por el llanto, el aire que empezaba a mecerse en el crepúsculo centelleando entre los restos de latas esparcidas sobre la dureza de la tierra. Después le ofreció su brazo para salir de allí.

Kerrigan la observa de refilón. Se fija en el gesto casi masculino con el que ella aplasta el cigarrillo contra el cenicero que hay sobre la mesa moruna, el pómulo en punta alzado obstinadamente junto al cuello de la camisa. Es una mujer fuerte, piensa, puede tener algún momento de debilidad, pero por dentro debe de estar templada a acero. Si no, no hubiera podido soportar sola toda la presión a la que se ha visto sometida, ni tendría esa mirada desafiante que a veces le asoma a los ojos, ni apagaría los cigarrillos de ese modo.

La apreciación que el periodista hace para sus adentros, le lleva de nuevo al tema principal. Los constantes viajes del capitán Ramírez a la capital del protectorado español, sus negocios particulares con Wilmer, los contactos de éste con la cúpula del partido nazi para la puesta en marcha de la operación de suministros, todo eso era algo que se había ido desvelando poco a poco, como el desarrollo de una trama cuyo ensayo general, según todos los indicios, tendría lugar en España. Pero su representación definitiva quizá estuviese aguardando un escenario más amplio. Eso, al menos, es lo que opina Kerrigan. Sus pensamientos le hacen regresar siempre al mismo lugar, al territorio sangriento en el que la historia salda implacablemente sus cuentas, como la fría mañana de febrero de 1916 cuando los cañones alemanes abrieron fuego sin previo aviso sobre las posiciones francesas en torno al frente de Verdún, del mismo modo que los ejércitos medievales se lanzaron siempre sobre



ciudades fortificadas y aldeas y campos de cultivo en los que, si se excavaba bajo los surcos dejados por los tanques, se encontrarían hachas de obsidiana o cuchillos de sílex y restos arqueológicos de otras contiendas que empezaron mucho tiempo atrás, en la medianoche de la horda cuando los hombres aún a cuatro patas comían raíces y se devoraban unos a otros, aullando de pavor bajo la luna. Nada es nuevo y todo se perpetúa, aunque parezca haber cambiado a un ritmo vertiginoso, porque siempre hay un momento en que se despierta otra vez la gran hidra de la locura colectiva, la civilización sucumbe y los países se estremecen dentro de sus fronteras. Tiempos de cólera y fuego. Se llenan los estadios donde el Führer congrega a sus adeptos. Por las calles desfilan bárbaros escuadrones que expurgan museos y bibliotecas y cualquier vendedor de artilugios eléctricos como Wilmer acaba adscrito a un importante organismo, trastocando su maletín de viajante por la espada de Sigfrido.

El corresponsal del *London Times* piensa que la forma en que las vidas individuales se ven afectadas por los derroteros de una época es siempre una cuestión fatigosa de entender. De qué manera el conflicto de intereses entre Wilmer y Ramírez y sus posibles desavenencias por el porcentaje de beneficios en las operaciones de la empresa H&W habían acabado por atañer directamente a Elsa Quintana e indirectamente a él mismo era algo con lo que no había contado al principio de la investigación. Pero ahí estaba ella sentada frente a él, con la cabeza ladeada y las manos sobre el regazo en actitud de espera. Kerrigan la mira, tratando de imaginar el caudal de pensamientos ocultos que ensombrecen su frente. Era la misma mujer de la que había recelado desde el instante en que Alonso Garcés había mencionado su nombre por primera vez en el Café de París y, después, en todas las ocasiones en que la había admirado a distancia, la misma sugestión, los mismos ojos. Sin embargo, su tez había adquirido en todo ese tiempo una tonalidad



tostada igual que la tierra de aquel país, que la hacía parecer más fatigada y menos joven, pero con la consistencia corpórea del barro que se solidifica al envejecer. Ahora todos los terrores y miedos nocturnos y decepciones que se alzan en ella, con causas antiguas o recientes, se evidencian en su rostro, en su manera de respirar moviendo la cabeza confusamente entre los tajos de luz de las cortinas.

Kerrigan se pasa la mano por las sienes, como si lo acabaran de despertar. Dobla cuidadosamente el cablegrama y lo introduce en el interior de un cartapacio junto a otros documentos.

—¿Sabe que el coronel Morales murió más o menos a la misma hora en que ustedes salían del teatro? ¿Le dijo Garcés algo relacionado con este asunto? ¿Si tenía una cita con él o si sospechaba algo?

—No. Solamente habló de la expedición y... bueno, de cosas personales.

—Entiendo —replica Kerrigan acariciándose el mentón—. Es extraño que decidiera asistir a la representación la noche antes de su partida y no hubiera intentado ponerse en contacto conmigo.

—Tal vez lo intentó y no pudo hacerlo o quizá necesitaba distraerse.

—¿Distraerse? —Kerrigan esboza una sonrisa asombrada.

—Todos tenemos momentos en que necesitamos una tregua, alejarnos de las preocupaciones y dar prioridad a nuestros propios asuntos. ¿O usted nunca lo hace?

—No. Supongo que no.

Durante un momento el rostro del periodista permanece oculto por la pantalla de la lámpara y Elsa Quintana no alcanza a ver su expresión.

—¿Cree que corre peligro? —pregunta ella poniéndose repentinamente en pie. Su tono es grave y bajo, los ojos atravesados por un reflejo de alarma.



Kerrigan había visto muchas veces ese mismo fondo de preocupación en la mirada de otra mujer. Sólo que entonces era él el objeto de la inquietud.

—El mismo peligro que usted o yo —responde con una chispa de melancolía desalentada y solitaria brillando en el fondo de sus pupilas—. Pero no se preocupe, es joven y sabe defenderse. Si la inminencia de su partida se debe, como parece, a una táctica de los implicados para alejarlo, es probable que hayan incorporado a la expedición a alguien que vigile de cerca sus movimientos, un infiltrado. Por otra parte, la muerte del coronel Morales sólo puede significar que los conspiradores empiezan a impacientarse. Así que lo más urgente ahora es encontrar el modo de alertar al gobierno de Madrid de lo que se avecina.

—No será fácil encontrar un contacto de fiar aquí —comenta Elsa Quintana dejándose caer sobre la esquina del sofá en la que están amontonados los cojines—. ¿Cómo piensa hacerlo?

—No lo sé.

Kerrigan la espía subrepticamente preguntándose por qué hasta el más torpe de los movimientos de ella posee esa especie de gracia descuidada. Luego con brusquedad se da la vuelta, irritado consigo mismo por la constante injerencia de estas observaciones involuntarias que lo distraen de la conversación y hace un esfuerzo por volver al hilo del tema que les ocupa.

—Desde luego no podemos contar con el consulado británico —dice aclarándose la voz—. Tengo la impresión de que se está gestando una operación de más alcance que las realizadas hasta ahora. No sería descabellado pensar que traten de recurrir a la aviación para pasar a la Península, ya que todo parece indicar que, haga lo que haga el cuerpo de oficiales, la flota española permanecerá leal a la República. Y eso supondría la implicación no sólo de empresas particulares o de la



Ausland organisation nazi como hasta ahora, sino del propio Ministerio de Asuntos Exteriores alemán.

—Usted es inglés. Ni su periódico ni su país quieren inmiscuirse en este asunto. ¿Por qué hace todo esto?

Los ojos de ella están ahora fijos sobre él en una especie de meditación. Kerrigan se sube las mangas de la camisa. El tono dulce de la mujer, su voz rápida, lo coge desprevenido. Busca algo, cualquier cosa que aleje de su mente esa impresión. Mira la hora en la esfera de su reloj.

—Las cinco y diez —dice con el cigarrillo en la mano, brillando la brasa.

Después, da una última calada reteniendo el humo antes de exhalarlo. La edad le había enseñado a qué clase de preguntas debía contestar y a cuáles era preferible no responder.



XVII

Arriba la claridad es intensa. Cada grano de arena refleja un fragmento de luz distinto, más oscuro .en el lomo de las ondulaciones y muy pálido en las estrías convexas. El viento mueve continuamente la superficie, separando las partículas pesadas de las ligeras, alterando de forma casi imperceptible la tonalidad del paisaje: oro filtrado de vetas plateadas, tostado con pigmentos de rosa pálido o azafrán, blanco envuelto en un matiz gris anaranjado que se extiende como una neblina, borrando la línea del horizonte... Casi se puede oír el sonido del deslizamiento de una capa sobre otra, su zumbido vibrante. Un camino que duerme. La hondonada en la que se asienta el campamento está en una balumba rodeada de pequeñas dunas con forma de hoz. Garcés abre una de las bolsas y saca un cable negro, lo alza y lo enrosca alrededor del poste de una tienda extendiéndolo después. La antena del receptor de radio queda colgando a metro y medio del suelo. Cae la tarde, sin aspereza, sin producir ningún desgarramiento en el aire. El sol, unas carpas con la lona mimetizada por el polvo, las dunas, la planicie, y el Sahara a ciegas, antiquísimo, envuelto en su austeridad. Garcés, aislado del resto del grupo, revisa la enrevesada caligrafía del diario de la expedición de Cervera y Quiroga en 1886 por el territorio de Adran Temar; los croquis sobre la formación del terreno y su composición; los mapas llenos de anotaciones y señales al margen sobre los enclaves más valiosos remarcados por una trama de líneas inclinadas. Ahora tenían que internarse por ese terreno para restablecer el contacto con las tribus que



se habían mostrado más proclives al protectorado español, aunque debían hacerlo subrepticamente ya que la zona pertenecía a Francia desde el tratado de 1912 sobre límites fronterizos de las colonias.

Hacía días que habían dejado atrás la hamada del Dra, al pie de las últimas estribaciones del Djebel Quarkziz. «Aferrarse al tiempo», le había dicho una vez Kerrigan, mientras saboreaba un bourbon en su apartamento de la rue des Chrétien con vistas a la medina. «El tiempo», piensa Garcés con la mirada perdida en la pared de arena que tiene delante. Se había aferrado a él durante las siete semanas de expedición. En el desierto el tiempo se convierte en una dimensión vacía sólo enmarcada por el afilado azul del cielo. Pero a última hora se pueden tomar prestados unos cuantos metros de ese espacio de miles de kilómetros cuadrados y encontrar intimidad en el reducido radio de un campamento. Así se siente él, un explorador de mente racional durante el día, un lobo enfermo por la noche. En torno las seis de la tarde empiezan a crecerle los colmillos. Si subes, estás explorando. Si descienes, vas de regreso al punto de partida. A Garcés le parece que han transcurrido años desde el amanecer en que cargaron el equipo en los vehículos, equipados con grandes neumáticos especialmente adaptados para la arena: los mapas, las herramientas, los bidones de agua, las cajas de provisiones con arroz, harina, dátiles, conservas, té y café. Un día extraño para iniciar un viaje, después de una noche más extraña todavía, repleta de emociones y sucesos inexplicables. Recuerda que mientras se disponían a abandonar el cuartel tras haber comprobado el circuito de los carburantes, comenzaba en torno a la capilla el ajetreo para preparar el sepelio del coronel Morales. Al arrancar oyó lejano el primer canto de los muecines que cortaba el aire con el misterio de la fe. No era un hombre creyente, pero su anhelo de vida interior, bien de carácter espiritual o geográfico, era una constante a la que nunca había podido resistirse. Se sentía inquieto, aunque con una inquietud diferente



a la que había experimentado al principio de otras expediciones y ese estado de ánimo había marcado cada uno de los días de la travesía.

Durante todo el tiempo su retina había conservado nítidamente, como recién impresa, la imagen de Elsa Quintana en el teatro y después en las calles, su intimidad cercenada por la oscuridad. Ella era lo desconocido, el mundo inexplorado, la tierra ignota, sin cartografiar. Si hubiera sido un paisaje podría haber dibujado su perfil, cada gesto de énfasis en sus facciones, cada movimiento y cada quietud, hasta haber descubierto un rasgo revelador. En el mapa de la mente humana, a menudo lo que marca la ruta es la memoria. Pero en el caso de algunos temperamentos vehementes, el recuerdo se rebela ante los espacios en blanco e inventa cuanto ignora. Es la impaciencia de saber. Por eso Garcés convierte el lugar que ella ocupa en un reino tan extenso como el cosmos e igualmente capaz de expandirse. El amor que irrumpe así en el pensamiento se revela por un olor, una palabra, una idea, derritiendo la realidad como la lluvia va derritiendo la piedra caliza, y nos guía con su magnetismo hacia el tiempo que desconocemos. Garcés, presa de esta clase de ensoñación, imagina a Elsa Quintana, su piel desnuda bajo aquella luz ofreciéndose con una lentitud sacrificial, nunca de frente, tan imprecisa como cuando la vio por primera vez. Igualmente irreal, apareciendo y desapareciendo en un laberinto de arena, cálida y móvil. Imagina que se vuelve loco y la persigue entre vastas llanuras que el viento cambia y deshace, desorientándolo y llenándolo de inquietud como en las antiguas leyendas. Imagina todo eso y mucho más. Se pregunta qué aspecto tendría cuando todavía era una niña mientras regresaba andando del colegio haciendo tal vez equilibrios sobre el bordillo de la acera. Casi puede adivinar la manera en la que el aire de una determinada mañana invade sus pulmones mientras ella desliza sus dedos pasajeros sobre la superficie de una mesa o coloca la fruta en un cuenco o saborea una tostada de leche condensada en el desayuno. La



saliva ascendiendo, brotando en su boca. ¿Cuál sería el punto exacto de dulzor que segregarían sus papilas gustativas? Siente su aliento en el cuello como cuando bailaron juntos y sueña que la despoja del vestido atrayéndola hacia él y que ella lo deja hacer. La sensación es profundamente física y onírica al mismo tiempo, una especie de vibración interior que tal vez tiene algo que ver con la mujer y con el misterio que la envuelve, pero sobre todo tiene que ver con él mismo, con esa fascinación que hace que ciertos hombres deambulen por paisajes ardientes e inciertos, poblados de espejismos, buscando quién sabe qué. Garcés no piensa. La respiración de ella ocupa todo el espacio de su pensamiento y de su percepción sensorial igual que un contador Geiger amplifica el débil resuello de una roca de miles de años de edad. Un palpito endeble a través de la pared de la matriz.

Deja de fantasear. Desde dentro de sí mismo mira, se concentra en el color de las dunas a esta hora, cuando ya ha declinado el sol. Percibe la sequedad del aire en la mano que se pasa por las sienes, entre el cuero cabelludo con restos ásperos de arena, una mata densa. Inclina la cabeza y tira de la piel hacia la nuca con las yemas de los dedos arrugadas como si las hubiera mantenido durante mucho tiempo en agua. El agua de una gota que cae de la cantimplora sobre el mapa que tiene en el regazo y se expande como una mancha transparente, llena de nombres. Una voz amortiguada pregunta algo desde el interior de la tienda, alguien busca entre los fardos mientras el foco de una linterna agujerea durante un momento la lona de la carpa con un círculo amarillo. A continuación los miembros de la expedición se van agrupando en torno a la hoguera y Garcés enciende una lámpara de aceite utilizando de mecha un diminuto ovillo de cuerda muy apretado. Uno de los ayudantes rastrilla unas brasas de la hoguera hasta formar un lecho candente y deja caer encima la masa de harina moldeada, le da la vuelta y luego excava un agujero para enterrarla y cubrirla con arena. Todos observan cómo las burbujas



se abren paso a través de la capa exterior de ceniza a medida que la torta se va cociendo. El olor del pan recién hecho tiene que ver con la satisfacción derivada de la dificultad. El regocijo de los estómagos saciados es como el placer que proviene de la abstinencia. Garcés esboza una sonrisa al recordar una de las irrespetuosas bromas de Kerrigan: «Te crees una especie de Lawrence del Sahara —decía— viviendo de meados de camello y arena asada».

Uno a uno, por turnos, van mojando pedazos de ese pan en un cuenco con mantequilla derretida. Primero el teniente Domingo Bellver, después, Arranz, Díaz, Rivera, los guías Umbarak y Bin Kabina e Ismail —a quien Kerrigan había finalmente autorizado para que los acompañase— y, por último, Garcés. Las palabras de la conversación se convierten en aliento blanco por el descenso de la temperatura. Todos se han puesto ropa de abrigo y permanecen alrededor del fuego. Arriba van apareciendo de dos en dos, de tres en tres, en racimos, como copos helados, las estrellas. Garcés huele la lana de la manta a la altura del hombro y se acuerda de cuando era un niño y de noche apoyaba la cara contra el cristal frío de la ventana. Entonces se creía capaz de percibir la atracción entre las estrellas y la tierra, una dependencia metálica de conceptos que aún no entendía: magnetismo, órbitas. Se imaginaba las estrellas perdiéndose y acercándose demasiado a la tierra, atraídas con fuerza hacia el suelo.

Lo que experimenta en el desierto es una profunda ternura personal, un sentimiento de fraternidad con esa tierra y el doloroso deseo, por vano que sepa que es, de proteger su singular limpieza. Aquí los vínculos con cualquier otro mundo son tan frágiles como el tintineo de la cafetera ennegrecida por el fuego o una vaga añoranza fortalecida por los espejismos que rielan a través de la desnudez del paisaje. Muchas veces ha conversado con los otros miembros del equipo sobre cómo la geografía y la ciencia podían utilizarse contra las peligrosas



elucubraciones de la política. Por difícil que parezca en un mundo tan proclive a las adhesiones, en el desierto uno acaba sacudiéndose de encima tanto su nacionalidad como su extranjería, porque cada ser humano es un recién llegado. El cansancio, la despiadada oscuridad, cada una de las dificultades del trayecto, todo hace surgir entre los hombres una camaradería especial, derivada tal vez de su insignificancia: escarabajos afanándose a través de la arena.

En una ocasión, en la sala de conferencias de la Sociedad Geográfica de Madrid, Garcés había asistido a la exposición del geólogo canadiense Debenham, sobre sales y fosfatos. Le había conmovido la descripción que aquel viejo profesor de la Universidad de Toronto había hecho sobre la unión iónica de los recintos de sodio que bordeaban la tierra reseca en el lecho de los antiguos lagos salados: minerales teñidos por la costra vieja del mar. Había mostrado restos de piedras con nódulos gabroides y pigmentos de feldespatos y olivina. También había hablado de cómo funcionaban los corazones de los hombres unidos por el azar en los lugares vacíos de la tierra, o demasiado bellos e inabarcables y sobrecogedores. Y afirmó su convicción de que la ciencia debería usarse como un instrumento de la paz.

Bin Kabina, de pie, alarga la mano hacia la cafetera y vierte el café en los recipientes que los demás van acercando. Cada vez saluda con una inclinación al hacerlo. Los ocho permanecen apiñados en torno al círculo del fuego, como un grupo homogéneo. Sin embargo quizá no todos profesen las mismas convicciones a pesar de haber compartido el pan ácimo incrustado de arena. Tal vez uno entre todos permanece al acecho, emboscado en un deseo larvado de querer devorar el espacio y aprisionarlo, dispuesto a todo.

Garcés es consciente de cómo afectaron al desierto los cambios habidos en el mundo después de la Gran Guerra. Radios, aviones y vehículos



militares habían dado a los gobiernos por primera vez la capacidad de penetración más agresiva de toda la historia. Se introdujo el tráfico de armas modernas en las tradicionales rutas caravaneras en espera del momento oportuno para convertir también ese territorio en escenario de su ambición. Tuaregs, nómadas, pastores de ganado, altos, de bellos rostros arrogantes y largos cabellos de un color dorado, teñidos con la orina de los camellos, se convirtieron en mensajeros de la muerte al servicio de las naciones.

Después del café, Ismail y los dos guías beduinos se levantan y se dirigen a una de las tiendas, bromeando en su idioma. Sus risas se van apagando poco a poco amortiguadas por la noche y el sonido más próximo de la radio. En un momento se produce una ligera variación en la longitud de onda, y Garcés tiene que mover el dial del receptor para volver a sintonizar la emisora española, sin conseguirlo. Desde el triunfo del Frente Popular en las elecciones de febrero, las noticias eran cada vez más confusas y alarmantes. Las caras de los cinco miembros españoles de la expedición acusan la interrupción con una expresión diferente: banal, preocupada, irritada, desafiante o perpleja. Garcés observa atentamente los ojos de sus compañeros donde chispean las llamas según el rumbo que toman los pensamientos guiados por las inquietudes de cada cual. Ahora una melodía muy tenue se mezcla con el crepitar de la hoguera, elevándose hacia el cielo que tiene una tersura de acuario.

Ya en la tienda, a la débil luz de un candil, Garcés anota en su diario reflexiones y fechas, rematando las tes con líneas firmes:

Mayo de 1936. El trayecto desde Tánger, atravesando oblicuamente el trópico de Cáncer, transcurrió por la ruta de Cervera y Quiroga sin especiales problemas. Si mantenemos el mismo ritmo, en cuatro días alcanzaremos la depresión granítica de Iyil, y comprobaremos sobre el terreno la riqueza de sus recursos hídricos procedentes de los pozos y las posibilidades reales de convertirla en un



mar interior o al menos en una zona de aprovisionamiento de agua para el drenaje de futuros asentamientos. Respecto a la ruta seguida, en este tramo sería inútil trazar mapas porque el volumen y la disposición de las dunas cambia con mucha rapidez por los vientos mutantes. Es como si la superficie del desierto se alzase cada día obedeciendo a una fuerza que la impulsara hacia arriba. Todo lo que conseguiríamos sería la dudosa vanidad de nombrar lugares efímeros que aparecen y desaparecen esporádicamente igual que los ríos de Heráclito, las leyendas y los rumores a lo largo del tiempo, epopeyas contadas por un ciego. Pero ¿cómo orientarnos en una tierra sin mapas?

Garcés había descubierto antes de los ocho años lo que significaba despertarse una mañana en una casa distinta, huérfano, con los estantes repletos de la biblioteca de su abuelo como único consuelo. De esa época le viene la fe en los libros, en la palabra antigua. Podía haber desaparecido Troya, los barcos y los hombres que la destruyeron y la defendieron, pero siempre quedaría el lugar donde unos versos rearmaban el perfil de Helena, el bronce de un escudo, el intacto arco de Ulises, la flecha certera que atraviesa el ojo de las cerraduras. Las palabras de Homero eran el espejo de las cosas. Desde niño había idolatrado al arqueólogo Schlieman:

¿Cómo saber en qué lugar del desierto nuestra piqueta de excavadores tropezará con la máscara de oro de Agamenón o con las bolsas de agua que alimentan los extensos palmerales de la depresión de Adrar?

La luz del candil se ha apagado ya. Un firmamento inmóvil, púrpura, cubre el campamento, los estratos blancos sobre la superficie negra. El aire esparce en la noche el sonido de las últimas sílabas pronunciadas antes del sueño. Suaves brotes hinchán y crecen la lona de las tiendas murmurando secretos, nombres redondos de aldeas, lunas ansiosas, arenales y rutas. Uno de los hombres comprueba bajo el saco la posición de su revólver. Sólo eso. Y el misterio de la tierra dormida.



XVIII

Elsa Quintana permanece con el oído pegado a la almohada, escuchando el ritmo desacompasado de sus propios latidos igual que si escuchase un reloj que le marcase el tiempo con angustiosa inminencia. Tres de la madrugada. Desde esa posición contempla el trozo de cielo que asoma por encima del cristal astillado de la habitación de Ismail, como una mandíbula. No quiere moverse. No quiere volver a ocupar la parte de la cama en la que ha estado tumbada durante la pesadilla, las sábanas arrugadas, sudorosas. El sueño ha ocurrido en aquel cuarto, en el rincón más próximo a la pared: la mano de Alonso Garcés en su cuello, agrandada por el espejismo, sin dejarla apenas respirar en plena excitación. Ha arañado la pared con las uñas y tiene rastros de cal entre los dedos, pero está segura de no haber gritado. En aquel abismo movedizo, el rostro de él se había transformado maléficamente con el placer, casi a la manera de las sombras chinescas, y por un momento le pareció que adoptaba las facciones de Fernando Ruiz Santamarina. Fue entonces cuando se despertó sobresaltada. Aún nota el dolor en el cuello, al tragar saliva. La sensación de vértigo es la misma que había experimentado la única vez que bailaron juntos en el salón del Excelsior, tampoco en aquella ocasión podía respirar con el diafragma hundido igual que si hubiera recibido un golpe, o cuando él la besó ante la verja del hotel apretándole los dedos contra la curva de la nuca hasta cortarle el aliento. Después volvió a dormirse y en su mente se mezclaron otros gestos que parecían proceder de una actitud más plácida y natural, pero



ni siquiera así podía relajarse convencida de que la calma acabaría por mudarse en violencia. El miedo del que procede está siempre emboscado en torno a lo nuevo que le ocurre, sin concederle la mínima oportunidad de recuperarse. Una pesadilla y más adelante otra serie de sueños. La venganza de los sentimientos.

Se había librado del recuerdo del hombre que le había arruinado la vida en España. Pero no podía olvidar la emoción del sentimiento. Éste permanecía en ella latente, a la espera. Eso es lo que piensa ahora en la penumbra del cuarto, mirando el recuadro de la ventana, la mancha débil de luz procedente del terrado que entra diagonalmente hasta rozar el biombo. ¿Qué sentido podían tener si no las tentaciones recurrentes que la asaltan de noche? La memoria del cuerpo va más allá de lo que alcanzamos a recordar. No pertenecemos a nadie ni estamos vinculados a un solo ser, múltiples sabores conforman nuestro gusto, se confunden en nuestros sentidos. Los países modifican sus fronteras, los continentes se alejan, los ríos cambian su curso y fluyen subterráneos bajo tierra hasta encontrar otra salida al mar. ¿Acaso no le había explicado Garcés, mientras regresaban caminando del teatro, cómo se transforman los desiertos en un momento, por efecto de una tormenta? Había creído sobreponerse al amor pero tal vez sólo había conseguido enterrarlo y ahora empezaba a brotar nuevamente de la semilla de aquel primer sentimiento dañino y complicado, como quien incuba una enfermedad o hereda una deuda antigua. El mismo líquido que cambia de recipiente sin variar su composición. Se toca la parte del cuello donde había notado la presión de la caricia de él, durante unos segundos, cuando en el sueño estaba inclinado sobre ella. Se incorpora un poco para llevarse a la boca el vaso que reposa sobre la mesilla. Lo hace torpemente y el agua clorada le corre por la barbilla hasta el pecho. Se siente irritada consigo misma, desanimada. ¿Cómo puede caer de nuevo en lo mismo? Lo último que desea es volver a enamorarse. Ha sido a causa del calor, se dice,



volviéndose de espaldas, una pesadilla accidental en una noche agitada. Nada más.

Desde que se ha instalado en la rue des Chrétiens, contempla de otro modo su relación con las cosas, no como al principio que sólo podía moverse en la periferia, pegada a las paredes, a los setos de las terrazas. Quería que el paisaje la ocultara, no se fijaba en sí misma, ni en la impronta que la ciudad empezaba a dejarle, ni en su brazo extendido hacia el respaldo de una silla, ni en cómo iba cambiando la tonalidad de su piel. Su seguridad no dependía de ella, sino de cómo la observaban los otros. Ahora, sin embargo, que está a salvo, protegida, en una casa del barrio viejo de Tánger, siente que el peligro la amenaza desde dentro de su propia imaginación dispersa en múltiples puntos de fuga. Podía dormir cuanto quisiera sin preocuparse, porque otros ojos velaban por ella y ese sentimiento era franco y dulce, y nacía sin esfuerzo, derivado de la gratitud. Pero quizá no se tratase tanto de una cuestión de reconocimiento cuanto de capacidad de recepción: la onda expansiva de un arrullo cálido que se propaga desde lo más recóndito como el sonido de las cuerdas en la madera de un instrumento ancestral. Lo que hay detrás de esa música no se sabe. Es impreciso.

Intuye que está deambulando por el filo que separa dos espacios mentales opuestos. Todos los objetos de la casa le parecen ventanas por las que asomarse a otra vida. La fotografía de una mujer en un puente sonriendo apenas, emergiendo de la niebla, una alfombra con los colores muy gastados, un libro abierto sobre la mesa de madrugada; y también los pasos de Philip Kerrigan en el cuarto de al lado, yendo y viniendo de un extremo a otro de la casa, por la noche, sin poder dormir. Por alguna razón no experimentaba el impulso de luchar contra la presencia cercana de aquel hombre de modales más bien rudos que sin embargo le había ofrecido su hospitalidad, pero se sentía intrigada por su comportamiento. Unas veces se mostraba delicado en extremo y



caballeroso, mientras que en otras ocasiones cultivaba abiertamente el desdén amparándose en una risa ronca que lo distanciaba del mundo. Esos cambios de actitud la desconcertaban, no sabía cómo interpretarlos: su azoramiento cuando en una ocasión al cruzarse en el pasillo le rozó la cintura casualmente con el dorso del brazo, la habilidad que tenía para conducir las conversaciones eludiendo cualquier detalle personal o su silencio ensimismado en un trayecto de taxi desde el Club la Kasbah, después de una comida en la que había estado especialmente hablador. Le gustaba ese pudor, la reserva que mantenía en todo momento. La enternecía su forma personal de resistencia. Admiraba la capacidad que mostraba para crear un espacio en torno a sí y concentrarse. Había días en que regresaba a casa tras una larga jornada de trabajo y se encerraba en su escritorio como un molusco dentro de su caparazón. A veces lo oía teclear en la máquina de escribir hasta altas horas, después ponía el gramófono, melodías marroquíes y la nueva música que venía de América, de los clubes de Nueva Orleans, a través de la colonia extranjera: *My Sweet, Lady be good...* La luz encendida hasta el alba, como un faro.

Cuando nacemos ya llevamos impreso en la piel el ascendiente de los astros que han de abarcarnos en nuestra experiencia con la misma determinación que las estructuras geométricas de los cristales. En cada cara ofrecemos una visión diferente del prisma. Polaridades tan enfrentadas como la ternura y la impaciencia, el sufrimiento y el placer. Paisajes desconocidos impregnados de un lustre sagrado, caminos distintos que deseáramos recorrer, brazos que nos sustentan igual que las ramas de un árbol poderoso y nos dan sombra, y nos transmiten su savia y sus frutos. Sabores diversos. Minerales alterables en su composición y en sus propiedades. Piedras que arden. Nuestro gusto no puede ser unívoco ni excluyente, porque el mapa del corazón humano está trazado con fronteras de arena.



En las horas de la noche el tiempo da para mirar a cualquier parte, se alarga, se distorsiona. Todo adquiere un significado diferente al que puede tener durante el día. Son imágenes y pensamientos desordenados que pasan y se olvidan. Elsa Quintana se da la vuelta, arrebujándose contra las sábanas, y cierra los ojos.



XIX

—¿Ordena alguna cosa más, mi comandante?

— No. Gracias, Bugallo. Puede irse.

El comandante Uriarte permanece ante el espejo a medio afeitarse, la barbilla erguida y apretada, los dedos recorriendo meticulosamente la piel para comprobar que no queda ninguna aspereza. Limpia el filo enjabonado de la navaja en una toalla y vuelve a mirarse en el espejo. El tubo de luz sobre el lavabo le da a su rostro un aspecto de cansancio, resalta las arrugas del entrecejo y la hinchazón bajo los párpados, envejeciéndolo como si hubieran transcurrido años en lugar de semanas desde el día en que llegó destinado a la guarnición de Tetuán con el cometido de instruir un sumario sobre la muerte del coronel Morales. A través de la ventana entreabierta observa la pared oscura del cuartel con sus dos torreones y los alféizares de ladrillo rojo. Oye las voces enérgicas de los suboficiales que dirigen la instrucción en el patio: un sonido acompasado de fusiles golpeando al unísono la gravilla del suelo o los hombros de los soldados. Mientras termina de vestirse procura infundirse confianza tratando de convencerse de que no hay nada que pueda alterar la normalidad de un orden tan inflexible y tan estrictamente regulado como el de un cuartel. Después de repasar mentalmente la agenda del día, se sienta en una esquina de la cama para calzarse las botas embetunadas y relucientes que acaba de traerle el ordenanza. Ajusta con cuidado el correaje a la cintura, se cala la gorra de



plato y, antes de abandonar su cuarto del pabellón de oficiales, oye lejano el toque de corneta que acompaña cada mañana la formación de la guardia y el izado de la bandera.

La rutina, el horario inmutable, la sucesión minuciosa de cada una de las obligaciones que puntean la disciplina de un día como cualquier otro. Todo ha de regirse por la precisión, igual que el mecanismo de un reloj. A las ocho en punto el comandante toma un café en el bar de oficiales y finge no advertir la hostilidad y el silencio que se origina cuando los demás se percatan de su presencia. Antes de las nueve ya se encuentra sentado en su escritorio, bajo el retrato oficial del presidente de la República, que parece vigilarlo con el rostro hinchado y bulboso a través de sus gafas redondas. Sobre la mesa están las hojas de permiso que debe firmar, declaraciones juradas de algunos oficiales, informes balísticos... Más que los hechos que rodearon a la muerte del coronel Morales, le preocupan ahora los signos de alteración que ha venido percibiendo durante los últimos días: reuniones a deshora en la Comisión de Límites, visitas de civiles entrando en el cuartel por la puerta trasera de los almacenes de la cantina, conversaciones bruscamente interrumpidas cuando él aparecía. Y por si eso fuera poco, aún estaba la carpeta con supuestas «pruebas concluyentes», como había dicho el día anterior el periodista inglés que se las había entregado en mano en presencia del agregado militar de la Embajada.

Habría dado cualquier cosa porque aquellos documentos no contuvieran más que bulos inventados por extranjeros ociosos incapaces de entender el espíritu leal del Ejército, su entrega y su neutralidad. Pero los papeles que tiene delante no ofrecen lugar a dudas: un informe exhaustivo sobre las actividades de la casa Moses-Hassan en los que se pone de manifiesto la entrega por parte de un oficial de la guarnición de pagos irregulares a nombre de la empresa H&W, documentos y actas que relacionan esa empresa con el gobierno alemán y la identifican como



una entidad receptora de fondos reservados para contratos de defensa; movimientos de cuentas correspondientes a los meses de marzo, abril y mayo; boletines de la Internacional de Ginebra con la lista de suscriptores; cables procedentes de la Embajada británica; un telegrama interceptado por Scotland Yard del general Von Blomberg, ministro de la Guerra, dirigido al cónsul alemán en Marruecos con las palabras «*Unternehmnen Feuerzauber*» subrayadas en rojo y traducidas a mano al español como «Operación Fuego Mágico»; todo evidencia la existencia palpable de una conspiración en estado muy avanzado. El comandante Uriarte, perdiendo su habitual compostura, da un puñetazo sobre la mesa que tiene el efecto de volcar el cenicero sobre las hojas esparcidas por la superficie, pero al momento recompone el gesto porque oye un toque de nudillos en la puerta. Guarda los documentos en el cajón y recupera el semblante frío y sereno antes de responder «Adelante». El sargento Bugallo aparece de nuevo, tímidamente, en el umbral de la puerta. No es precisamente un tipo de complexión militar. Su estatura es pequeña y el exceso de musculatura en los hombros todavía le da un aspecto más achaparrado. Tiene una nariz prominente y las orejas muy rojas contra el pelo cortado casi al ras. Pero la vulgaridad de los rasgos pronto queda eclipsada por unos ojos castaños y francos que al comandante Uriarte le recuerdan los de algunas ardillas cuando asoman entre los matorrales. A pesar de su rudeza y de sus andares torpes, el sargento Bugallo le había inspirado simpatía desde el primer día, antes incluso de saber que estaba afiliado a la UMRA y que guardaba en su taquilla varios números de la revista de la organización militar republicana. Sin embargo, nunca se había permitido manifestarle ninguna confianza porque por formación y también por carácter era tan incapaz de tratar arbitrariamente o con desdén a un inferior como de comportarse con él de igual a igual.



—Le traigo la relación de soldados presentes en el cuartel y los pases de salida para que los supervise.

El comandante Uriarte repasa minuciosamente la lista por orden alfabético, esperando que el sargento abandone el despacho para continuar con la consulta de los documentos guardados en el cajón. Pero el ordenanza permanece parado frente a él sin moverse, dando vueltas a la gorra entre las manos, inquieto, con la camisa manchada de sudor en las axilas, sin decidirse a salir.

—Gracias, Bugallo, puede irse —dice el comandante con una entonación amable pero que suprime cualquier posibilidad de que prolongue por más tiempo su permanencia allí.

A pesar de ello el sargento sigue sin moverse ante la extrañeza del comandante, que ahora levanta la vista hacia él y lo observa más sorprendido que incómodo.

—Con su permiso, mi comandante, quisiera decirle algo. A lo mejor es meterme donde no me llaman, pero le veo siempre tan ocupado con la investigación que a veces me parece que no se da cuenta de muchas cosas que están ocurriendo en el cuartel delante mismo de todos nosotros y de usted, con perdón, y, bueno...

—Continúe, Bugallo —le insta el comandante cada vez más intrigado.

—Es que en la cantina se oyen cosas y también en las cuadras. Ayer mientras ensillaba las muías oí una conversación entre el capitán Ramírez y el teniente Ayala. Ellos no podían verme porque yo estaba detrás del portillo que da al pajar. Tampoco es que yo pretendiese escuchar nada, pero a veces uno oye lo que no quiere o lo que no debe y entonces sabe lo que no debe saber, y, bueno el caso es que...



La voz humilde, un poco ronca del sargento, continúa balbuceando palabras confusamente, disculpas y circunloquios que evidencian su timidez y la dificultad para expresarse.

El comandante avanza una mano hacia el tabaco y acerca la llama al cigarrillo pausadamente, como para dar tiempo a que el sargento recobre la calma.

—Y bien, ¿qué es lo que oyó? —pregunta finalmente recostándose contra el respaldo de la silla y evaluando a su interlocutor a través de la cinta de humo.

—Bueno, hablaban de un telegrama cifrado que había venido de Ceuta y lo nombraron a usted, señor. Dijeron que no estaban seguros de usted y que si fuera necesario, cuando llegase el momento, se lo llevarían por delante como hicieron con el coronel Morales. Eso dijeron, mi comandante, exactamente esas palabras: como con el coronel Morales.

Por un momento al comandante Uriarte se le desenfoca la vista, como si mirara a lo lejos. Imagina al coronel en su despacho, con la guerrera desabrochada y la cabeza un poco caída sobre el pecho, sintiendo lateralmente en el cuello el roce aceitoso y frío del cañón de una pistola. Como ráfagas pasan ante él las distintas imágenes, todas las hipótesis que había barajado durante días sobre cómo pudieron ocurrir los hechos, la forma inequívoca en la que el coronel debió manifestarse cuando sus subordinados lo sondearon para saber cuál sería su actitud en el supuesto de que se produjera una sublevación del ejército. Tal vez había intentado disuadir a sus agresores sin demasiada convicción o quizá había optado por un silencio digno sabiéndose fracasado de antemano. Mientras recompone mentalmente la escena del crimen, el comandante Uriarte mantiene la misma expresión inalterada sin dejar traslucir ninguna emoción. Mira pensativo hacia la ventana donde el aire se va condensando en un azul tan nítido como sólo puede serlo en el mes de



julio. Más allá contempla cómo la luz chorrea en la explanada desnuda entre las dos garitas con almenas, haciendo resaltar el escudo rojo y dorado sobre el portón.

—Gracias, Bugallo —dice por fin con voz serena, como si acabara de salir de una especie de trance.

—A la orden, señor —responde el sargento un poco aturdido, confundiendo la fórmula de despedida, haciendo sonar los tacones de las botas al cuadrarse antes de salir.

Al mediodía, el comandante Uriarte abandona el despacho de comandancia. Pasa por la antesala de las oficinas administrativas entre las mesas alineadas a ambos lados de las paredes donde suena el tecleo de las máquinas de escribir y el zumbido monótono de las aspas de los ventiladores. Atraviesa la galería exterior y el cuarto de transmisiones. Un cabo permanece inclinado sobre el aparato de radio moviendo el dial. El comandante sale al corredor dejando atrás la voz metálica del locutor que está emitiendo el parte informativo mezclada con un fondo confuso de interferencias y ráfagas estridentes de pitidos. Baja por la escalerilla de hierro y cruza el patio aplastando la grava bajo los tacones de sus botas con un ritmo holgado sin prestar atención a los dos pelotones en formación que permanecen alineados bajo el sol. El sargento Bugallo, desde la ventana del pabellón de suboficiales, lo ve desaparecer por la puerta que comunica con la Comisión de Límites, con un brillo en los ojos de orgullo y admiración por aquel oficial circunspecto al que jamás había oído levantar el tono de voz ni utilizar los modos desabridos y despóticos que eran habituales en los mandos. «Ahora va a hacer algo», piensa imaginando al capitán Ramírez y al teniente Ayala a punto ya de ser arrestados en el cuarto de banderas y despojados de sus estrellas, con los rostros lívidos, completamente desencajados, incrédulos, porque en su prepotencia nunca hubieran sospechado que aquel comandante recién



llegado, al que consideraban un leguleyo sin coraje, tuviera arrestos para someterlos a semejante humillación. El sargento Bugallo está convencido de que la entereza del comandante Uriarte, su forma de caminar con la cabeza erguida como si lo guiara una determinación imperiosa, el poder hipnótico de sus ademanes y aquella voz grave y serena que destilaba autoridad, bastarían por sí solas para reducir enérgicamente cualquier conato de desobediencia u hostilidad. En la mente del ordenanza la figura del comandante se agranda por momentos con la invulnerabilidad de los héroes. Pero cuando horas más tarde suena el toque de retreta y los soldados forman de nuevo en el patio, ya sumido en sombras, aún no se ha producido ninguna detención y el sargento Bugallo empieza a alarmarse porque nadie en todo el día ha vuelto a ver al comandante Uriarte: ni en la Comisión de Límites, ni en su despacho, ni en la cantina, ni en ningún otro lugar.



XX

Dos de la madrugada. Philip Kerrigan mantiene la vista fija en un rincón mohoso del techo que se vuelve más oscuro a medida que lo observa, como un vértice segregado de la noche. No puede conciliar el sueño. Ahora vienen a rodearlo todas las sombras y conjeturas, inquietudes que se alargan en la vigilia y permanecen ahí. Después de haber entregado el resultado completo de su investigación al comandante de la guarnición de Tetuán, ya no siente la ansiedad de días anteriores. En su lugar nota una incómoda sensación de vacío, como la que uno experimenta al abandonar la posesión de un secreto que ha absorbido buena parte de su tiempo durante meses. Y, sin embargo, a pesar de todo, tiene la convicción de que los hechos continuarán sucediendo con el mismo implacable determinismo con que avanza un incendio o prolifera una enfermedad. Enmarcadas en la ventana de su dormitorio, las azoteas vacías de la medina se escalonan y blanquean como manchas frescas de pintura. El corresponsal del *London Times* se incorpora un poco desorientado, se acerca a la ventana y pasea inquieto, sin ruido, por el recinto cerrado del cuarto. Después, se dirige a la cocina para beber un vaso de agua. Desde el corredor, a través de la puerta entreabierta de la antigua habitación de Ismail, observa de refilón a Elsa Quintana, el cuerpo alargado y silencioso, la cabeza descansando de medio lado sobre la almohada con el pelo cubriéndole la mitad del rostro y una rodilla sobresaliendo de las sábanas. Siente una repentina ternura por algo inocente que hay en el gesto de la mujer sólo cuando está



dormida, un resto de la niña flaca que debía de haber sido. Observa la mezcla de pereza y sensualidad que forma el escorzo de la imagen: la sombra del cuello extendiéndose hacia la zona tibia del pecho, el impreciso movimiento de la respiración, la parte visible de la frente. Kerrigan imagina el cerebro que estaría allí dentro, vivo, bullente de sueños. Durante la fracción de segundo que dura la visión siente que el peso del estómago le sube hasta la garganta y tiene que apoyarse en el quicio de la puerta con el deseo mareándolo de sien a sien. En las semanas transcurridas desde que ella se trasladó al apartamento la misma escena se repite con cierta frecuencia. Pero nunca ocurre nada más. De día le resulta más difícil contemplarla. No puede soportar ni siquiera las miradas casuales de ella. Siente su proximidad como una amenaza. Si la oye cantar en el cuarto de baño, se tapa los oídos. Si ella le hace cualquier comentario sobre su vida, una anécdota o confidencia, algún recuerdo de infancia, él lo acoge distante, fingiendo una indiferencia natural, aunque luego se queda durante horas imaginando el carretón de circo que ella vio por primera vez, años atrás, cuando era una niña, en la explanada de una feria, su música de acordeón y concertina. Cuanto más cerca percibe la presencia física de la mujer, más extrañamente se comporta, mostrándose a veces muy ceremonioso y otras, casi impertinente, sarcástico, como si quisiera apartarse y desprenderse del calor que crece alrededor de ella, en todos los objetos que toca: el pomo de una puerta, la manecilla del gramófono, un libro. No es nada voluntario ni que pueda evitar. Simplemente ocurre así. Si Elsa le señala alborozada un nuevo brote de jazmines en la maceta del balcón, aparta inconscientemente los ojos. Una simple flor más. Alzar murallas es su forma instintiva de oponerse a cualquier fuerza que pueda rebasar sus límites, igual que en un cerco medieval. Sólo de noche, a veces, se permite despojarse de esa armadura y entonces está tan desnudo con su propia violencia que lo único que piensa es en arrancar



la sábana que cubre el lecho de ella y acabar de una vez con todo. Kerrigan regresa a su dormitorio. El fuego contenido se le aparece como un sol rojo durante el duermevela, mientras permanece tendido boca arriba en la cama con los ojos cerrados.

Cubriendo sus recuerdos, velando lo que es posible recordar, el tiempo con Catherine Broomley se mezcla con sus sensaciones actuales provocándole una fricción áspera que por momentos confunde con el tacto irritante de las sábanas. No quiere dejarse atrapar por la atmósfera que emana de aquella vieja fotografía que parece observarlo desde uno de los estantes de la biblioteca: la expresión candorosa y distraída de la mujer, el vestido floreado, ceñido en la cintura. La belleza, los pétalos minúsculos, el gesto incipiente de los labios... Todo acaba en tumba sobre la tierra.

El pasado sombrío tiene la forma de todas las cosas que ocurrieron del único modo que uno jamás hubiera elegido. El recuerdo sobresale como un hueso roto a través de la piel. Una buhardilla pequeña, cerca del Támesis. Haber compartido ese nido de amor se le antoja ahora a Kerrigan algo tan íntimo como la soledad. Pero tampoco en el amor es posible compartir todos los lenguajes secretos porque cada uno permanece anclado en sus propias razones. Nadie puede entender a nadie, nadie puede librar a nadie de su destino. Mucho menos si se acuesta con él. Durante aquellos días de la guerra las tabernas estaban repletas de soldados, llenas de baladas patrióticas y de esa euforia postiza con la que los hombres siempre han conjurado el miedo. En la última semana de permiso sus abrazos le habían parecido gestos tan inútiles como intentar alisar un trozo escarpado de cuarzo. Ahora piensa que aquel amor era un campo minado y él era quien, sin saberlo, colocaba las bombas. El frío iba dejando la habitación cada vez más desnuda con el único calor del asalto brutal del sexo bajo las mantas. Antes de dormir los músculos de ella daban pequeñas sacudidas y ni



siquiera en lo más profundo del sueño la abandonaba esa tensión. Una vez, descansando la cabeza contra su hombro, le había dicho: «Hay momentos en los que siento tanto el cuerpo que me parece que no voy a poder resistirlo. Quiero disgregarme y volverme a unir». Él no se había inmutado, incapaz de percibir el aura de mortalidad que rodeaba aquellas palabras. Durante la guerra el miedo mantiene vivas a las personas, todo lo demás carece de importancia. Con la paz llegó el abandono. En el invierno londinense la nieve se adhiere a la tierra y el río se vuelve negro como en un negativo fotográfico, congregando el silencio en su curso. Quieta e ingrávida como una sombra, Catherine lo contemplaba apoyada en el pretil del puente. Sólo la membrana finísima de la piel la mantenía a flote.

Kerrigan enciende la lamparilla de su escritorio, coge de la estantería un libro de cubiertas envejecidas, gastadas por el uso, *The Waste Land*, de T. S. Eliot, y se acomoda en el sillón, hundido igual que un boxeador entre dos asaltos. En el momento de la conmoción se sufre poco. El verdadero dolor llega después, cuando hay que empezar a planear el resto de la vida con todo el peso de los recuerdos.

Son instantes en que la poesía es el único diálogo real que un hombre puede establecer con el mundo. *Agua caliente a las diez y si llueve un coche cerrado a las cuatro.*

La niebla del amanecer lo sorprende con el libro abierto sobre el regazo y el cuello agarrotado por la mala postura. Durante el sueño las palabras más amadas, como el nombre de una amante, cobran una sonoridad extraña, se pegan a la garganta igual que gritos nunca proferidos y amplían hacia otros su esfera de influencia, el flujo y el reflujos de los sentimientos. Kerrigan mira alrededor intentando atraer más luz a sus ojos. La única claridad procede de la ventana, pero su resplandor es tan tenue que no llega a invadir la habitación. Para poder



ver, tiene que enfocar el rectángulo del cristal, recoger su claridad en los ojos y luego depositarla alrededor, por todo el cuarto, como si llevase agua en el hueco de las manos. Así empieza a instalarse en la realidad de un nuevo día. Su mente todavía alberga cierta extrañeza propia de los sueños, pensamientos volátiles, sensaciones inaprehensibles, ligeras, sin densidad, como las visiones periféricas que provoca el kif. El borde esmaltado de un cenicero contra la mesa le parece el arco de una dentadura. Trata de regresar a la normalidad de la consciencia imponiéndose la disciplina de las cuestiones prácticas. Siempre que consigue entender una determinada hipótesis en todos sus aspectos llega a la conclusión de que se trata de una hipótesis falsa. Para que le suene a verdadero tiene que vislumbrar algún elemento inaccesible. Eso le procura una suerte de satisfacción intelectual que le obliga a mantenerse alerta. No puede alejar de su cabeza al comandante Uriarte. Kerrigan cree que entre las pocas bazas que puede utilizar a su favor la más importante es que las autoridades alemanas están interesadas en mantener su intervención oculta a toda costa. Porque si llegara a probarse que el mismo gobierno es el que está suministrando armas a cierto sector del ejército, se pondría en peligro a toda la colonia alemana en España, los tratados comerciales y los barcos alemanes que navegan en aguas jurisdiccionales españolas. Pero todavía hay algo que no acaba de entender, una última explicación para acabar de armar el rompecabezas y ésta es la llama de curiosidad y determinación que ampara su mirada.

Kerrigan se queda ensimismado en sus meditaciones. Después, muy despacio, manteniendo en la cabeza la inquietud que lo embarga, se levanta y avanza descalzo por los primeros reflejos de oro que empiezan a brillar en la alfombra como ascuas.

Sobre el fregadero de la cocina encuentra el tarro del café. Recién afeitado y con las mangas de la camisa recogidas sobre los codos se



dispone a preparar el desayuno dejándose contagiar por la calma de los objetos, sintiendo que la calma se ablanda en los armarios, en el recipiente del azúcar, en las baldosas, debajo de las suelas de sus zapatos, en el tercer cajón del aparador que ahora abre con parsimonia para sacar de entre las servilletas y los manteles cuidadosamente plegados la pistola Astra 9 milímetros, con la culata de madera estriada, que Garcés le había entregado en una ocasión. Comprueba la recámara de las balas. Está llena. A continuación, a sorbos muy lentos, comienza a beber el café. Son las ocho cuando sale del portal y entra en la mañana. A esa hora uno todavía puede oír el eco de sus propios pasos sobre el empedrado. Entre las filas de casas un aguador pasa tañendo sus esquilas con los pellejos de agua a cuestas. Pocos transeúntes matutinos. Kerrigan sabe que en escasos minutos el silencio de la atmósfera se irá llenando de sonidos al descender en picado a ras del suelo, barriendo las fachadas de las casas hasta las calles polvorientas y las placitas de tierra. Un murmullo al principio leve, casi una brisa, como el temblor de un millar de alas que poco a poco irá subiendo de volumen hasta formar un alboroto ensordecedor. Los contornos de la medina se transformarán, adquirirán otro color, más definición, distinta profundidad. La ciudad se tragará a sus habitantes. Junto a una ventana se perfila inmóvil la cabeza de una niña somnolienta cortada por una maceta de geranios.

El corresponsal del *London Times*, tiene por delante la sucesión interminable de horas de un día de trabajo en el que ha de acudir a una conferencia de representantes de las potencias europeas sobre el futuro del protectorado, mandar su crónica desde la oficina telegráfica de la calle Tetuán, comer con el delegado del Bank of British West Africa Limited y acercarse a su mesa del Café de París para charlar un rato con los colegas de profesión sobre los últimos rumores. Después, aún deberá esperar hasta que la noche cubra de sombras la bahía y las manchas



negras de los barcos floten sin espesor en el agua densa del puerto. Entonces será el momento de cumplir su cometido.

Las oficinas de la Bland Line que cubre el trayecto entre Tánger y Gibraltar se encuentran en la dársena número nueve. El viento del sudoeste ha cesado desde la puesta de sol y el mar es una lámina quieta. En los alrededores del malecón la oscuridad resulta menos intensa por el resplandor de algunas lámparas de queroseno: casetas pardas con los tejados de hojalata, terraplenes en construcción, tuberías de cemento, planchas de hierro oxidadas, cajas mal apiladas junto a las paredes de los hangares cubiertas de redes verdes y azules rematadas en pequeñas boyas de corcho. Todo impregnado de olor a pescado y aceite de engrasar. Kerrigan se da cuenta de que la humedad de la espera ha agrietado con marcas de salitre la piel de sus zapatos. Avanza sobre un pavimento de raíles curvados, hasta llegar a un edificio de ladrillo en forma de L. Se detiene ante la puerta, acaricia suavemente el pomo tratando de detectar el punto exacto en el que está atravesado el pestillo e introduce una lima por el agujero de la cerradura hasta hacer saltar las astillas de madera. Encaja dos dedos por el hueco arañándose los nudillos y con un movimiento cauteloso logra levantar la presilla de hierro. Dentro el armazón metálico de una taquilla brilla como azufre a la débil luz de la linterna. El periodista repasa los anaqueles uno por uno hasta que repara en un grueso dossier identificado con una etiqueta adhesiva: *Spaniens Wirtschaftskräfte*. Extrae cuidadosamente la carpeta y alumbra las páginas interiores con impaciencia. En el margen superior de las hojas apaisadas de papel amarillo pautado reconoce el sello de la balanza que identifica la firma Moses Hassan. Son recibos dirigidos indistintamente a T. Hoffman o K. Wilmer o H&W S.A., en Hamburgo, Berlín y Tánger. Examina las cifras y los números de registro que figuran en la columna correspondiente a importaciones. Junto a cada apunte hay una marca oblicua a lápiz y a pie de página: pedido confirmado por T. H.



o K. W. y la fecha. Piensa que lo que está viendo corrobora definitivamente lo que Ismail le había insinuado respecto a que el principal cometido de la firma marroquí consistía en gestionar la financiación del comercio extraoficial con Alemania realizado desde Tánger y asumir la fluctuación del cambio y los riesgos crediticios aceptados por la empresa H&W sobre el material exportado irregularmente.

Pero lo que no acaba de entender es el papel que juega Gran Bretaña en todo el asunto. Entre los numerosos legajos grapados a la cara interior de la tapa, llama su atención un papel de fotocolor escrito completamente en inglés. Se trata de un informe confidencial realizado por técnicos británicos de la Sociedad de Metales No Ferruginos sobre el potencial en expansión de la minería española del wolframio, bismuto, mercurio y antimonio. Kerrigan se permite un respiro para reflexionar. La única explicación que se le ocurre es que, ante la dificultad para el cobro en efectivo de los pedidos, el gobierno alemán haya decidido evaluar si las reservas mineras podían justificar la extensión de un crédito sobre las mismas y, para no levantar sospechas, hubiera pedido el informe a la agencia inglesa. Y quién sabe si esos y otros informes habrían servido a los ingenieros alemanes para confeccionar los diagramas de las nuevas bombas que habían estado llegando durante los últimos meses al puerto de Tánger. En algún lugar de la ciudad se ocultaba aquella fuerza dormida condensada en cilindros de ácido pícrico que al liberarse por efecto de una detonación harían explotar la carga de TNT, amatol y polvo de aluminio. Garcés le había sugerido la posibilidad de que los artefactos llevaran en la espoleta un segundo multiplicador oculto, lo que aumentaría considerablemente su potencial destructivo así como el riesgo en la desactivación. Tal vez los técnicos de la Dirección de Investigaciones Científicas del Instituto Pasteur lograsen averiguar el posible esquema mecánico de los nuevos proyectiles. Más



difícil aún le parecía a él desentrañar los enmarañados conductos de la maquinaria de una guerra, una trama anónima y acuciante que cientos de hombres, como incansables insectos, se encargaban de tejer con hilos invisibles.

Kerrigan se deja ganar por un sentimiento de desánimo, como si la larga línea de hechos no pudiese alcanzar nunca el punto final de una evidencia clara. Está aún embebido en estas reflexiones, delante del archivador, cuando oye el estrépito de un cajón volteado en la estancia contigua y un ruido de pasos. Coloca rápidamente los documentos en el mismo lugar y apaga la linterna. Todo está oscuro, sólo cada dos minutos unos destellos verdes procedentes de la farola del dique principal iluminan intermitentemente el suelo. Antes de que pueda darse cuenta, Kerrigan siente que el peso de una mole se le echa encima. Es un cuerpo grande y pesado en el que, a la luz de las ráfagas verdosas, vislumbra un rostro cetrino con el cráneo completamente rapado y unos ojos tan desorbitados e irreales que parecen los de un buey. El corresponsal del *London Times* se pregunta dónde ha visto esa cara antes. Al retroceder, siente la punzada repentina de una patada que lo empuja de riñones contra el filo metálico del archivador y le hace encorvarse. La oscuridad se vuelve absoluta por momentos, como la espesura de una selva. Kerrigan siente sus movimientos pesados igual que si nadara contra una corriente entorpecida de maleza que lo empuja, una y otra vez, contra un cuerpo que no puede ver, contra una respiración muy próxima que se acerca como un alud, profiriendo en cada embestida un alarido animal. Con veinte años el corresponsal del *London Times* había ganado un trofeo en el campeonato local de boxeo de Birmingham, pero de eso hace más tiempo del que alcanza a recordar. Resbala, cae de rodillas, se levanta enredándose torpemente en el otro para no caer de nuevo. Durante una décima de segundo ve el reflejo de una hoja acerada muy cerca de su costado. Antes de sentir el pinchazo, un cosquilleo le



recorre de arriba abajo toda la espina dorsal, como si una cobra le subiera por la espalda. En el momento no percibe el dolor, pero sabe que una puñalada a tan poca distancia puede ser definitiva. Consigue hurtar el vientre a un segundo embate protegiéndose con el brazo. El miedo activa sus resortes instintivos. Levanta la pierna derecha y la estira de medio lado, lanzándola con rapidez. La patada logra hacer saltar la navaja de la mano del otro. Después intenta sacar su arma del bolsillo, pero se queda sin respiración con el puño de su contrincante alojado en la boca del estómago y los tímpanos vibrando. Retrocede unos pasos tratando de recobrar aire en los pulmones, todavía encogido intenta un cabezazo, que hace crujir la nariz de su adversario con un sonido de silla rota. Lo ve incorporarse borrosamente, como si emergiera de la niebla, sujetándose la cara, y después ya no lo ve, sólo siente un impacto directo en la mandíbula. Kerrigan paladea en la boca un sabor acre como de hierro oxidado. El gusto de la sangre despierta en él una animalidad dormida. Alza un poco el codo para coger impulso y lanza el brazo con toda su alma, en diagonal. Una vez, otra vez, furioso, enceguecido, sin descanso, queriendo borrar cualquier rastro de mirada humana en aquellos ojos que lo miran con estupor, aterrados y quietos. Es el cansancio el que le devuelve un hilo de lucidez. Entonces se hace instintivamente a un lado para eludir el peso de la caída del otro cuerpo al desplomarse, desmadejado y boqueando. El corresponsal del *London Times* se inclina sobre él para registrarlo: un librito de papel de fumar junto al envoltorio de las semillas de cáñamo, una cédula de identificación marroquí a nombre de Sidi Jussef, una bolsa de tela cosida al interior del blusón con marcos, algunas monedas marroquíes y varias tarjetas de presentación de la empresa H&W. Ahora Kerrigan se acuerda de haberlo visto por el Marxan, en compañía de Klaus Wilmer. Al voltearle el cuerpo sobre un costado, lo oye quejarse. El corresponsal del *London Times* se queda un rato escuchando sus gruñidos de bestia



apaleada, mirando el movimiento torpe de sus piernas incapaces de ponerse en pie. Después le sacude una última patada, esta vez casi sin fuerza pero con suficiente puntería para dejarlo boca abajo retorciéndose y gimiendo, sin vigor ya para debatirse. Sólo en ese momento es consciente de lo cerca que ha estado de no poder contarlo. A menudo le ocurre que la sensación de peligro se le manifiesta, como ahora, a tiro pasado. Kerrigan intenta serenarse, recuperar el ritmo de la respiración. Se pasa la mano por el pelo, alisándolo hacia atrás. Ahora empieza a sentir el borboteo rápido de la herida abdominal. A tientas, apoyándose en las paredes, busca la forma de salir de allí, fatigosamente, igual que si despertara de una anestesia. Se aleja de la dársena oscilando, dando tumbos entre los vagones abandonados, tropezando con los raíles, rehuyendo la iluminación de los escasos hangares. Oye muy cerca el estampido de las olas que baten contra la línea negra del espigón con un brillo de fósforo. Baja a saltos por la pendiente sin dejar de mirar atrás, atraviesa la pasarela hacia el puerto pesquero para continuar bajo los armazones de las grúas hasta introducirse furtivamente en la medina por el pasadizo que comunica con la puerta de Bab el Bahr. Nota la carne del mentón aplastada contra el hueso y el tajo del costado derecho goteándole por dentro del pantalón, pegándole la tela al cuerpo como si fuera una segunda piel adherida a los músculos. El dolor que le agujonea las costillas está impregnado de una cierta costra melancólica que le hace sentir la necesidad repentina de arrimarse a la vida, de acogerse a sus posibilidades sin pretender entenderlas, sólo aferrándose a los vínculos más inmediatos: un cigarrillo, una noche sin luna con estrellas diminutas y lejanas, el gusto cálido de una copa de bourbon. Esas pequeñas cosas en las que nunca se ha parado a pensar que pueden estar sucediendo por última vez y que quizá nunca han estado tan a punto de no volver a ocurrir jamás como esa misma noche en que el azar lo devuelve milagrosamente vivo a las calles que ascienden en cuesta, sin



faroles, con sus paredes desconchadas y los postigos cerrados y las torres de los minaretes despuntando rosadas por encima de las sombras. Un náufrago en la vejiga azul de la ciudad.

Algo más calmado, sube por la rue des Chrétiens hallando un vago alivio en la familiaridad de la calle, en la perspectiva recobrada de un espacio recorrido cientos de veces que, sin embargo, ahora se le presenta desenfocado por una transparencia movediza, como de humo. Tiene que avanzar pegado a las paredes para mantener el equilibrio. Su corazón late tan despacio que los veinticuatro escalones que lo separan de su apartamento se le antojan un intervalo inalcanzable. Hace acopio de todas las fuerzas que le restan y los asciende despacio, apoyándose en la barandilla, respirando irregularmente. Antes de introducir la llave en la cerradura, ve una raya amarilla de luz bajo la puerta, permanece inmóvil sólo un instante. El tiempo de saber que esa noche, al menos, no va a estar solo.

En el sillón, con el pelo suelto sobre los hombros y un cigarrillo y un libro entre las manos, Elsa Quintana lo mira sobresaltada con un gesto de alarma, que le agranda las pupilas y le hace llevarse las manos a la boca para reprimir el susto. «Dios mío», dice mientras él cierra la puerta a su espalda.



XXI

Ismail, Umbarak y Bin Kabina se mojan las manos y la cara con el agua de una cantimplora, la sorben por la nariz y se introducen los dedos mojados en los oídos. Después de las abluciones barren con el antebrazo una porción de arena, antes de inclinarse y arrodillarse hasta alcanzar el suelo con la frente, en dirección a La Meca, con el rostro vuelto hacia la neblina púrpura que perfila el cielo por el este. Recitan sus oraciones despacio, de forma ritual, como si fuera un cántico:

—*¡Allahu ak bar! ¡Aschahahdu amia la ilaha ila Allah!*¹

Al final de cada verso el murmullo de la plegaria adquiere una tonalidad monótona, un sonido sordo que recuerda a cuando alguien está moliendo café en un mortero de cobre. Les rodea el silencio del desierto. A pocos metros del campamento se extiende la depresión de Iyil, una gran planicie de sal blanca y uniforme que daña los ojos como un campo de hielo. La hondonada principal está completamente seca, el nivel esporádico de relleno sólo se adivina por el cerco negro azulado que han dejado las aguas y por el depósito de sedimentos en la orilla, quemados ahora como ceniza. Hacia el sur se elevan cinco dunas de color yeso, las más elevadas de unos ciento veinte metros de altura, con los gradientes muy socavados. Hacia el oeste la tonalidad de la arena es más benigna y el escenario parece menos estéril. Garcés señala a su izquierda unos trébulos secos como esqueletos.

¹ ¡Dios muy grande! Confieso que no hay otro Dios, sino Dios.



—¿Ves esa *zahra*?

—Parece completamente muerta —responde el teniente Arranz tocando con la punta de los dedos el leño quebradizo de la planta.

—Pues no lo está. Se necesitan muchos años de sequía para matarla. Bastaría con que cayeran unas gotas para que en unos días se volviera completamente verde y cuajada de ramas.

Garcés extiende la mirada por el paisaje de aspecto curiosamente ártico que los circunda.

—No ha debido de llover nada en todo el año —dice.

Con ayuda de una pala excava un agujero en la arena, para descubrir hasta dónde había podido calar la humedad, pero decide abandonar después de haber profundizado unos noventa centímetros sin encontrar ningún rastro.

El cielo tiene la palidez finísima de la madrugada. Bin Kabina da un tirón a las cuerdas y las paredes de la lona caen replegadas como la vela de un barco. Cada uno de los miembros de la expedición está atareado en alguna faena: cosiendo un parche al desgarrón de una tienda, limpiando los rifles, trenzando las fibras de *saf* que habían machacado la noche anterior, cargando las provisiones en la parte trasera de las camionetas, colocando los instrumentos cuidadosamente en las cajas: el contador Geiger, los termómetros diferenciales, dos brújulas, un sextante para las mediciones de coordenadas y un barómetro aneroide. Garcés es el encargado de realizar el trazado cartográfico y cronológico de la ruta. Sentado frente a la hondonada, con un cuaderno apoyado en las rodillas, va dibujando diversos croquis topográficos, consignando los aspectos más relevantes de lo que se ve a derecha e izquierda. Anota el itinerario, la latitud y longitud aproximada, los accidentes del terreno con la altura barométrica, hora y minuto de la observación, para después poder llevar al papel el alzado a escala 1/250.000.



La charca parece haber alcanzado en su momento de máxima cobertura una longitud de doscientos cincuenta metros y una anchura de treinta y cuatro — escribe en su diario de expedición—. En la cara sur de las dunas, sobre el suelo de yeso, localizamos un pozo poco profundo, medio oculto por arena en la boca, que puede ser una de las fuentes que alimenta el lago. El agua es salobre: sulfato de magnesio mezclado con calcio y sal común. En el centro de la depresión, junto a una zanja incrustada de cristales salinos encontramos otro pequeño manantial de agua más fresca, pero ni rastro del pozo dulce.

Cuando los vehículos se ponen en movimiento, en medio de un zumbido de motores, las crestas de las dunas comienzan a relumbrar tomando prestados los colores del sol naciente que empieza a siluetearse como un disco rojo aún muy débil. Tardan varias horas en atravesar un terreno llano de *ser ir*, agrietado y surcado de pequeñas zanjas. Van muy despacio para no dañar las ballestas de los coches. Hacia el mediodía el calor es tan intenso que las partes metálicas de las carrocerías no se pueden tocar con la mano desnuda. El suelo se hace más blando conforme avanzan y los camiones van dejando detrás una polvareda cuajada de partículas que brillan como esquirlas de oro.

Al atardecer llegan al poblado de Takjit, pequeñas cabañas en forma de cúpula, grupos de chozas construidas con hojas de palma, los rayos del sol sesgando las nubes alzadas por los rebaños de cabras a su regreso. Un grupo de niños juega en el suelo colocando excrementos de camello en pequeñas cuadrículas que forman una especie de tablero. Ismail y Umbarak caminan delante del grupo entre las miradas curiosas. Poco después todos los miembros de la expedición están acuclillados en



círculo, descalzos, junto a varios hombres del poblado, bajo el baldaquino de una tienda. El jeque es un anciano de barba canosa que con gran parsimonia se dispone a llenar de kif una pequeña pipa sin mango tallada en piedra blanda. La enciende con pedernal y da tres profundas caladas antes de pasársela a Garcés que está sentado a su izquierda.

—¿Qué noticias traéis? —pregunta el anciano.

—Las noticias son buenas —responde Ismail.

Independientemente de lo que hubiera que contar, esa era siempre la fórmula para iniciar la conversación con cualquier visitante, tan invariable como una letanía religiosa.

—La tierra se está volviendo vieja como el humo. No hay forraje y tenemos que cubrir grandes distancias con los camellos para abrevarlos.

Ismail traduce al español con gran solemnidad las palabras del jeque. Después en árabe explica que en el trayecto recorrido desde Iyil, no han encontrado huellas de órice, ni han visto saladillos en las dunas, ni relámpagos en el cielo. Lo que equivale a decir que deberán buscar los pastos en otra dirección.

Después de escuchar esto, el anciano habla de una razia de bandidos sobre una caravana de mercaderes acaecida hace cuatro meses.

—Tenéis suerte de estar vivos —dice—, ya que los hombres de Al-Mukalla no habrían dudado en mataros de haberos encontrado en las arenas.

Garcés piensa en lo rápidamente que los cambios que acontecen en Europa están invadiendo aquella parte olvidada del mundo, sometiéndola a una inseguridad añadida. Durante siglos el mundo occidental apenas se había interesado por el desierto, sin embargo ahora las bandas que recorrían ese territorio vasto y silencioso iban equipadas



con fusiles ametralladores cuya descripción respondía a los MG 15 del ejército alemán. Algunos nómadas estaban entrando al servicio de jeques ambiciosos o de gobiernos que los utilizaban como soporte para mantener su posición en la competencia por el apoyo de las tribus. ¿Quién era el enemigo? ¿Quiénes eran los aliados en ese territorio nunca sujeto por piedras? Los proscritos viajaban libremente entre las aldeas, imponiendo peajes, seguros de una hospitalidad obligada que estaba en proporción a su fuerza. Hacía menos de dos semanas que los pastores habían divisado desde un montículo un aeroplano que dejaba tras de sí pequeñas nubes blancas.

El anciano se expresa acompañando sus palabras de gestos reposados y lentos, como si recitara la sura Fatha del libro del Profeta, consciente de la dignidad que debe regir el intercambio equitativo de información entre los viajeros del desierto. Mientras lo escucha, Garcés presta especial atención a los nombres de las tribus con las que los habitantes de la aldea mantienen alianzas o rivalidades. En el desierto, a menudo, la vida está regida por el tacto de las voces: leyendas, rumores. Repetir algo es tan importante para sobrevivir como el agua, un pequeño pozo da para cientos de kilómetros, una anécdota permanece durante años. La tertulia continúa mientras el cielo va pasando del amarillo ocre a un color miel que suaviza la austeridad de la arena antes de la caída definitiva del sol.

Durante los cuatro días que permanecen en el poblado, Garcés tiene tiempo de aprender por su cuenta cuál es el verdadero ambiente que se apodera de uno: el reflejo de color carbón entre los pliegues rosados de las dunas, las frágiles pértigas de las tiendas fluctuando con el viento, una tetera hirviendo sobre tres piedras en una fogata, la mano de una muchacha decorada con complicados tatuajes de *henna*, los baldes y las túnicas y las plumas de aves exóticas, objetos reunidos sobre una alfombra como una resaca traída a lo largo de vidas enteras por el río del comercio, un trozo de paño azul ceñido como turbante alrededor de la



cabeza de un hombre que está en cuclillas engrasando pellejos de agua, las risas de los niños fascinados con los automóviles y los receptores de radio, un velo vaporoso que oscila en el aire, agitado por una bailarina como si fuera el oleaje de un océano.

Cada noche escuchan las canciones encaminadas a traer el agua, voces acompañadas de danzas y sonos de zamponas, utilizadas también para transmitir mensajes en caso de peligro. Así llegaron a oídos de Ismail las noticias que habían ido pasando de una tribu a otra, desde Sidi Ifni a Smara y la región de Zemmour, a través de los conductores de caravanas y de los nómadas.

La tensión entre los miembros de la expedición había ido en aumento, especialmente entre Garcés y el teniente Domingo Bellver. El motivo de todas aquellas disputas estaba en la radio, en los acontecimientos confusos que comunicaban las emisiones de onda larga. Garcés era partidario de regresar de inmediato a Tetuán, mientras el teniente Bellver consideraba que debían continuar y establecer pactos.

—¿Pactos en nombre de quién?, ¿al servicio de qué gobierno? — pregunta Garcés en el momento más violento de la discusión.

En el centro de la tienda arde un pequeño farol de queroseno. Los dos hombres se miran retadoramente sabiendo que los rifles se encuentran a menos de medio metro, ocultos bajo las mantas.

—Vuelve tú si quieres, Garcés —dice finalmente el teniente Bellver después de una larga pausa en la que probablemente ha estado evaluando todas las posibilidades, incluida la peor—. Pero ten cuidado de no ponerte del lado equivocado.

Garcés sale al exterior de la tienda. El viento ha amainado y sólo se escucha el ruido seco que hace la arena al dejar de vibrar. En ese momento habría dado cualquier cosa por un trago de bourbon y uno de los cigarrillos ingleses de Kerrigan. Recuerda las conversaciones con él



como algo ocurrido hace mucho tiempo y a pesar de ello, con una repentina sensación de inmediatez: la muerte del coronel Morales, el ajeteo del cuartel, las cajas de la Comisión de Límites, los manejos de Ramírez... Todos los fragmentos de la memoria orientados ahora en la misma dirección como los cables de una conducción eléctrica. Levanta la vista y ve la rociada blanca que deja en el cielo una estrella fugaz. Permanece así unos minutos, con la mirada vuelta hacia las dunas, aspirando el aire que flota sobre el desierto, una limpieza infinitamente ajena al mundo de los hombres. Después se dirige caminando con los hombros encogidos hacia la tienda de los guías para hablar con Ismail y preparar el viaje de regreso.

Con la primera luz del alba, el jeque de la aldea les muestra cómo atajar hacia el norte, guiándose por la ruta de los camelleros. Sus dedos trazan líneas convergentes sobre la arena dura del suelo. Garcés piensa en la hondísima hospitalidad de aquella gente, una penetrante disciplina social que se prodiga, incluso más, bajo condiciones de extrema dificultad. La mínima arquitectura que ellos necesitan son las piedras a modo de hogar sobre las que colocar un recipiente. Uno puede sentir así la tentación de borrar su nombre y el lugar del que procede, no pertenecer a ningún país, como cuando una parte del cuerpo se queda dormida. Pero luego la sangre vuelve poco a poco a su sitio. El último vínculo que los une con la aldea es el borboteo de la tetera ennegrecida por el fuego, el barro caliente de las tazas en el aire fresco, las tres medidas ceremoniales de té.

—*Insch'allah neschuf wischak beçher*² —dice el anciano con una leve inclinación de cabeza mientras Garcés, Arranz e Ismail suben a uno de los camiones y el cielo empieza a colorearse de un verde lima con mínimas volutas rojizas en el borde oriental del horizonte.

² Que Dios nos conceda volver a ver vuestro rostro con salud.



XXII

—Quieto —le oye pronunciar. Kerrigan aprieta los dientes y apoya la nuca contra el respaldo de cuero. A través de la nebulosa del vapor ve a la mujer inclinada sobre la palangana de agua hirviendo, concentrada, la luz de la lámpara chispeando en el instrumento curvo con el que sujeta los apósitos.

—Sólo un poco más. Quieto ahora —vuelve a decir, mientras introduce en la herida un algodón empapado en yodo.

Kerrigan siente el tacto suave de los dedos femeninos alrededor de la piel abierta, entrando en el tejido interior de la carne bajo el arco de sus costillas, quemando el surco de la puñalada, la capa fibrosa de color berenjena. Cuanto más le duele, más avanza en su epidermis la conciencia de la proximidad fuera ya del perímetro de la herida, calándole hasta los huesos como la visión borrosa de las manos de ella despojándolo de la camisa para pasarle una gasa blanca alrededor del tórax, su respiración leve, tan próxima que casi puede inhalar su aliento cuando el dolor no es ya, ni con mucho, la sensación más poderosa. En el vértice de la bata, Kerrigan intuye el suave balanceo de los senos blancos y redondeados. El movimiento que ella describe al rodear con la venda su cintura le hace pensar en una danza ritual, palpable como la órbita de un abrazo. Es después, mientras le está contando lo sucedido en la dársena, cuando siente inesperadamente la mano cálida de la mujer que de un modo preciso y deliberado le toca suavemente la mejilla y después le rodea el cuello. Kerrigan comprueba que ella está temblando como si



una corriente fría acabara de entrar por la ventana. Permanece un instante desconcertado, sin saber cómo reaccionar ante aquel gesto, sin estrecharla todavía, más sorprendido por la intimidad que indeciso. Luego cierra los brazos acogiéndola dentro, tratando de apaciguar sus temores con palabras dulces y tranquilizadoras, sintiendo la tibieza del cuerpo que continúa temblando contra el suyo, refugiándose en él. Permanece así unos instantes, antes de atreverse a separarle el pelo de la cara y mirarla directamente para comprobar que no se trata de un sueño o de un malentendido. Despeinada, muy pálida a pesar del resplandor azulado de la lámpara, Elsa Quintana lo está mirando ahora tensamente con los labios entreabiertos del mismo modo inequívoco y al mismo tiempo lleno de extrañeza con el que la primera mujer debió de mirar hace millones de años al primer hombre. Y entonces sí, con ansiedad, casi con violencia, con todo el ímpetu que le permite su estado, busca su boca, la tibieza de la piel húmeda y caliente de los labios, levemente hinchados, que se abren sin resistencia como se había abierto antes su propia carne en torno a la herida para que ella la limpiara. Sangre. Saliva. De nuevo el latido desacompasado en las ingles. Kerrigan piensa en lo difusa que es la frontera que separa el miedo del deseo, como un peldaño que faltase en una escalera. La misma noche esquinada que lo había empujado al límite absurdo de la muerte junto a los lóbregos hangares del puerto, lo lleva ahora de vuelta por un camino quizá más peligroso al borde mismo de la vida, o al lugar donde la vida es eso, un jadeo impaciente y largo, el interior de un cuerpo vislumbrado entre las aberturas de la tela, los hombros semidescubiertos siluetándose sobre el fondo de una habitación en penumbra.

Oye su voz pero no sus palabras, mientras ella lo conduce a la cama y lo ayuda a tumbarse con cuidado, inclinada sobre él con el pelo echado hacia adelante, casi rozándole la piel cuando tantea la almohada y se la coloca debajo de la nuca. El dolor regresa traspasándolo al



contorsionarse, en el preciso momento en que se gira para abrazarla más estrechamente y le desata con un movimiento irreflexivo el nudo de la bata, entonces es ella la que lo detiene con delicadeza y lo obliga a permanecer quieto antes de que se produzca un nuevo golpe de dolor. Elsa Quintana se tiende a su lado, rodeándole los hombros, acariciándole las sienes, hundiéndole los dedos en el pelo, tratando de evitar que se gire con una mezcla de autoridad y ternura.

No se mueve. Siente el cuerpo como un impedimento. Los huesos como barro endurecido, un cuenco sin fondo. Cierra los ojos y se imagina en uno de los compartimentos de madera que había en los ferrocarriles ingleses de cercanías, cuando era joven y podía estar toda la noche sentado en un tren sin melancolía, porque sus sueños de vigilia estaban aún llenos de futuro y no de pasado. Ella permanece a su lado en la cama, despierta, sin apartarse.

Kerrigan percibe la subida de la temperatura, rugiéndole dentro como el mismo tren en un túnel. Se desvanece varias veces a lo largo de la noche y se despierta otras tantas, mareado, muy débil, sintiendo el peso de la mano de ella que le rodea el tórax por encima de la venda teñida de sangre. Nota que la gravedad lo empuja hacia la noche, sueña con juncos que se enredan a lo largo de la orilla de un río, con una mujer vestida de blanco sentada en un cafetín acompañada no por él, sino por otro hombre, y que lo mira insistentemente con tristeza como si lo estuviera eligiendo para contagiarse su desgracia. Cierra los ojos, conteniendo la respiración, y el dolor se disipa un poco. Ante todo, trata de aferrarse a los objetos que constituyen la realidad del cuarto, las paredes, la mancha de humedad en el techo, el escritorio, el vaso de agua en la mesilla junto a las ampollas de penicilina e intenta fijarlos en su memoria para poder encontrarlos a su regreso, cuando despierte la próxima vez. Pero no sabe contar el tiempo. Cuántas horas ha pasado así, acostado en el colchón ardiente, cuántas veces ha visto a Elsa levantarse y acercarse para



tomarle la temperatura, pasos ligeros, respiro de llamas azules en la cocinilla de gas, el resplandor de la lámpara bajo el globo de vidrio. Las imágenes que construye en su mente fluyen contra el desarrollo natural del tiempo. Las palabras que murmura en sueños se deslizan en su cabeza y adquieren movilidad arrastrándolo a un territorio elíptico del que no puede alejarse, como si estuviera dentro de un calidoscopio y el giro de las figuras geométricas lo hiciera caer siempre de golpe en el centro antes de comenzar a dispersarse de nuevo. A veces un punto negro aparece duro y distante en una esquina de su visión y al momento está en la plaza de Dar-el-Barud, en el sector nororiental de Tánger, donde los peluqueros trabajan bajo los árboles y un muchacho que aún no ha alcanzado la pubertad va a ser circuncidado y permanece de pie temblando, mientras el barbero, asiendo la piel del prepucio, tira con fuerza hacia arriba y la corta de un tijeretazo. Cada pensamiento, cada imagen tiene una existencia arbitraria donde todas las conexiones están cortadas. A Kerrigan le parece que la variedad de las distintas formas de consciencia es tal que le parece imposible rebelarse. Al poco rato cree estar en Bloomsbury Square, en la parada del autobús 34 que lo lleva a través de la niebla a un portal lóbrego y viejísimo con escaleras que crujen, donde una anciana en cuclillas aprieta una flor entre los dientes, un tulipán con el tallo muy largo que él ve como a través de un espejo poliédrico donde no se refleja su cara y entonces sabe con una intuición pavorosa que debe salir del sueño y regresar inmediatamente a la realidad de la habitación.

—Catherine —pronuncia confuso, sin reconocer a la mujer que está junto a él, pero su voz es tan débil como el hilo que lo ata a la consciencia.

—Sí —responde Elsa Quintana.

—¿Dónde estás?



—Estoy aquí, tranquilo —dice ella, estirando la mano hacia su frente, enjugándole el sudor con un pañuelo húmedo.

Pero él no puede entender dónde es aquí, ni cuándo es ahora, ni si está dentro o fuera, antes o después, ni en qué noche de su convalecencia se encuentra y vuelve a caer en un estado onírico y febril, como si hubiera salido de la nada para volver a perderse en ella, oyendo un sonido como de lluvia cayendo con fuerza en artesas de hojalata.

—Tenemos que irnos —Kerrigan intenta incorporarse apoyándose en el brazo de ella.

Elsa Quintana trata de aquietarlo, sin conseguir que su tensión se afloje. Después, mitad empujándolo, mitad acariciándolo, le da un comprimido con un vaso de agua y consigue acostarlo de nuevo y cubrirlo con la sábana. Deja que él le tome la mano y se la lleve a la boca. Mira sus labios resecos por la fiebre, abriéndose y cerrándose contra sus nudillos. El aliento caliente le quema los dedos.

—No te muevas —dice dejando la lámpara de la mesilla encendida.

—Por favor, háblame —le pide él—. No dejes de hablarme.

La oye como una voz que llamara a un barco desde la orilla. Necesita todas las sílabas, las consonantes españolas que a él tanto le costó aprender a pronunciar, como si esos sonidos fueran la membrana fina que lo separa de la oscuridad y le mantiene vivo el pensamiento. Eso es lo que ella le está enseñando ahora: el poder que tiene el lenguaje para restaurar.

Las palabras de Elsa Quintana van enhebrando los oscuros recintos de su mente, prolongando el tiempo hacia un pasado que se ofrece acaso como una nueva oportunidad si él tuviera fuerzas suficientes. No es una vida entera lo que ella susurra a su oído. Las imágenes desaparecen y reaparecen cada vez un poco más cerca convocando a mujeres y niños



que avanzan agachados, bajo las ramas de los olivos, recogiendo uno por uno los pequeños frutos duros, de rodillas sobre la tierra áspera o el barro, entre troncos y protuberancias de raíces, irguiéndose sudorosos, de cuando en cuando, en un claro, con las manos en los riñones, para darse un respiro, mirando hacia las copas henchidas de los árboles que los hombres golpean con sus varas de brezo, provocando una granizada violenta de aceitunas sobre los mantones extendidos y los capazos de esparto. Miran hacia arriba, más lejos ahora, hacia el círculo de montañas enemigas donde el cielo relampaguea con un resplandor de metal bruñido, y de repente Kerrigan ya no oye la voz de Elsa Quintana sino el sonido de los cascotes de metralla cayendo entre los olivares, TNT, amatol, azufre... una luz tintada y espesa con hombres, mujeres y niños corriendo despavoridos de un lado a otro, levantando el polvo de una tierra abierta en cráteres a punto de incendiarse bajo el cielo artero de la guerra.

Los primeros tajos de luz crean franjas anaranjadas en las cortinas. Kerrigan respira ahora regularmente, cansado, como si regresara de una tierra lejana en la que se hubiera estado debatiendo entre cuerpos desnudos. Le duelen las rodillas, pero su mente está más despejada. Vuelve la cabeza y contempla a la mujer dormida, apoya la cabeza contra ella, sintiendo la tibieza de la piel bajo el nacimiento oscuro del pelo antes de atreverse a acercarse más sus labios y dejarlos allí. El cuarto permanece sumergido en los sonidos amortiguados del amanecer que se van sucediendo sin peso: el canto lejano de los muecines que convoca a los fieles desde los minaretes en el extremo sur de la medina; las campanas de la iglesia española de San Francisco, al oeste, fuera de los muros; la bocina de una bicicleta; las esquilas de los aguadores. De repente un zumbido extraño como el estallido de una mina o el vuelo bajo de una escuadra de aviones hace retumbar los cristales de la ventana y expande una luz blanca en dirección al puerto.



—¿Qué ha sido eso? —pregunta Kerrigan incorporándose sobresaltado.



XXIII

17 de julio de 1936.

Desde su gabinete el comandante Uriarte consigue después de varios intentos comunicar con Madrid. Permanece con el auricular del teléfono en una mano y un cigarrillo en la otra, quemándole los dedos.

—Completamente seguro, mi general.... Sí..., en la Comisión Geográfica de Límites... No hay duda. El mismo mensaje en clave ha llegado a las oficinas telegráficas de Melilla, Ceuta y Nador. No podemos perder ni un minuto... Me adelantaré a la patrulla de guardias de asalto— Comprendo... Así lo haré. No se preocupe, abortaremos el pronunciamiento... A la orden, mi general.

La Comisión es un pequeño edificio rectangular de una sola planta separado de la calle de la Alcazaba por un muro de tres metros de altura. En la galería de entrada, un centinela visiblemente nervioso, se cuadra delante de la puerta, sin saber bien qué actitud tomar. El comandante Uriarte no hace ningún ademán para apartarlo, le basta con una mirada para que el soldado se haga a un lado. Los quince oficiales están sentados alrededor de dos mesas unidas, presididos por el capitán Ramírez. La penumbra amarilla que entra por los postigos a medio cerrar aplasta la atmósfera de la sala impregnándola de una quietud pesada y expectante. Junto a la pared hay dos cajas abiertas que contienen pistolas y granadas de mano presumiblemente para repartir entre los civiles de Falange Española y otra caja bastante más grande que



permanece cerrada. Durante quince segundos reina el silencio más absoluto. El comandante Uriarte tiene la impresión de estar caminando por la cornisa de un edificio, pero no siente exactamente inquietud sino una decepción íntima sin objeto ni destinatario preciso. Sabe que a la mínima vacilación se precipitará en el vacío.

—Capitán Ramírez —dice con voz alta y clara—. Ordene a estos hombres que abandonen inmediatamente la Comisión.

El capitán Ramírez lo mira al principio con cierto desconcierto. Después se levanta lentamente como si estuviera dándose tiempo para pensar lo que va a decir.

—Me parece, comandante, que no entiende la situación. Permítame informarle de que a esta hora el delegado del gobierno en Marruecos ya ha sido detenido. El aeródromo de Tahuiria y la base de hidroaviones de Atalayón han sido tomados. El alzamiento es imparable y cuenta con el apoyo de todos los altos mandos en África. Su deber como militar es secundar nuestro movimiento en defensa del orden y la autoridad contra los enemigos de la patria —la voz detrás de la línea negra del bigote adquiere una ligera inflexión persuasiva—. Le ofrezco la oportunidad de unirse a nuestra causa. ¿Está usted con el ejército o contra el ejército?

—Capitán Ramírez, sus palabras son una provocación intolerable. Le recuerdo que usted, al igual que todos los militares en activo, ha firmado en un juramento oficial, servir fielmente a la República —el comandante Uriarte, desabrocha la correa de la cartuchera y levanta la pistola, el caño negro brillándole en la mano—. Les ordeno que depongan inmediatamente su actitud y abandonen la Comisión.

El capitán Ramírez vuelve el rostro hacia sus compañeros, buscando su connivencia. El teniente Ayala se levanta y da unos pasos hasta colocarse frente al comandante. Es joven y propenso a la soberbia. Hay en su rostro una fe instintiva, dura, temeraria, sin matices, incompatible



con cualquier forma de pensamiento. Su mirada exhala un brillo fanático.

—Nadie va a obedecer sus órdenes, comandante —dice apretando los dientes. El esfuerzo del desafío hace que un leve espasmo nervioso le estremezca las mandíbulas.

—Póngase firme, teniente.

El comandante Uriarte le quita el seguro a la pistola y observa todas las miradas detenidas en él. Enérgico, sin apartar el dedo del gatillo, vuelve a repetir la orden, manteniendo el mismo tono de voz. Pero el teniente continúa de pie ante él con las piernas separadas y los brazos cruzados retadoramente sobre el pecho.

En ese momento, se oye en el pasillo un sonido acompasado de botas. El comandante Uriarte respira aliviado, esperando ver aparecer a la patrulla de guardias de asalto que había mandado venir desde la Comandancia Militar. Sin embargo, cuando mira hacia la puerta no se encuentra con los uniformes azules del cuerpo más leal de la República, sino con un grupo de doce legionarios al frente de un sargento que probablemente el centinela había avisado siguiendo las instrucciones previas de los conjurados. Todos los miembros del comando van armados con granadas de mano al cinto y los fusiles montados. Durante unos segundos el grupo permanece inmóvil en medio de la luz sucia, como si sólo esperaran recibir la orden de disparar, encañonando al comandante que los observa con los ojos inescrutables de siempre, ni un solo gesto de la cara revela su contrariedad. Permanece así, quieto, erguido, con la cabeza alta, el minuterero del reloj sonando imperceptiblemente en su muñeca.

El capitán Ramírez avanza unos pasos hacia él con aire marcial.

—Comandante Manuel Uriarte —dice solemnemente—, queda usted detenido. Permanecerá encarcelado e incomunicado hasta nueva orden.



El tiempo hinchado, la tentación tan poderosa como el calor de abandonarse a la fatalidad, la sombra grisada que vence los barrotes del ventanuco desde donde puede ver las luces eléctricas brillando en los pabellones de enfrente como en los edificios de una ciudad despertada violentamente a medianoche por una alarma antiaérea. Las doce horas que lleva encerrado en el pequeño sótano de la Comisión le parecen al comandante Uriarte más largas que los cuarenta y seis años anteriores de su vida. Escucha gritos lejanos en el patio, estrépito de armas, los soldados agrupándose desordenadamente en compañías, los motores de los camiones poniéndose en marcha en los cobertizos, un teléfono que suena insistentemente en algún lugar sin que nadie lo descuelgue. Otra vez el timbrazo hiriente, repetido cada pocos segundos con estridencia monótona.

En la plaza de Suk el-Fuqui, oculto por una columna y por la chilaba que le cubre de la cabeza hasta los pies, Alonso Garcés comienza a leer el bando pegado contra el muro de estuco. Cientos de pasquines semejantes cubren todas las paredes de Tetuán.

Don Francisco Franco Bahamonde, General de División y Jefe de las Fuerzas Armadas de África. Hago saber:

Una vez más el ejército se ha visto obligado a recoger el anhelo de la gran mayoría de españoles que veían con amargura infinita....

Garcés sigue los renglones con sombría fijeza, sin pensar aún en sí mismo, juntando las palabras cautelosamente, evaluando su siniestro significado.



Art. 1. Queda declarado el ESTADO DE GUERRA en todo el territorio de Marruecos, y, como primera consecuencia, militarizadas todas las fuerzas armadas, sea cualquiera la Autoridad de quien dependían anteriormente con los deberes y atribuciones que competan a las del Ejército y sujetas igualmente al código de Justicia Militar.

Art. 2. No precisará intimación ni aviso...

La mirada de Garcés va saltando rápidamente de un renglón a otro sin obviar ninguno de los quince artículos que conforman el bando.

Por eso termino con un solo clamor que deseo sea sentido por todos los corazones y repetido por todas las voluntades ¡ARRIBA ESPAÑA!

Al final de la calle, la chapa metálica de un convoy militar brilla con los últimos reflejos naranjas del atardecer, los vendedores de especias, visiblemente alterados, recogen a toda prisa las mercancías de sus esteras y las alzan en las carretas.

Pocas horas después, en el barrio de el-Blad, dos alféreces de caballería y cuarenta y cinco guardias de asalto se enfrentan a un batallón de legionarios y a un regimiento de Regulares. Alonso Garcés, con la cara tiznada, apostado entre sacos y cajas apilados a modo de barricada, escucha el estertor inicial de la guerra sin tener aún conciencia de ella, sintiendo el olor de la pólvora, respirando como un animal en su madriguera, sin decidirse a elegir un blanco, desenfocado el punto de mira, aturdido por las constantes detonaciones, el paisaje de una ciudad sitiada. Nuevamente los disparos, secos. Su eco retumbándole en los oídos. Ve caer a su lado a uno de los guardias de asalto, muy joven,



doblado sobre sí mismo con las rodillas reblandecidas como gelatina que murmura algo apenas inteligible mientras dos compañeros intentan levantarlo en alto, sólo palabras sueltas, fascistas de mierda, la madre que os parió... Garcés se agacha junto a la caja de municiones para cargar el arma, la monta con destreza, se lleva el fusil a la cara, el rostro contraído en una mueca de rabia y apunta esta vez con precisión hacia el destacamento de la Legión que bloquea la plaza. La armería de la calle principal había sido asaltada poco antes por jóvenes de la Casa del Pueblo, que ahora recorren todo el barrio del polígono al grito de «¡Viva el gobierno legal!». Desde los tejados y las azoteas de la medina varios muchachos disparan contra los fascistas. Se oyen estampidos en serie, separados por brevísimas pausas, explosiones de morteros y obuses. Un vasto rumor cubre la ciudad. No se puede ver a través del humo. Es difícil saber qué pasa, sólo incendios, teas caídas del cielo, resplandores rojizos, un encarnizamiento de sirenas en el que apenas se pueden distinguir las alarmas policiales de los aullidos de las ambulancias y las campanillas de los bomberos. Unos camilleros atraviesan velozmente los jardines de la mezquita transportando un herido hasta el Hospital Militar. Grupos de soldados tienen acordonada la zona.

Con la llegada de la noche, los estallidos se hacen más espaciados. Los reflectores iluminan, en violentos ángulos giratorios, las intersecciones de las calles llenas de escombros. Camiones militares con las lonas descubiertas circulan entre las hogueras en las que presurosamente se incineran archivos, ficheros, documentos, correspondencia... Poco a poco se va sabiendo que los líderes de los partidos gubernamentales han sido detenidos, al igual que los dirigentes de la Casa del Pueblo y de los partidos obreros. Ya no queda ningún foco de resistencia en las azoteas de la medina. Hay huellas de hombres que al ser arrastrados por los sobacos han trazado con los talones dos paralelas sangrientas sobre la tierra. Rastro rojo.



Hacia el cementerio se oyen ráfagas constantes de fusilería contra las tapias. Cascotes de metralla, paredes abiertas y balcones desprendidos, casas destechadas con olor a cal vieja, una pesadez de pólvora y de metal en los árboles doblados contra el suelo. En el interior de un patio yace un caballo muerto con el vientre rajado y las entrañas negras, vivas de moscas. A partir de las diez de la noche sólo las patrullas militares circulan por la ciudad.

Pero Garcés ya va camino de Tánger, acompañado por Ismail, evitando los controles de la carretera principal, monte a través, siguiendo la ruta de los ganaderos, dejando atrás el barro oscurecido de las huertas y los árboles desnudos como garras. La guerra le galopa en las sienas más rápido que el pensamiento; bombeando, latiendo, subiéndole a la boca en cada kilómetro, entre la blancura de las piedras y los desniveles de los barrancos. Él, que creía poder sustraerse a las contingencias de la época, se ve de golpe sacado de su burbuja geológica de minerales y fósiles crinoides para ser arrojado brutalmente al gran torbellino del mundo, empujado por aquellos que, autoproclamándose salvadores de la patria, se han levantado contra el gobierno elegido libremente por los españoles, imponiendo la ley de las puertas reventadas a culatazos, de los registros y los fusilamientos al amanecer, de la quema de libros al grito de «¡Abajo la inteligencia!». Varias columnas de legionarios y regulares imbuidos por esa fe están a punto de salir de Ceuta con destino a Sevilla. Garcés lo sabe y los imagina forrados de hierro, con la cruz de los inquisidores resucitada, e impresa en las voces que truenan y aúllan su furia fanática. Piensa que al otro lado del estrecho está aún la noche alegre y engañosa, disfrazada de verano. Nunca hasta ahora había pensado que la tierra de un país pudiera ser sentida como algo tan propio, carne de su carne. En su mente va cobrando cada vez mayor contundencia la idea fija de llegar a territorio internacional y desde allí alcanzar por cualquier rumbo las costas de España. Tánger es al mismo



tiempo la antesala del futuro y el cobijo del pasado. Es la escalera estrecha del apartamento de Kerrigan y el olor del kif, el sonido familiar de los dados en las mesas del Café de París. Son las frágiles pértigas de las embarcaciones de los pescadores en los muelles, los almacenes y las ensiladoras frente al mar. Tánger es la luna trepando por las rejas del Hotel Excelsior, un perfume sedoso en el escote de una mujer. Garcés va convocando estas imágenes mientras cabalga en silencio, detrás de Ismail. Avanzan despacio impulsados por la brisa nocturna, guiados por los agudos vértices de los montes de Yebala cuyas crestas despuntan enhiestas hacia el norte.



XXIV

En una de las dependencias del departamento de investigación del Instituto Pasteur, Philip Kerrigan, inclinado sobre la mesa rectangular del despacho, repasa con atención el diagrama y los gráficos con números y flechas que el encargado de la sección, *monsieur* Renault, le está mostrando, un estudio minucioso que sin duda les habría supuesto a los técnicos muchas horas de dedicación.

1. El cilindro principal.
2. La espoleta y los circuitos de condensación.
- 3 a. La carga de iniciación o primer multiplicador.
- 3 b. La carga principal del segundo multiplicador.
4. Los accesorios: aletas, agarraderas, anillas de sujeción...

—Han hecho un buen trabajo —dice el corresponsal del *London Times* sin levantar la vista del papel.

Hay dibujos de la bomba desde todos los ángulos, esquemas seccionados de cada una de las partes y fórmulas que no alcanza a desentrañar. Durante un momento permanece concentrado, hipnotizado, examinando una y otra vez los extraños signos inscritos en la hoja de



cálculo, evocando la primera vez que había visto uno de aquellos artefactos con forma de pez en el bazar de Abdullah.

Todo el recinto del instituto exhala una curiosa aura remarcada por la gran lumbrera del techo que proyecta una luz cenital y por las vitrinas repletas de libros que rodean las paredes. Kerrigan calcula más de 10.000 volúmenes, algunos de ellos auténticas reliquias, como los manuscritos en árabe y las antigüedades de la época romana que contiene el anaquel central. A ambos lados, flanqueándolo, se alzan dos estanterías abiertas con las más recientes publicaciones europeas en materias como Física, Química, Medicina e Ingeniería. Al fondo de la biblioteca, sobre la puerta, hay un rótulo que reza: *Mission scientifique du Maroc*.

—Parece ser que la causa de la explosión que provocó el incendio en los almacenes de la Bland Line fue una bujía que uno de los descargadores del puerto dejó encendida junto al tabique —explica el encargado del departamento.

—Supongo que ahora que está clara la participación de H&W en la exportación ilegal de armas, las autoridades tangerinas no podrán seguir haciendo la vista gorda en el asunto.

Kerrigan permanece inclinado hacia la luz, ceñudo, tamborileando con los dedos en la superficie de madera.

—Yo no confiaría mucho en eso —*monsieur* Renault sostiene durante unos segundos la mirada del periodista, e inmediatamente arquea los labios con una sonrisa burlona, como si la suposición que éste ha formulado le pareciese demasiado ingenua, indigna de un corresponsal con su experiencia—. Aquí todo el mundo saca tajada —acaba diciendo.

—Ya... —reconoce el periodista.

—Bueno, al menos el accidente nos ha servido para conocer por dónde van los planes alemanes en materia de armamento —observa



condescendiente el francés—. Como sabe, la segunda explosión se produjo unos minutos después de la primera, lo que nos confirmó la hipótesis del segundo multiplicador.

—¿Qué conclusiones sacaría usted?

—Desde el punto de vista puramente técnico, parece claro que las bombas están pensadas para ser lanzadas desde baja altitud. En el caso de que con el primer impacto no se produzca la detonación, subyacerán enterradas en caminos, campos o vías terreas —continúa explicando el ingeniero—, y permanecerán inactivas hasta que el traqueteo de una locomotora, la rueda de un automóvil, el calor de una bujía o la simple pisada de un niño, active el mecanismo y las haga estallar. En cuanto a las implicaciones políticas, usted es periodista, sin duda sabe de eso bastante más que yo.

Lo único que Kerrigan piensa es que los folios que tiene entre las manos contienen la clave para la desactivación de las SB—50 Kg. Algo tan sencillo, según los informes de los artificieros, como abrir un agujero en la envoltura principal y emulsionar el explosivo inyectándolo con un esterilizador de vapor hasta dejarlo inutilizado. Una fórmula que convertía en pólvora mojada al menos una parte de los suministros que el Reich estaba enviando a los cuarteles españoles para apoyar la sublevación militar contra el gobierno de la República.

El periodista se levanta del escritorio con dificultad, apoyando en la mesa las palmas de las dos manos, para no forzar la musculatura del abdomen que todavía no ha acabado de cicatrizar. Introduce el informe en una cartera de cuero junto al largo artículo que había estado escribiendo durante toda la noche y que, esta vez, el *London Times* no iba a tener más remedio que publicar. Desde el ventanal puede ver en un ensanchamiento del bulevar, junto a los restos de la antigua muralla, los cuatro cañones franceses del siglo XVII, pulidos y brillantes, apuntando



agresivamente, igual que todas las incógnitas, hacia España. Piensa que dentro de pocas horas su amigo Garcés estará a bordo del carguero *Arrow*, que lo llevará a las costas andaluzas. Kerrigan respira con preocupación. Mira las dos agujas de su reloj de pulsera superpuestas marcando las doce y se despide del encargado con un rápido apretón de manos.

Antes de salir del edificio, observa aprensivamente el movimiento de la calle durante unos minutos, una precaución que se había vuelto habitual desde el incidente de la dársena: los quioscos de prensa con los periódicos amarilleando expuestos al sol, una muchacha discutiendo el precio de unas babuchas a la sombra de un toldo, escasos paseantes, grupos de tangerinos bebiendo té en una terraza. Nada que merezca alertar su atención. Kerrigan sale del portal y se adentra en la luz del mediodía. Los edificios le parecen ligeros, transparentes, como si flotaran. Un vendedor de fruta vocea su mercancía mientras pedalea sudoroso con el carro enganchado a la bicicleta; siluetas que se cruzan, algunos rostros tan transparentes como la ciudad a causa del resplandor. «Así es también mi rostro en este momento», piensa Kerrigan, mientras camina hacia la oficina de telégrafos de la rue es Siaghin. Ha habido muchas mañanas y trayectos como éste en distintas épocas del año. Durante meses se ha dejado impregnar por el aire de la ciudad, por la perspectiva de las calles, el olor de sus callejones, los semblantes vagamente familiares de sus habitantes, pero hoy por primera vez no la siente como algo suyo, sino más bien como algo que recordará algún día, dentro de mucho tiempo, y en ese momento tiene conciencia exacta del gran abismo de lejanía que lo separa de su país. La nostalgia anticipada le hace rememorar su llegada a África, el día que conoció a Alonso Garcés en el casino militar de Melilla. Lo recuerda de pie encima de una mesa, descamisado, con una copa en alto, brindando por la recién proclamada República y hablando de láminas y de estratos con una



elocuencia que no sólo le pareció poética sino científicamente precisa. Desde esa primera vez, había sentido por él una peculiar inclinación, quizá porque el español conservaba ese profundo romanticismo de la juventud que él había perdido hacía ya demasiado tiempo. Era un tipo raro de militar, metido en su propio mundo, excesivamente franco y confiado, con una ingenuidad que en ocasiones resultaba desconcertante y, al mismo tiempo, tenía algo demasiado complejo, que acaso tuviera que ver con las cosas que uno nunca acaba de conocer de sí mismo. Kerrigan se queda un rato evocando el gesto silencioso de su amigo cuando permanecía quieto, mirando alrededor con cara de jugador de póquer, de un modo en que era imposible saber lo que estaba pensando; hermético y abismado. Tal vez era algo relacionado con la sentimentalidad española —piensa el periodista—, una sensación que se crea desde dentro, como el coraje o el sentido de la lealtad y toda esa mística del alma y la sangre. Kerrigan hunde las manos en los bolsillos de la chaqueta y deja la mirada perdida vagando por los recuerdos. La última reflexión le lleva al momento diferencial que hizo individual esta particular mañana, distinguiéndola de todas las demás, estableciendo una frontera perfectamente delimitada, una barrera detrás de la cual algo se había perdido para siempre. El corresponsal del *London Times* vacila un momento, mirando la curva de la calle, el trozo de cielo cerrado en torno a la valla de un colegio, la luz endurecida, sus pigmentos grises y anaranjados, golpes de sol extendiéndose como llamas por lo alto de las terrazas. Otra vez la tentación moral de reconstruir mentalmente los hechos, de rebobinar el pensamiento del principio hacia atrás, buscando justificaciones: habían pasado tantas cosas desde la partida de Garcés y, sin embargo...: nada, piensa Kerrigan para sus adentros. Nada que se pueda contar o que sirva de disculpa ni que le exima de dar explicaciones, como si todo lo sucedido fuera de algún modo ajeno a su voluntad, y ahí radicaba precisamente el misterio; igual que cuando



yacía desnudo junto a Elsa Quintana, siempre con la luz apagada, inmóvil, sin querer regresar al mundo, o la primera vez que la vio dormir. Pero entonces era amor y ahora quién podría decir lo que era. Tal vez un sentimiento de desolación personal, de inutilidad, sabiendo como sabía que nadie puede proteger siempre a nadie. A veces las palabras sólo sirven para disimular nuestras obsesiones. Quizá el amor fuese un concepto demasiado opresivo sobre el que no puede existir ninguna clase de certidumbre —sigue reflexionando el corresponsal del *London Times*—, y probablemente ella no necesitase en realidad tanta protección. Era fuerte y joven, todavía inmortal. No sabía nada del tiempo y ¿qué es el amor sin el tiempo?... El sol, los días, las cosas que hay y no se conocen, innumerables inviernos, y eso de querer morirse a veces. Resulta tan sencillo enamorarse, sin embargo, ¿qué significa ese sentimiento en el fondo? ¿Hasta dónde puede uno llegar? ¿Acaso lo sabe alguien cuando se enamora? La quería a su lado y punto. La quería en su cama.

Durante los días de su convalecencia, los sonidos de la ciudad se apaciguaban en la quietud de la alcoba con una morosidad en la que no concordaba el tiempo exacto del calendario con el de su memoria. Mientras los cantos de la fe entraban en el aire, él acariciaba el cuerpo de Elsa Quintana tendido a su lado, la sombra del ventilador por encima de ellos, refrescándoles la piel. En el seno izquierdo tenía una pequeña mancha de nacimiento en forma de media luna rosada. Le gustaba tocar aquella aureola donde la epidermis era más sensible. Ponía allí su boca como si besara un lugar sagrado. Cuando lo hacía, ella lo miraba con cierta superioridad, consciente de su poder en ese instante. La de la mirada altiva.

Aquella mañana había rozado la pequeña marca pálida con la lengua para despertarla deliberadamente, dejándose llevar por el flujo del deseo, después deslizó la palma de la mano por el sudor de su hombro



bajo los huesos marcados de la clavícula y a continuación por otros lugares codiciados de su cuerpo, hendiduras y pliegues que auscultó delicadamente, a tientas, con la yema de los dedos, la piel cálida entre los muslos que acarició con los ojos cerrados hasta percibir la humedad en el tacto como una señal esperada que lo impulsó a alzarse sobre ella, apresándola en el abrazo, apartándole el pelo de la cara para descubrirle la frente y mirarla antes de volcarse entre sus piernas con una urgencia ya despojada de preámbulos, buscando a ciegas la manera de abrirla, levantándose y curvándose en cada embestida, tratando de retrasar el momento, de no rendirse aún, percibiendo en las ingles los golpes de la sangre sin poder ya contener su violencia, jadeando mientras ella le hincaba las uñas en los brazos y lo miraba con un brillo de impaciencia en los ojos, repentinamente seria, con la boca mojada y los rasgos contraídos, esperando tensamente la llegada del primer golpe de placer. Gemidos, medias palabras, sonidos apenas humanos... La lengua recorriendo la boca y la nariz y los párpados, los cuerpos apretados en el ímpetu de la culminación, manifestándose ruidosamente; la respiración de los dos confundida, al borde del desfallecimiento o del grito que sofocó la almohada. Se incorporó alzando la cabeza al ritmo de las últimas contracciones que aún lo estremecían y fue entonces cuando escuchó el leve crujido de la puerta y fugazmente alcanzó a ver a Alonso Garcés, su expresión de pavor cuando se quedó quieto en el umbral, eligiendo para volverse invisible la actitud de sumisión y desconcierto de un condenado, parado al filo de una revelación que se negaba a creer, como si estuviera intentando inútilmente comprender y a la vez proteger algo dentro de sí mismo. Parecía más joven que nunca. Los ojos fijos en el agravio con persistencia ciega, como ante un foso que lo separara del mundo. Después lo vio bajar la mirada, antes de cerrar de nuevo la puerta despacio, sigilosamente, con la misma aprensión con que se abandona la habitación donde alguien acaba de morir.



Nada sucede del todo hasta que no es descubierto. Kerrigan no se movió al final, permaneció todavía un momento dentro del cuerpo de la mujer, sin querer regresar a la realidad, hasta que lentamente el cuarto volvió a tener sus contornos de siempre, a llenarse de sonidos procedentes del exterior, mientras su mente volvía a ese estado mortal de la conciencia donde cada acto tiene efectos e implicaciones y consecuencias. Se levantó a correr las cortinas sin decirle nada a ella, para no perturbar su estado de somnolienta complacencia. Entró en el baño y echó el cerrojo. Se mojó la cara y apoyó las manos en el borde del lavabo, con toda su corpulencia, como si su cuerpo fuera una pesada carga. Nunca había creído en la permanencia, pero aún creía en la amistad tanto o más que en el amor y hubiera dado cualquier cosa por que Garcés se hubiese enterado de otro modo. O tal vez no fuera únicamente eso lo que le importaba, sino sus posibilidades ante la eventualidad de un cortejo disputado. Hay momentos de tensión en la vida de un hombre en que se mezclan nociones opuestas con tal intensidad que llegan a paralizar su cerebro, las ideas más nobles y las más vulgares, sentimientos enfrentados, y entonces, incluso siendo inteligente, poco puede hacer en contra de su naturaleza y de sus obsesiones. ¿Podría la experiencia, llegado el caso, aspirar a ser una carta tan buena como el vigor o la juventud en el juego sexual? No lo creía. Su cabeza rozó la lámina fría del espejo por encima de la repisa con los útiles de afeitado y una sensación de descenso y de caída o de gravedad vino a tentarlo. Qué ingenuo pensar que a su edad era imposible ya que una mujer le costase a un hombre la vida, la libertad o pusiera en entredicho sus lealtades. De nuevo la marejada de angustia. Pero las cosas siempre ocurren como ocurren y no como uno hubiera deseado. Se miró a sí mismo, renegando del reflejo fragmentado que le devolvía el espejo. Cuando somos jóvenes no nos autocontemplamos —pensó—. Lo hacemos cuando somos viejos y nos preocupa nuestro nombre, lo que de



nuestras vidas quedará en el futuro. Al envejecer es cuando Narciso desea una imagen enaltecida de sí mismo. Sintió cómo se apoderaba de él una creciente sensación de ruina física, que estaba también dentro de todas las cosas que lo rodeaban, en el esmalte saltado de la bañera, en los grifos del lavabo goteando y en la palangana de hojalata debajo de la letrina. Permaneció así inmóvil en medio del olor a desagüe y el ruido de las cañerías, hasta que poco a poco el aire tibio fue secando su piel, como seca las lágrimas en los ojos, la saliva en la boca o el semen en el cuerpo.

Dame un mapa y te descubriré el mundo, decía siempre Garcés. En el código de honor de su Sociedad Geográfica no tenía cabida la traición. Dame un plano y te mostraré una habitación con vistas al sector occidental de la medina, al barrio de los tintoreros y a los sótanos de mi alma, reflexiona Kerrigan para sus adentros con pesadumbre, saboreando ya de antemano la amargura de una decisión irrevocable, las pupilas dilatadas como las del chacal que mira con un ojo hacia atrás y con el otro el camino que está pensando tomar. Cuando regresó a la cama se quedó observando el tapiz que colgaba en la penumbra de la pared, donde una ninfa desnuda con los ojos vendados sostenía una copa en la mano y parecía sonreír enigmáticamente hacia algún lugar fuera del cuadro.



XXV

Tánger al anochecer.

La humedad condensada da al aire una opacidad de polvo de piedra. Calima. Nubes densas a ras del suelo.

Elsa Quintana va caminando delante, con el bolso sujeto contra el costado y los ojos bajos, contemplando el firme irregular. A pocos pasos Garcés y Kerrigan la siguen en silencio, sin hablar entre ellos. Avanzan hacia la última dársena por lo que queda del antiguo muelle construido por los portugueses. Pasan entre mástiles de grúas de color naranja y barcos a medio desguazar con los cascos herrumbrosos metidos en la neblina. El olor del óxido se mezcla con los aromas rancios de las mercancías que alguna vez han transportado en sus bodegas: sémola, té, cítricos, aceite... La ciudad se ve al fondo encaramada, con pequeños faroles encendidos que fluctúan entre las casas como las llamas de un altar votivo. En pocos minutos se ve asomar por la escollera Norte la punta de proa de una embarcación. El *Arrow* se abre paso maniobrando con dificultad por el estrecho paso entre la dársena nueve y el pequeño espigón gris del amarradero. Garcés se despide de Elsa Quintana. La mira, se frota el lóbulo de la oreja, introduce las manos en los bolsillos del pantalón, los puños cerrados sobresalen con tirantez a través de la tela. Después se inclina un poco hacia adelante, dubitativo durante un par de segundos, antes de rodearla con un abrazo en el que caben todas las cosas que tal vez podían haber ocurrido de otro modo. El



corresponsal del *London Times* presencia con un vago despecho la intensidad con la que se evalúan el uno al otro, el punto en que sus sonrisas coinciden y se iluminan recíprocamente. Tiene la melancólica sensación de estar desplazado, fuera de foco, de que bastaría con que abandonase la escena para ser olvidado. Le parece haber, vivido ya todo esto antes, en otra ocasión. Pero se siente mucho más cansado esta vez. Al fin y al cabo los dos son jóvenes, piensa. Tienen una causa. Podrían fundar una dinastía de dioses. Lo que vuelve más absurdos y humillantes sus celos es que sólo sabe expresarlos cínicamente, con el mayor desdén hacia sí mismo. Una forma meticulosa e implacable de mortificación que al mismo tiempo le proporciona cierto placer, como si hubiera algo gratificante en la liberación moral que experimenta a cambio. Después de unos minutos que duran eternamente Garcés se vuelve hacia él, recoge la cartera con los informes del Instituto Pasteur que debe entregar al gobierno. El expediente contiene datos suficientemente precisos como para que el gabinete republicano pueda calibrar su capacidad de afrontar las bombas enemigas. En una esquina de la noche, ante la mirada dividida de la mujer, los dos hombres se estrechan las manos.

—Buena suerte, español —dice Kerrigan.

Garcés no responde nada, sólo lo mira con un gesto afirmativo, seco, adelantando el mentón. Su mirada es silenciosa, fósforo puro, pero no carece de significado. Todo está ahí, conversaciones, complicidades, rencores por debajo de la amistad que permanece inexpresada. Son tres siluetas en la penumbra, insignificantes, tan diminutas como un puñado de dados arrojado al azar marcado de la guerra. Después se da la vuelta para disponerse a saltar al bote de pescadores que ha de llevarlo hasta el *Arrow*.



Ya a bordo, Garcés se vuelve hacia Kerrigan, alargando por encima del muelle el esbozo de una sonrisa mínima que es al tiempo sincera y ausente.

—Feliz Navidad —dice, de pie sobre la barca, oscilando con el balanceo sinuoso del mar.

Nada más. El agua gris, las grúas, la voz amortiguada por la cinta de niebla... Kerrigan siente repentinamente un confortable calor como de astillas crepitando en una hoguera. Aquellas dos palabras continúan ancladas en su memoria, perfectamente nítidas, porque para él pertenecen al tiempo en el que todo estaba en los inicios, cuando aún nada había ocurrido aunque tal vez todo estaba ya por suceder. Baja la vista hacia los pies como si estuviera concediéndose una pausa necesaria para pensar en ese desafío de cosas remotas que es a veces la camaradería entre dos hombres. Permanece así un instante con un paso indeciso que le hace rebrillar la punta del zapato. Después levanta el rostro cargado con los pensamientos, pero antes de tener tiempo de responder a la consigna navideña, algo le impulsa a volverse de espaldas instintivamente hacia el otro extremo de la dársena. En el cementerio de barcos se intensifican las sombras. Y allí, medio oculto por una columna de cajas apiladas, inconfundible, con el cráneo rapado y los ojos bien abiertos, como si llegara a una cita minuciosamente programada, el sicario de H&W espera en silencio. Su presencia no sería determinante de no ser por el objeto cromado que sostiene en la mano derecha con el cañón apuntando hacia el límite de la escollera. En ese instante Kerrigan comprende que debe actuar antes de que Garcés y Elsa se den cuenta de la situación.

—Sube al barco —le ordena con brusquedad a Elsa Quintana.

—¿Te has vuelto loco?

—Haz lo que te digo.



—Pero qué...

Por un instante ella no sabe qué decir. Sus ojos brillantes están fijos en los de Kerrigan con una expresión desarmada en la que no hay más constancia que la del apremio de los sucesos que se acaban consumando por su propia imprevisión y contrariedad.

—Escucha. Quiero que subas ahora mismo a ese barco —dispone Kerrigan, enérgico, extrayendo del bolsillo interior de la americana el pasaje que había adquirido para ella en la Pover Line. Después tomándola firmemente por los hombros, duro y desafiante, sin dejar de mirarla, añade—: No hay nada aquí que te concierna....

Elsa Quintana alza la cara con expresión de gravedad, enmudecida, dolida con él y consigo misma, comprendiéndolo todo de pronto o creyendo al menos que lo comprende: la premeditación, los silencios, las cosas que suceden y se ignoran, el modo en que la decisión había estado pesando sobre ellos, imperceptiblemente, desde la llegada de Garcés.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Es la verdad —miente Kerrigan. Una mueca fría de indiferencia le desfigura el rostro. El vacío que percibe en su interior se va extendiendo hasta sus piernas haciéndolo tambalearse. Si alguna vez quisiera verdaderamente llorarle en la falda a una mujer, le sería imposible, como atravesar un muro. Aprieta los dientes hasta notar la rigidez endurecida de los músculos de la mandíbula. Antes de que le dé tiempo a volverse atrás en su resolución, un impulso ciego y desolado, del todo irracional, lo saca de su entumecimiento y proyecta una firmeza imperiosa en su cerebro.

—Sube de una maldita vez —repite perdiendo la paciencia y empujándola de un brazo hacia la escalerilla del muelle, sin darle oportunidad de rechistar.



—Por favor, Philip... —insiste ella. La voz grave, íntima, un poco ronca, alargada en la oscuridad como un eco lejano. Detrás de la voz, se tuercen los peldaños cubiertos de verdín, hundidos en el agua.

Kerrigan todavía la ve mover los labios durante unos segundos, pronunciando palabras de súplica que ya no escucha, atento especialmente a la sombra que se mueve junto al círculo sucio del farol que alumbra en la curva de la dársena.

—¡Largad amarras! —grita ahuecando la mano en la boca hacia la pequeña embarcación que aún permanece fondeada de proa al viento.

Kerrigan mide mentalmente la distancia que lo separa de su oponente. Siente acelerársele el pulso mientras saca la Astra del interior de su chaqueta de verano. Mira otra vez hacia el interior de la chalupa y ve que Elsa ya está arriba ayudada por Garcés, su rostro, iluminado desde abajo por el foco de una linterna, tiene una palidez fantasmal. Una mancha pequeña de luz que sube y baja con el movimiento del mar. Faros en la niebla, balizas, bengalas... La pequeña embarcación desaparece a veces del campo de visión, como si fuera una boya diminuta. Ahora el individuo de los ojos de buey está a menos de veinte metros. El corresponsal del *London Times* calcula treinta segundos para ponerse a cubierto. El estampido del primer fogonazo llega hasta él un segundo después de sentir un impacto debajo del hombro que lo hace girarse a medias. Ve que el tipo intenta alcanzar el barco saltando desde el castillo de proa de uno de los transbordadores de desguace. Otro estampido sacude el aire dejando en la atmósfera una humareda de olor acre. Kerrigan siente que únicamente le queda una carta, y el instinto le aconseja jugarla sin demora. En el relámpago de un solo gesto da un salto hacia las piedras del dique apoyándose con las manos para no dejarse llevar por el agua que golpea el flanco del muelle, arrastrando los pies, se encarama en la plataforma de enganche de una grúa. Arrima la



espalda contra el metal, buscando un punto de apoyo, sujeta la pistola con las dos manos. Se siente débil, nuevamente la visión borrosa. El orificio por donde entró la bala es un boquete sanguinolento y fibroso de tela y carne desgarrada que siente como un alambre de púas mordiéndole el corazón. El peso del plomo lo hunde en la oscuridad. Con un esfuerzo de máxima concentración, apunta achicando los ojos, afirma el índice sobre el gatillo y dispara, una vez, otra vez. Todo empieza a darle vueltas, le parece oír la voz lejana de Garcés desde el barco pero no puede entender lo que dice. Entonces vuelve a mirar en la misma dirección en que habían sonado sus disparos y ve a aquel sujeto inclinado sobre la barandilla del transbordador de desguace, iluminado por el rojo sangriento de un farol, con el cráneo y los brazos colgados hacia afuera, balanceándose contra el casco oxidado, hasta que el peso del cuerpo vence la resistencia y se precipita sobre el agua con un chapoteo sordo. La chalupa ha conseguido llegar hasta el *Arrow*. Ahora Garcés y Elsa Quintana suben por una escalera de cuerda que les tienden desde el alerón de proa. Dos figuras apenas distinguibles en la bruma.

Lejos, recostado contra el muro del espigón se pudre el casco de un paquebote. Philip Kerrigan permanece de pie. A su izquierda ve un pájaro blanco que planea bajando. El mar se ondula suavemente con los añiles aceitosos y los plomos violetas que deja el petróleo espejeando en la superficie del agua. Voces lejanas y bocinas se quiebran en la distancia. El corresponsal del *London Times* sigue quieto respirando dentro del enorme círculo que enmarca la bahía. Solo. Inmóvil. Su estado de ánimo no tiene que ver con aquel continente, ni con ningún lugar en toda la vieja tierra. Es algo de otra índole más fuerte que la amistad o cualquier forma de amor, una especie de pudor instintivo y solitario como el de los animales que se ocultan cuando van a morir. Respira pausadamente. Tranquilo por no sentir alivio ni tristeza. El pensamiento no le pesa. Está apoyado en el poste, a un lado de la grúa, con una mano apretada sobre



el costado, presionando la herida del pecho. El pitido ronco y breve de la sirena del barco cruza la atmósfera. Kerrigan observa la última mancha de la gaviota en el aire, mientras se va dejando resbalar hacia el suelo con las rodillas flexionadas, dentro de un óvalo negro de alquitrán.

A lo lejos, con el puente y la cubierta iluminados, el *Arrow* se abre paso entre las luces de color verde y rojo de la bocana, ganando velocidad, deslizándose hacia el mar abierto.

A finales de julio de 1936, el buque alemán Usaramo zarpó de Hamburgo con setecientos setenta y tres artículos de carga: diez Junquer 52, seis Heinkel-51, ametralladoras antiaéreas, bombas, municiones y abundante material para los aviones que debían transportar las tropas de Franco a través del Estrecho hasta Sevilla y Jerez de la Frontera. Al mismo tiempo, doce cazas Fiat C.R. 32 y varios bombarderos Savoia-Marchetti de la Fuerza Aérea Italiana fueron enviados desde Cerdeña. Una conocida empresa alemana afincada en el Norte de África fue la encargada, bajo la supervisión directa de Goering, de hacer llegar los pedidos de los fabricantes de armas a la España nacional.

El 22 de julio, el gabinete británico decidió desestimar las consideraciones del gobierno legal español y aceptar la petición de Franco de cerrar los puertos de Gibraltar y Tánger a la flota republicana. Esta decisión del Whitehall vino a culminar la política de absoluta permisividad hacia las actividades del eje ítalo-germano en la península y supuso una de las principales bazas diplomáticas para el bando de los militares golpistas.

Durante todo el verano de 1936 grupos de republicanos residentes en el protectorado de Marruecos intentaron cruzar el estrecho desde Tánger



y alcanzar la costa meridional de España para incorporarse a la lucha antifascista. Algunos lo consiguieron. Otros no.



Notas finales y agradecimientos

Algunos libros han sido de gran ayuda para mí en la investigación previa a la escritura de esta novela. Entre ellos: *La Alemania nazi y el 18 de julio*, de Ángel Viñas; *The British Government and the Spanish Civil War*, de J. Edwards, y el ensayo dirigido por Paul Preston *La República asediada*, especialmente los artículos de Enrique Moradiellos sobre «La imagen oficial británica de Franco durante la guerra civil» y de Christian Leitz sobre «La intervención de la Alemania nazi en España y la fundación de la empresa Hisma/Rowak». También han sido decisivos los libros *Nadadores en el desierto*, de Ladislaus E. Almásy; *Arenas de Arabia*, de Wilfred Thesiger, y las crónicas de los viajeros del siglo XIX, Aly-Bey y Charles de Foucauld. La documentación sobre las expediciones realizadas por la Real Sociedad Geográfica de Madrid, cuyos boletines se hallan en el Archivo Histórico Militar, me facilitó el acceso a los diarios de ruta, en cuyas descripciones me he basado para, a partir de ellas, evocar libremente el desierto del Sahara en la que fue la última travesía organizada por la Sociedad Geográfica. La ciudad de Tánger en el año 1935 está recreada a partir de la Gran Enciclopedia Universal Ilustrada editada por Espasa en el primer tercio del siglo, que me proporcionó amablemente el arquitecto César Pórtela. Me gustaría apoyar desde estas páginas el llamamiento de numerosos intelectuales marroquíes para salvar de la destrucción el Gran Teatro Cervantes de Tánger, fundado por el español Manuel Peña en 1913, en el que transcurre un capítulo de esta novela y que jugó un papel histórico en el desarrollo artístico y



cultural de la ciudad, ya que fue destino obligado para las mejores compañías españolas, europeas y árabes en el período de entreguerras. Sería lamentable que la especulación y la desidia acabaran con el desmantelamiento de este edificio.

Entiendo la literatura como una herencia. En ella hay homenajes, influencias, parodias, discusiones secretas... Uno acaba eligiendo su propia tradición literaria, del mismo modo que elige un pasado en la vida. Además, como decía Borges, resulta mucho más digno y cortés enorgullecerse de las páginas que uno ha leído que de las que ha escrito. En este sentido tengo que decir que en el origen de *Fronteras de arena* están algunas novelas y unas cuantas películas que despertaron en mí una especie peculiar de veneración. Entre las primeras considero obligado citar: *El paciente inglés*, de Michael Ondaatje; *El americano impasible*, de Graham Greene; *El cielo protector*, de Paul Bowles, y *La forja de un rebelde*, de Arturo Barea. En el apartado del cine, del que esta novela es especialmente tributaria, estarían por supuesto las adaptaciones de las novelas anteriormente citadas, además de otras como *Casablanca*, *Lawrence de Arabia*, *Beau Geste* y toda la filmografía de las grandes épicas aventureras. Hay una edad en que la travesía entre el sueño y la vida depende ante todo de esa fascinación. Así pues, considero que de este modo queda saldada en parte mi deuda con los mitos.

Quiero agradecer a las siguientes personas su generosa ayuda: a mi padre, José Fortes, que me ayudó a bucear en los fondos de la sección de África del Archivo Histórico Militar, me instruyó sobre el ambiente castrense durante los últimos años del gobierno republicano y me inició en el juego del póquer. A él y a Mar Villaverde, Emilio Garrido y Miguel A. Villena que tienen el dudoso privilegio de leer mis primeros manuscritos y cuyas sugerencias y críticas en esta ocasión, como siempre, he tenido muy en cuenta. A Mar además por su socorro



informático y por aquel sueño del condado de York. A Miguel, Eduardo y Alicia en recuerdo de un viaje por el Atlas y por el desierto en la primavera de 1999. A Mauricio Electorat por los tiempos epistolares y el poema de T. S. Eliot. A Anna Soler-Pont, mi agente literaria y amiga, por haberme regalado una rosa de arena procedente de la aldea de Timimoun, en el Sahara argelino, que me sirvió de talismán y de brújula en los momentos de desánimo. Y por último, gracias muy especialmente a Basilio Baltasar, que estuvo desde el principio en la gestación de este proyecto, alentándolo y haciéndolo posible, según la tradición de una minoritaria y heroica estirpe de editores.

Finalmente, quiero decir que, aunque he tratado de reconstruir el escenario predominante de la novela —la ciudad de Tánger en el año 1935— con la mayor fidelidad posible, no puede decirse que su descripción se corresponda totalmente con la realidad. Del mismo modo, aunque algunos de los personajes que aparecen en este libro están vagamente inspirados en personas reales —como el corresponsal del *London Times*— y algunas de las zonas descritas —por ejemplo, la depresión de Lyil— existen y fueron exploradas en los años treinta, es importante subrayar que la historia que aquí se narra es pura ficción.

Lapamán, agosto del año 2000.



Fin

LTC Julio 2011